litoral

Revista de la Poesía y el Pensamiento

R. Soldi

A
LUIS CERNUDA

Torremolinos - Málaga
Andalucía - España - Europa

N.º 79-80-81

Ministerio de Cultura 2011

litoral

Revista de la Poesía y el Pensamiento

Publicacion mensual

La fundaron Emilio Prados y Manuel Altolaguirre

De conformidad con lo que preceptúa el art. 24 de la Ley de Prensa e Imprenta:

Edita: José María Amado y Arniches

Dirige: Manuel Gallego Morell

Imprime: Gráficas San Andrés, S.A.

Situación financiera: Se nutre sólo con la aportación de los suscriptores

Dirección, Redacción y Administración:

Urbanización La Roca - 107-C
Teléfonos: 384200 - Ext. 107-C
380758
Torremolinos - Málaga

Depósito Legal MA. 128 - 1968

Suscripción anual: 1.500 Ptas.

Extranjero: 1.800 Ptas.

Distribución Exclusiva para Librerías
LIBROS RODAS, S. A.
(Central Internacional de Librerías)
Avda. República Argentina, 248
Teléf. 247 91 27
Barcelona

Ministerio de Cultura 2011

LITORAL

Ministerio de Cultura 2011

Ministerio de Cultura 2011

LITORAL

LITORAL

Ministerio de Cultura 2011

PASTOR RIDRUEJO, del recuento de cartas y votos para la debida constancia.

En la convocatoria se pedía a un grupo de intelectuales, hombres dedicados a las artes y las letras, que señalaran la personalidad literaria que consideraran más completa, por la amplitud de su expresión, de los miembros que aún viven de la bien o mal llamada generación del 27, y con mayor proyección sobre nuestra cultura dentro y fuera de España y que emitieran su juicio en una especie de voto razonado en carta dirigida a la revista.

LISTA DE PERSONAS CONVOCADAS Y ESPECIFICACION DE SUS VOTOS

AURORA DE ALBORNOZ, a José Bergamín.
CESAR ALONSO DE LOS RIOS, a José Bergamín.
PALOMA ALTOLAGUIRRE, a Vicente Aleixandre y Jorge Guillén.
JOSE ANDRADE, voto no recibido.
JOSE MARIA DE AREILZA, a José Bergamín.
ANTONIO APARICIO, a José Bergamín.
J. J. ARMAS MARCELO, a José Bergamín.
CARLOS BARRAL, voto no recibido.
MANUEL BLASCO ALARCON, a Rafael Alberti.
ENRIQUE BRINKMANN, a José Bergamín.
LUIS BUÑUEL, a José Bergamín.
JOSE M. CABALLERO BONALD, a José Bergamín.
JOSE CABALLERO, a José Bergamín.
ANDRES CASTRO ROMERO, a José Bergamín.
GABRIEL CELAYA, a José Bergamín.
FERNANDO CLAUDIN, a José Bergamín.
RAFAEL CONTE, a José Bergamín.
FAUSTINO CORDON, a José Bergamín.
NATALIA COSSIO DE JIMENEZ, a José Bergamín.
EDUARDO CHILLIDA, voto no recibido.
JOAQUIN DIEZ CANEDO, a José Bergamín.
JOSE ESTEBAN, a José Bergamín.
MANUEL FERNANDEZ MONTESINOS, voto no recibido.
A. GARRIGUES DIAZ CAÑABATE, a Dámaso Alonso.
MANUEL GALLEGO MORELL, a José Bergamín.

Ministerio de Cultura 2011

ANTONIO GALA, a José Bergamín.
RAMON GAYA, a José Bergamín.
ALFONSO GARCIA VALDECASAS, voto nulo.
RAFAEL GUILLEN, a José Bergamín.
CRISTOBAL HALFTER, a José Bergamín.
MARUJA MALLO, voto no recibido.
ROBERTO MESA, a José Bergamín.
ANTONIO MARTINEZ SARRION, a José Bergamín.
J. A. MUÑOZ ROJAS, voto no recibido.
JOSE ANTONIO NOVAIS, a José Bergamín.
MANUEL ANGELES ORTIZ, a José Bergamín.
RAFAEL PEREZ ESTRADA, a José Bergamín.
BENJAMIN PALENCIA, voto no recibido.
CARLOS RODRIGUEZ SPITERI, voto nulo.
MIGUEL RODRIGUEZ ACOSTA, a Rafael Alberti.
LORENZO SAVAL, a José Bergamín.
JORGE SEMPRUM, voto no recibido.
ENRIQUE TIERNO GALVAN, a José Bergamín.
GONZALO TORRENTE BALLESTER, a José Bergamín.

Son, pues, treinta los votos obtenidos por JOSE BERGAMIN.

Aurora de Albornoz, César Alonso de los Ríos, José María de Areilza, Antonio Aparicio, J. J. Armas Marcelo, Enrique Brinkmann, Luis Buñuel, José M. Caballero Bonald, José Caballero, Andrés Castro Romero, Gabriel Celaya, Fernando Claudin, Rafael Conte, Faustino Cordón, Natalia Cossío de Jiménez, Joaquín Díez Canedo, José Esteban, Manuel Gallego Morell, Antonio Gala, Ramón Gaya, Rafael Guillén, Cristóbal Halfter, Roberto Mesa, Antonio Martínez Sarrión, José Antonio Novais, Manuel Angeles Ortiz, Rafael Pérez Estrada, Lorenzo Saval, Enrique Tierno Galván, Gonzalo Torrente Ballester.

Manuel Blasco Alarcón dio su voto a Rafael Alberti y Antonio Garríguez y Díaz Cañabate a Dámaso Alonso, Paloma Altolaguirre señaló a Vicente Aleixandre y Jorge Guillén y Miguel Rodríguez Acosta a Rafael Alberti.

Son considerados votos nulos a efectos de señalización de persona los emitidos por Carlos Rodríguez Spiteri y Alfonso García Valdecasas.

Ministerio de Cultura 2011

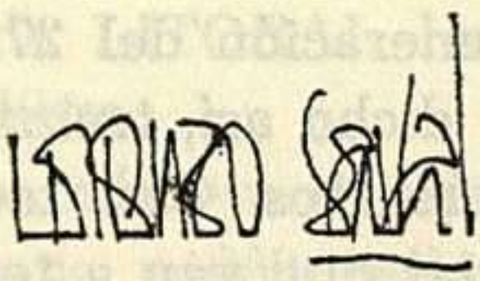
No han contestado a esta convocatoria los nombres de: José Andrade, Carlos Barral, Eduardo Chillida, Manuel Fernández Montesinos, Maruja Mallo, J. A. Muñoz Rojas, Benjamín Palencia, Jorge Semprum.

Cumpliendo lo anunciado, la Revista LITORAL publicará, a lo largo de este año 1978, una breve antología de la obra poética de José Bergamín, en una edición de mil ejemplares, en papel guarro especial, y en esa edición se recogerá el voto razonado que aparece en cada una de las cartas recibidas, que irá unido al libro como un apéndice en su final.

Queremos hacer constar, al redactar la presente acta, nuestro agradecimiento a cuantos han atendido nuestra petición y la emoción que nos produce la claridad de sus razonamientos.

En Torremolinos, a 20 de octubre de 1978.

Como secretario de la ya citada convocatoria de la Revista LITORAL.



Firmado: LORENZO SAVAL

Esta es el acta en la que se da constancia del resultado final de nuestra convocatoria. No ha representado un premio, ni ha supuesto un tribunal, ni ha existido ninguna componenda de esas tristemente habituales en algunos tribunales juzgadores.

Pacientemente, Angel Caffarena Such, Francisco Giner de los Ríos y yo, hemos esperado la llegada de unas cartas que contestaran a nuestra pregunta.

Nadie ha sido sometido a juicio, ni la secuela económica de unos millones girando en el horizonte literario han impregnado con la podredumbre del dinero, la Poesía; esa ambición del dinero, que salpica tantas veces la limpieza de los sentimientos.

José Bergamín, es el gran triunfador. Mentiría —y creo que entre los defectos que pueda tener no está la hipocrecía— si no dijera que ha sido para mí una gran alegría el resultado

Ministerio de Cultura 2011

de la encuesta, más que alegría, como si así de pronto el aire en que me desenvuelvo se hiciera más respirable, más puro.

El que, yo con voz y sin voto, pensara sobre el posible resultado en alguna manera, no quiere decir que tuviera la menor fuerza, ni siquiera por telepatía, sobre la firme personalidad literaria de las personas por nosotros convocadas, que han manifestado libremente su opinión sin cambio alguno de impresiones, unos con otros.

Será trascendental documento el apéndice con todas las cartas que vamos a publicar unido a la breve antología poética de José Bergamín.

Porque esas cartas son un testimonio, un claro razonamiento de cómo y el por qué consideran cada uno de ellos a José Bergamín la figura más importante por la amplitud de su expresión y con mayor proyección en la cultura dentro y fuera de España de los miembros que aún viven de la bien o mal llamada generación del 27.

Lo han dicho así, treinta cartas entre las cuarenta y cuatro que solicitábamos. Casi todas, hasta las más breves, son páginas literarias que van a tener un gran valor, una gran proyección en el futuro. Muchas coinciden en la "gran injusticia".

Es como si recordaran aquellas palabras de André Malraux cuando al quejarse alguien de la "no españolidad de Picasso" (un corresponsal oficialista en los tiempos de la dictadura, que debía ignorar por supuesto: "La Tauromaquia" y las "Meninas" y el "Sueño y mentira de Franco" y el "Guernica") le dijo Malraux:

—Pues en el porvenir van a encontrarse ustedes otro drama, que será tener que traducir a José Bergamín del francés.

Landsberg, al prologar en una traducción alemana de los ensayos "Don Tancredo y Don Quijote", publicados por la editorial suiza "Vita Nova", en 1940, con el título "España eterna", dice que Bergamín "como todos los españoles destacados encuentra su propia esencia y la de su pueblo en Don Quijote".

Y es verdad ese continuo salir a enfrentarse con los gigantes de la ilusión, los molinos, que en realidad, en la vida cotidiana, son siempre auténticos gigantes del poder y de la fuerza, de la opresión, la falsedad y la mentira.

Cuando Ernesto Giménez Caballero en la "Estafeta Literaria" publicaba un cartel literario con el universo de la litera-

Ministerio de Cultura 2011

tura española contemporánea, en 1926, situaba entre dos fuertes constelaciones independientes a José Bergamín; una era Miguel de Unamuno, la otra Juan Ramón Jiménez.

Esta convocatoria de LITORAL supone una clarificación más sobre tanta falsedad proyectada aquí y fuera de España, desde una intelectualidad creada por la dictadura durante sus cuarenta años de supervivencia.

La antología que vamos a publicar de José Bergamín es exclusivamente poética. "Duendecillos y Coplas", "Rimas y Sonetos" "El Otoño y los Mirlos", "La Claridad Desierta", "Apartada Orilla", "Velado Desvelo" y un pequeño capítulo de versos inéditos.

El poeta que es José Bergamín, en toda su obra escrita, estará en esas páginas desde sus poemas y no en su prosa.

Como apéndice, las cartas, esa especie de votos razonados que hemos recibido con verdadera emoción.

Seréis vosotros los suscriptores de LITORAL los que tendréis la primicia para adquirir ese libro.

A ese efecto, adjuntamos con este número dedicado a Luis Cernuda el boletín de suscripción, que podéis rellenar; va a ser importante ese libro dentro de toda nuestra obra. LITORAL ha cumplido así un trámite más, ha dado vida a una voluntad más, en esa su continuada búsqueda de la verdad.

Cuando en carta dirigida a la Universidad de Granada, Rafael Alberti protestaba de la no inclusión de José Bergamín (que él llamaba "El Gran Poeta y el Gran Pensador de la generación del 27") entre los aún vivos de la generación que eran nombrados "doctor honoris causa" de aquella Universidad, probaba no sólo su limpieza y su gran corazón, era como una anticipación al resultado de nuestra encuesta.

Damos las gracias desde aquí a cuantos nos han respondido.

Entre los que no lo hicieron, desde el inlocalizable en esta hora Jorge Semprum a la enloquecida Maruja Mallo, o la vida sembrada de inquietud de Carlos Barral y Eduardo Chillida, pensamos que no siempre es propicio el día o el momento en algunas vidas para dejar volar el pensamiento a plazo determinado.

Sobre esta personalidad tan fuerte, este extraordinario POETA que es José Bergamín, caerá todo lo que esto significa, como una pequeña compensación a tanto aire viciado, tanto

Ministerio de Cultura 2011

consenso y tan poco asenso. Vaya con estas líneas nuestra emocionada felicitación.

LITORAL es una revista minoritaria, pero quisiera que el acto de justicia que representa su convocatoria fuera iniciación de cosas más importantes a escala nacional para José Bergamín.

París, Roma, Estocolmo, México, Caracas... señalan el hecho.

Como dice el joven poeta Lorenzo Saval en su voto razonado.

El un día escribió: *"Tu voz hace el silencio más silencio"*. No digamos nosotros que su voz, que su figura, o que incluso su silencio del alma se ha hecho silencio. Levantemos la palabra hasta su nombre.

JOSE MARIA AMADO

Ministerio de Cultura 2011

a luis cernuda

Ministerio de Cultura 2011

Ministerio de Cultura 2011

a luis cernuda

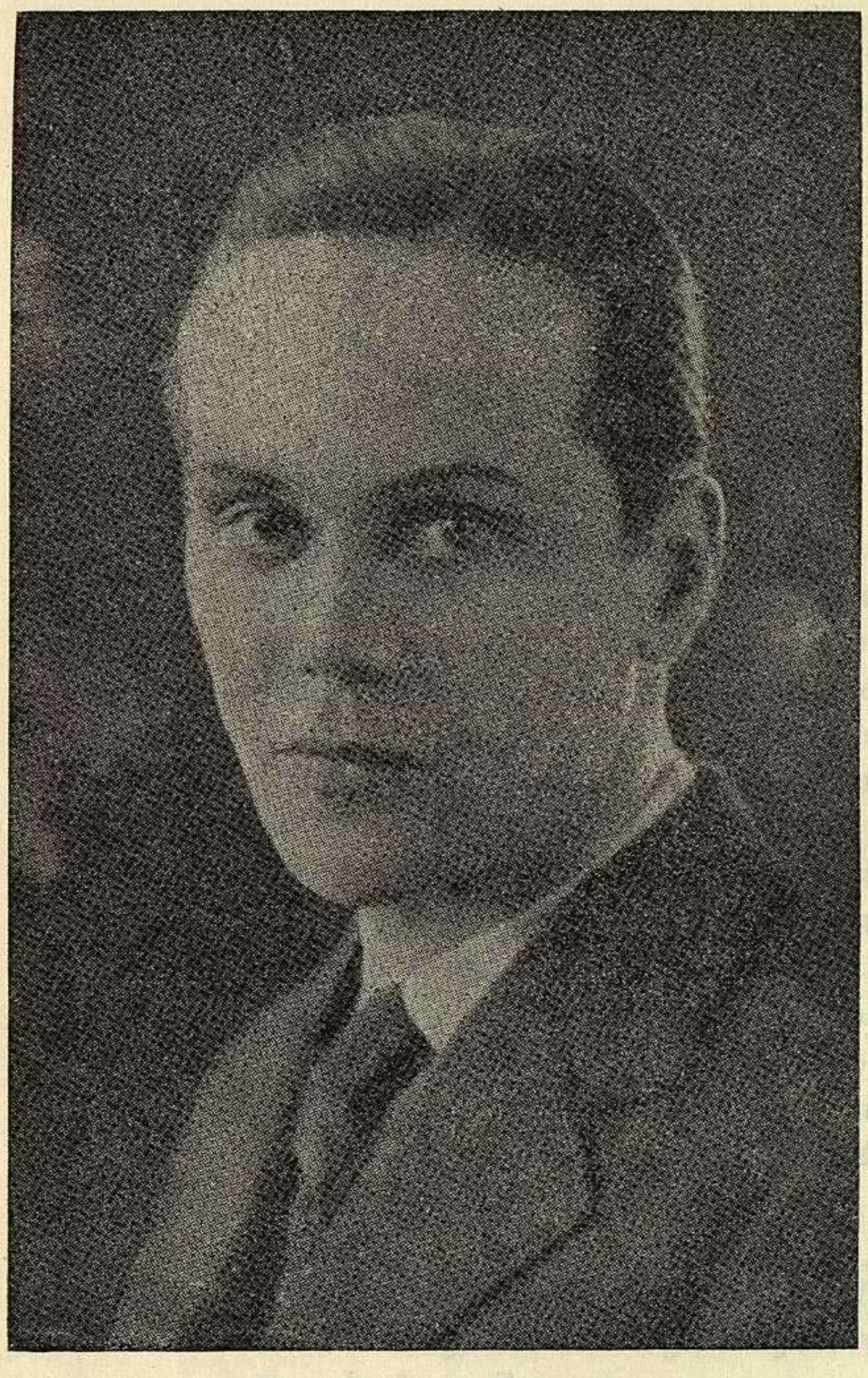
Ministerio de Cultura 2011

No conozco poesía más clara que la suya. Calderón le transmite su acento sencillo, Garcilaso le interrumpe la voz propia, San Juan de la Cruz le ilumina la música, y Bécquer le acompaña en los largos silencios. El alma de Luis Cernuda, la que cree negarle a su canción por tenerla presa en alguien, es una legión de almas. Su voz, la palabra de sus ojos, la palabra de sus sueños, rescata para sí las mejores voces de la gran poesía española, siendo su verso fabuloso la expresión tal vez más completa de una patria ideal con la que combate y por la cual se salva.

En este homenaje a Luis Cernuda, busqué en mí mismo las palabras de sus libros, y con ellas dije a dos voces el elogio de su poesía entrañable, que estaba en mí como un olvido dentro de un olvido, y que permanecerá profunda y secreta para darme doble voz angustiosa cada vez que los recuerdos suyos me despierten".

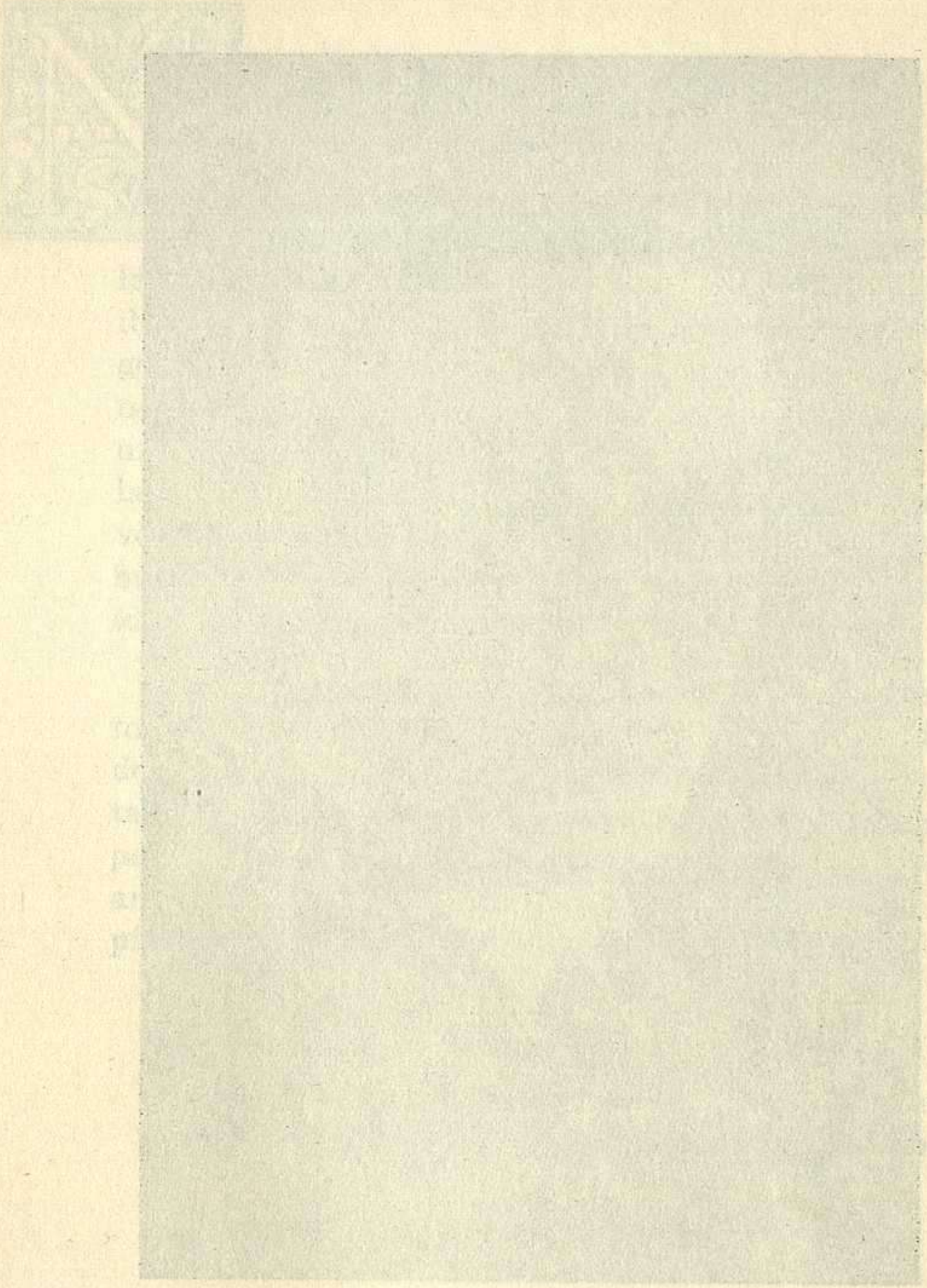
Palabras de Manuel Altolaguirre en el
Homenaje a Cernuda.
Madrid, 1936.

Ministerio de Cultura 2011



Luis Cernuda hacia 1925

Ministerio de Cultura 2011



Ministerio de Cultura 2011

Tres poesías

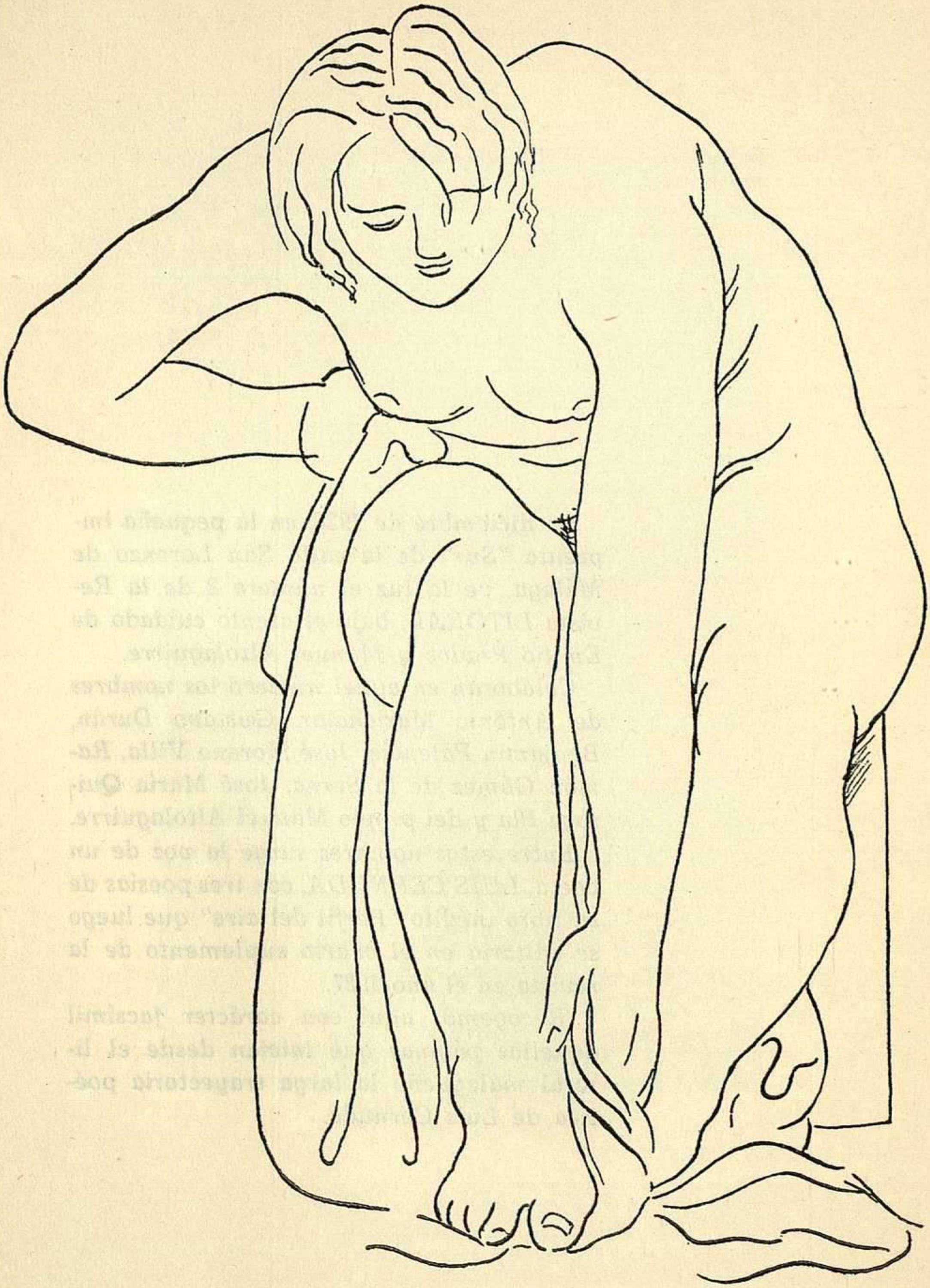
En diciembre de 1926, en la pequeña imprenta "Sur" de la calle San Lorenzo de Málaga, ve la luz el número 2 de la Revista LITORAL, bajo el atento cuidado de Emilio Prados y Manuel Altolaguirre.

Colaboran en aquel número los nombres de Antonio Marichalar, Gustavo Durán, Benjamín Palencia, José Moreno Villa, Ramón Gómez de la Serna, José María Quiroga Pla y del propio Manuel Altolaguirre.

Entre estos nombres surge la voz de un poeta, LUIS CERNUDA, con tres poesías de su libro inédito "Perfil del aire" que luego se editaría en el cuarto suplemento de la revista en el año 1927.

Recogemos aquí con carácter facsímil aquellas páginas que inician desde el litoral malagueño la larga trayectoria poética de Luis Cernuda.

Ministerio de Cultura 2011



Dibujo de Benjamín Palencia

Ministerio de Cultura 2011

Tres poesías

I

El divorcio indolente.
Ya la quietud se brinda.
Mullendo está la sombra
la blancura inaudita.

Si los sentidos nuevos
al presente se abren,
temprano es para el gozo
que no amanece nadie.

Y las músicas van
a endulzar el antaño.
¿ Qué mano detendría
el sonido acordado ?

La almohada no abre
los espacios risueños,
pero da la certeza
de que existen más lejos.

El tiempo en las estrellas.
Desterrada la historia.

Ministerio de Cultura 2011

Los sentidos se duermen
aguardando sus bodas.

II

¡ Esa brisa reciente
en el espacio esbelta !
En las hojas, abriendo,
sólo una primavera.

Por el raso absoluto
del cielo sin divisa,
pájaros en la mano:
primeras golondrinas.

Un árbol quieto asume
la distancia tan breve.
Así el fervor alerta
la indolencia presente.

Verdes están las hojas.
El crepúsculo huye.
Ya las sombras alcanzan
las fugitivas luces.

En su paz, la ventana
restituye a diario
las estrellas, el aire
y el que estaba soñando.

Ministerio de Cultura 2011

III

Los muros, nada más.
Yace la vida, inerte,
sin vida, sin ruido,
sin palabras crueles.

La luz, lívida, escapa,
y el cristal ya se afirma
contra la noche incierta
de arrebatadas lluvias.

Alzada, resucita
tal otra vez la casa:
los tiempos son idénticos,
distintas las miradas.

¿He cerrado la puerta?
El olvido me abre
sus desnudas estancias
grises, blancas, sin aire.

Pero nadie suspira.
Un llanto entre las manos,
sólo. Silencio, nada:
la oscuridad temblando.

Luis Cernuda

(Del libro inédito «Perfil del aire»)

Ministerio de Cultura 2011

Ministerio de Cultura 2011

historial de un libro

Ministerio de Cultura 2011

Ministério de Cultura 2011

historial de un libro

(LA REALIDAD Y EL DESEO)

(1958)

Debo excusarme, al comenzar la historia del acontecer personal que se halla tras los versos de *La Realidad y el Deseo*, por tener que referir, juntamente con las experiencias del poeta que creó aquéllos, algunos hechos en la vida del hombre que sufriera éstas. No siempre será aparente la conexión entre unos y otras, y al lector corresponde establecerla, si cree que vale la pena y quiere tomarse la molestia.

No recuerdo que, antes de sorprenderme a mí mismo descubriéndome una vocación poética, hubiese yo pensado, ni deseado, ser poeta, aunque mi aceptación del hecho siguiera al despertar de la vocación. Ya entrado en la edad madura, volviendo sobre mi niñez y adolescencia, percibí cómo todo en ellas me había preparado para la poesía y encaminado hacia ella. Y, como un poeta lo dijo: "el niño es padre del hombre".

Mi contacto primero con la poesía, a través de los versos de un poeta que años más tarde sería uno de mis preferidos entre los de lengua española, fue con ocasión del traslado de los restos de Bécquer, desde Madrid a Sevilla, para sepultarlos en la Iglesia de la Universidad. Unas primas mías, Luisa y Brígida de la Sota, dejaron a mis hermanas los tres tomos de las obras del poeta, los cuales yo, dada mi afición temprana a la lectura, hojeé y leí. No sabría decir lo que entonces percibí, hacia 1911, aunque no estoy seguro de la fecha, a mis

Ministerio de Cultura 2011

ocho o nueve años, en esa lectura; pero algo debió quedar, depositado en la subconsciencia, para algún día, más tarde, salir a flor de ella.

Hacia los catorce, y conviene señalar la coincidencia con el despertar sexual de la pubertad, hice la tentativa primera de escribir versos. Nada sabía acerca de lo que era un verso, ni de lo que eran formas poéticas; sólo tenía oído o, mejor dicho, instinto del ritmo, que en todo caso es cuaildad primaria del poeta. La idea de escribir, y sobre todo la de escribir verso, en parte por las burlas acostumbradas y que no pocas veces había oído acerca del poeta, suscitaba en mí rubor incontrolable, aunque me escondiera para hacerlo y nadie en torno mío tuvo noticia de tales intentos. Ello debió ocurrir hacia septiembre de 1916, y pocos meses más tarde, siguiendo la asignatura de retórica y preceptiva literaria, en el cuarto año de bachillerato, el padre escolapio (estudié con los escolapios) que nos enseñaba esa materia, al ocuparse de la décima nos pidió que compusiéramos una.

El hito tercero y decisivo en el camino que yo parecía seguir casi sin iniciativa propia, lo crucé hacia 1923 ó 1924, a los 21 ó 22 años. Hacía entonces el servicio militar y todas las tardes salía a caballo con los otros reclutas, como parte de la instrucción, por los alrededores de Sevilla; una de aquellas tardes, sin transición previa, las cosas se me aparecieron como si las viera por vez primera, como si por primera vez entrara yo en comunicación con ellas, y esa visión inusitada, al mismo tiempo, provocaba en mí la urgencia expresiva, la urgencia de decir dicha experiencia. Así nació entonces toda una serie de versos, de los cuales ninguno sobrevive.

En mi primer año de estudios universitarios había sido yo alumno de Pedro Salinas, como catedrático que él era, en Sevilla, de Historia de la Lengua y Literatura Españolas. Mas por una incapacidad típica mía, la de serme difícil, en el trato con los demás, exteriorizar lo que llevo dentro, es decir, entrar en comunicación con los otros, aunque algunas veces lo desee, durante el curso no fui para Salinas sino un alumno más, y de los menos distinguidos, entre el medio centenar de ellos que debió tener durante el año escolar 1919-1920. Ya casi al final de mi carrera, la ocasión de haber publicado yo algunas líneas de prosa en una revistita estudiantil, líneas que Salinas leyó,

Ministerio de Cultura 2011

y la mediación de algunos amigos comunes, nos puso al fin en contacto. No sabría decir cuánto debo a Salinas, a sus indicaciones, a su estímulo primero; apenas hubiera podido yo, en cuanto poeta, sin su ayuda, haber encontrado mi camino.

Leía entonces por vez primera, y digo por vez primera porque sólo en aquellos días percibí el sentido de lo que dejaron escrito, aunque en algunos casos fuera relectura, a los poetas españoles clásicos: Garcilaso, Fray Luis de León, Góngora, Lope, Quevedo, Calderón. Salinas me indicó la necesidad de que leyera también a los poetas franceses, de que aprendiera una lengua extranjera. Baudelaire fue el primer poeta francés a quien entonces comencé a leer en su propia lengua y hacia el cual he conservado devoción y admiración vivas. Luego, aunque mi conocimiento de la lengua era aún deficiente, emprendí la lectura de Mallarmé y de Rimbaud; el verso del primero me apareció ya entonces, y nunca dejó de aparecerme así a través de los años, con una hermosura sin igual. En cuanto a Rimbaud, no creo que yo, en aquella primera lectura, me diera cuenta del alcance de su pensamiento, aunque aquel contacto preliminar con su obra dejara una huella que las lecturas posteriores fueron profundizando.

A partir de 1924 había comenzado a escribir los poemitas que aparecieron en *Perfil del Aire,* mi libro primero. Mas en él, juntamente con la huella de algunos de los poetas que he mencionado, debo indicar la de Pierre Reverdy, cuyo nombre descubrí en un comentario nada favorable a su obra. No es Reverdy poeta hacia el cual haya conservado mucha estimación, pero entonces me ayudaron algunas cualidades suyas, en favor de las cuales estaba yo predispuesto: desnudez, pureza (sea lo que sea lo que esta palabra, tan abusada, suscite hoy en la mente del lector), reticencia. En todo caso es justa su mención aquí, porque la huella de Reverdy, aunque ningún crítico la percibiera, es visible en *Perfil del Aire.* No quiero dejar de indicar otros dos libros que también leí por entonces, aunque el efecto de su lectura no sería visible sino pocos años después: la de *Les Chants de Maldoror* y del *Préface à un livre futur.*

Por idénticas fechas, sobre todo, comencé a leer a André-Gide, del cual Salinas me dejó primero, no sé si sus *Prétextes* o sus *Nouveaux Prétextes,* y luego sus *Morceaux Choisis.* Me

Ministerio de Cultura 2011

figuro que Salinas no podía suponer que con esa lectura me abría el camino para resolver, o para reconciliarme, con un problema vital mío decisivo. De mi deuda para con Gide algo puede entreverse en el estudio que sobre su obra escribí entre 1945 y 1946. La sorpresa, el deslumbramiento que suscitaron en mí muchos de los *Morceaux,* no podría olvidarlos nunca; allí conocí a Lafcadio, y quedé enamorado de su juventud, de su gracia, de su libertad, de su osadía. No creo que los pocos versos que escribí en 1951 (*In Memoriam* A. G.), al morir André Gide, puedan dar al lector cuenta bastante de cuanto significó su obra en mi vida.

Acaso extrañe que no indique lecturas de poetas clásicos, de escritores griegos y latinos, que forman, lo sepamos o no, la columna vertebral de nuestro organismo literario. Desgraciadamente, no tengo conocimiento de la lengua griega, y uno muy deficiente (por incuria adolescente, ya que estudié latín en el bachillerato) del latín. En esta lengua puedo leer algo, usando de lo que en inglés llaman *crib*. Las traducciones al español de los clásicos, o apenas existen o son rematadamente malas; es cierto, además, que dichas traducciones deben repetirse de cuando en cuando, ya que cada época requiere nuevas traducciones de las obras clásicas, y por excelentes que sean, su lenguaje las hace anticuadas, cosa que no ocurre con el de los textos originales. Ya en francés pude hallar traducciones mejores, aunque con la deformación inevitable, de poetas griegos y latinos.

En cuanto a lecturas filosóficas, la sola palabra filosofía despertaba en mi mocedad una curiosidad intelectual que no reservaba sólo para la poesía. Desgraciadamente, mi curso universitario de historia de la filosofía fue un fracaso. ¿Por culpa mía? ¿Por culpa del profesor? Era éste un anciano que había heredado de su padre, krausista, idéntica profesión filosófica, lo cual acaso tiñera sus lecciones que, por lo demás, no alimentaron aquella curiosidad mía a que me he referido. Por mi cuenta leí algo de Shopenhauer y de Nietzsche, y poco después, al estudiar economía (cuyo catedrático quedó para mí como ejemplo de la indiferencia y desdén con que cierto tipo de intelectual español, pedante y vanidoso, podía proceder con sus alumnos), llegué a leer, en traducción pésima y podada al extremo, *El Capital*. En realidad mis lecturas filosóficas no las haría, con

Ministerio de Cultura 2011

cierto provecho, hasta algunos años más tarde, al encontrarme, primero en Glasgow y luego en Cambridge, con una biblioteca universitaria a mi disposición .

A fines de 1926, creo recordar, Emilio Prados y Manuel Altolaguirre anunciaron desde Málaga la aparición de "Litoral", y, con sus Suplementos, la de varios libros de poetas nuevos. Salinas, que me había hablado de reunir en volumen los versos que yo tenía escritos por esas fechas, y algunos de los cuales aparecieron ya en la "Revista de Occidente", propuso su publicación a Prados y a Altolaguirre. Este respondió pronto, aceptando el librito. Y en abril de 1927 llegó a mis manos el delgado volumen, con su título de *Perfil del Aire,* la indicación de que era el 4.º Suplemento de "Litoral", y su pie de la imprenta Sur, en Málaga. Junto a mi cama, durante la noche, estuvieron los ejemplares; creo que apenas dormí, y los poetas que recuerden la aparición de su libro primero comprenderán mi desvelo. Salinas estaba en Madrid, durante las vacaciones universitarias de primavera, y uno de los primeros ejemplares que envié fue el suyo. El libro le estaba dedicado.

Poco después cayeron sobre mí, una tras otra, las reseñas acerca de *Perfil del Aire:* todas atacaban el libro. Pero lo que más me dolió fueron las cortas líneas evasivas con las cuales Salinas me acusó recibo desde Madrid. Las críticas giraban, más o menos, sobre dos puntos: uno, que yo no era "nuevo" o, como algunos decían entonces, con dos términos ridículos que me excuso por repetir ahora, "noviformo" ni "porvenirista"; el otro era el de imitar a Guillén. A la acusación de no ser "nuevo" el tiempo ha dado la respuesta adecuada; a la de imitar a Guillén, yo mismo he respondido en un escrito ("El Crítico, el Amigo y el Poeta") y no necesito repetir aquí mis argumentos.

Inexperto, aislado en Sevilla, me sentí confundido. La experiencia me iría indicando luego las causas para aquellos ataques; pero entonces, conociendo cómo a todos los libritos de verso que por aquellos años aparecían en España se les había recibido, por lo menos, con benevolencia, la excepción hecha al mío me mortificó tanto más cuanto que ya comenzaba a entrever que el trabajo poético era razón principal, si no única, de mi existencia.

Mas no conocemos los recursos vitales de que podemos dis-

Ministerio de Cultura 2011

poner sino cuando la ocasión nos pone a prueba y, aun confundido como quedé, algo en el fondo de mí comenzó a decirme que aquellos ataques no eran justos, que mi libro era otra cosa de lo que aquella gente decía. A tal conclusión me ayudó al mismo tiempo la reacción de algunos frente al ataque. José Bergamín, a quien yo conocía y estimaba, respondió a una de las críticas más enconadas, defendiendo y elogiando el libro. Luego fueron apareciendo otros comentarios favorables; lo curioso es que éstos partieran de medios literarios distantes del madrileño. Entre ellos recuerdo y agradezco el que me dedicaba, en catalán, la gaceta barcelonesa *L'Amic de les Arts*.

Cuando los versos de *Perfil del Aire* volvieron a publicarse, con algunas supresiones y correcciones, en la edición primera de *La Realidad y el Deseo*, el año 1936, les quité el título original, porque ya para entonces mi antipatía a lo ingenioso en poesía me lo había hecho poco agradable. Pero mi conclusión de diez años atrás acerca del libro apenas había cambiado; aunque ahora (1958), al leer una opinión reciente sobre el mismo, como ésta: "en el año 1927 la poesía española asistió al nacimiento de un libro soberbio, titulado *Perfil del Aire*", no deje de parecerme exagerada, como también me lo parecieron antes las opiniones adversas.

Perfil del Aire es el libro de un adolescente, aún más adolescente de lo que lo era mi edad al componerlo, lleno de afanes no del todo conscientes, melancólico, precisamente por la impotencia en que me hallaba para satisfacer esos afanes ("la melancolía no es sino fervor caído", leí yo entonces en alguna página de Gide); pero, al mismo tiempo, libro de un poeta que, desde el punto de vista de la expresión, sabía más o menos adónde iba. Instintivamente me orientaba ya hacia lo que hoy, reflexivamente, llamaría una expresión coloquial, sorteando, también por instinto, los dos escollos frecuentes en la poesía española durante la década del 20: lo folklórico y lo pedantesco. Mi disgusto ante los manerismos entonces habituales entre los escritores jóvenes, me libró de caer en no pocos de sus riesgos consiguientes. Hoy sé que el seguir ciegamente las maneras literarias de la época, tanto como la complacencia para consigo mismo, dan pronto ocasión a las primeras arrugas, y que nada como ambas cosas hace vulnerable ante el tiempo a una obra literaria.

Ministerio de Cultura 2011

"Aquello que te censuren, cultívalo, porque eso eres tú". No digo que esa máxima sea sabia, ni prudente, pero yo la puse en práctica poco después de publicar mi primer libro. Porque mis versos siguientes fueron, decididamente, aún menos "nuevos" que los anteriores. Mi amor y mi admiración hacia Garcilaso (el poeta español que más querido me es), me llevaron, con alguna adición de Mallarmé, a escribir la "Egloga", cuya publicación, abriendo el número primero de "Carmen", la marcó Salvador de Madariaga, en un folletón de "El Sol", con un elogio subrayado * que, lejos de favorecer mi causa en el ambiente literario madrileño, pudo perjudicarla aún más, pues aquel elogio, además de enfrentarle con la hostilidad de que acaso se equivocaba con respecto a mí ("sostenerla y no enmendarla", como castizamente creo que dice Guillén de Castro), parecía favorecerme a exclusión de los otros poetas entonces jóvenes.

Tras de la "Egloga" escribí la "Elegía" y luego la "Oda". Tales ejercicios sobre formas poéticas clásicas fueron sin duda provechosos para mi adiestramiento técnico; pero no dejaba de darme cuenta cómo mucha parte viva y esencial en mí no hallaba expresión en dichos poemas. Unas palabras de Paul Eluard, "y sin embargo nunca he encontrado lo que escribo en lo que amo", aunque al revés, "y sin embargo nunca he encontrado lo que amo en lo que escribo", cifraban mi decepción frente a aquellas tres composiciones. Al menos, es verdad, me halagaba en ellas ver que comenzaba yo a concebir, y a realizar, que la materia poética era susceptible de amplitud mayor que la acostumbrada entonces entre nosotros.

La mención de Eluard es sintomática de dicho momento mío, porque el superrealismo, con sus propósitos y técnica, había ganado mi simpatía. Leyendo aquellos libros primeros de Aragón, de Breton, de Eluard, de Crevel, percibía cómo eran míos también el malestar y osadía que en dichos libros hallaban voz. Un mozo solo, sin ninguno de los apoyos que, gracias a la fortuna y a las relaciones, dispensa la sociedad a tantos, no

---

* Bastantes años más tarde Raimundo Lida habría de dispensar a esa "Egloga" el honor, de todo punto extravagante, de citar dos estrofas de ella, en sus notas a la traducción del libro de Middleton Murry, *The Problem of Style*, como ejemplo alternativo, en castellano. al fragmento de *The Tempest* citado en el original.

Ministerio de Cultura 2011

podía menos de sentir hostilidad hacia esa sociedad en medio de la cual vivía como extraño. Otro motivo de desacuerdo, aún más hondo, existía en mí; pero ahí prefiero no entrar ahora.

Quería yo hallar en poesía el "equivalente correlativo" para lo que experimentaba, por ejemplo, al ver a una criatura hermosa (la hermosura física juvenil ha sido siempre para mí cualidad decisiva, capital en mi estimación como resorte primero del mundo, cuyo poder y encanto a todo lo antepongo) o al oír un aire de *jazz*. Ambas experiencias, de la vista y del oído, se clavaban en mí dolorosamente a fuerza de intensidad, y ya comenzaba a entrever que una manera de satisfacerlas, exorcizándolas, sería la de darles expresión; mas, inhábil para conseguirlo, sus ecos me perseguían con una advertencia dramática: el tiempo aquel que yo vivía era el mío, el único de que dispondría, y yo no sabía gozarlo, ni tampoco decir en poesía esa urgencia de todo el ser. Al lector que estime inadecuado a mi experiencia su resultado emotivo, y frívolo éste además, al tratarse sólo, al menos en una de las instancias que mencioné, de una experiencia consistente en oír un aire de *jazz*, le recordaré aquellas palabras de Rimbaud, cuyo sentido creo posible comparar al de mi experiencia: "un título de *vaudeville* erguía espantos ante mí".

En julio de 1928 murió mi madre (mi padre había muerto en 1920) y a comienzos de septiembre dejé Sevilla. La sensación de libertad me embriagaba. Estaba harto de mi ciudad nativa, y aún hoy, pasados treinta años, no siento deseo de volver a ella. Las ciudades, como los países y las personas, si tienen algo que decirnos requieren un espacio de tiempo nada más; pasado éste, nos cansan. Sólo si el diálogo quedó interrumpido podemos desear volver a ellas. ¿Qué será ver siempre la misma faz junto a nosotros al despertar? ¿Las mismas cosas? ¿Las mismas calles? Keats lo dijo: *better be imprudent moveables than prudent fixtures*. Desde niño me atrajeron los viajes, y el espacio comenzó pronto a obsesionarme; el tiempo, mi otra obsesión, sería, naturalmente, más tardía.

Disponía de algún dinero, lo suficiente para vivir con modestia unos meses, un año. Tras de unos días en Málaga, adonde el mar, que no vi hasta tarde en mi vida, me atraía, además de la ocasión de charlar con Altolaguirre, Prados y José María Hinojosa, otro poeta malagueño cuya muerte terrible no se

Ministerio de Cultura 2011

ha mencionado entre nosotros, me fui a Madrid. Aquellos años la ciudad grande era tema literario muy a la moda, y aunque Madrid no era ciudad comparable a Berlín o Nueva York, en mi caso resultaba al menos aquella donde yo debía tratar de ganarme la vida. Mi grado universitario no podía servirme de mucho, porque era de licenciado en derecho y éste nunca me atrajo. Entrevía también que yo servía a algo que, en mi caso, no admitía se le diese devoción secundaria ni compartida: la poesía. Tenía además horror a lo que el mismo Rimbaud ha llamado "la mano", el acomodamiento espiritual a un oficio o profesión, y comprendía, no sin terror, ya que la sociedad exige tal acomodamiento de los que deben ganarse la vida, que nunca tendría esa "mano".

Tras de volver por el Prado, que ya conocía de un viaje anterior a Madrid, una de mis visitas primeras fue a Vicente Aleixandre. Salinas, entre tanto, trataba de que la universidad de Toulouse me aceptara como *lecteur d'espagnol* durante el curso próximo. Económicamente resultaba bien poca cosa, pero era una salida primera al mundo y la ocasión de usar de una lengua que conocía en teoría, pero no en la práctica. Madrid me agradaba y, por otra parte, temía comenzar a rodar sin asidero, temor que mi destino ulterior ha justificado y confirmado. Recibido el nombramiento de lector, al despedirme de Salinas un atardecer, con el frío invernal ya cercano, la estufa y la luz encendidas en su casa, me atacó insidiosamente la sensación de algo que yo no tenía, un hogar, hacia el cual, y hacia lo que representa, siempre he experimentado menos atracción que repulsión. Cierto que el deseo de conocer a Francia, país que era el de mi abuelo materno, compensaba aquella nostalgia hogareña.

Aún no había crecido lo bastante para darme cuenta clara de las diferencias entre lo francés y lo español. Toulouse era, como creo que es toda provincia francesa, una ciudad con cosas agradables y cosas sórdidas, y pronto encontré algunos rincones donde no me hallaba a disgusto. El trabajo escolar me era difícil, porque no tenía práctica de él; lo que llevaba preparado para mis clases estaba dicho en pocos minutos y el resto de la hora se erguía amenazador frente a mí. Sólo años más tarde adquiría facilidad para llenar con la explicación de un tema toda una clase.

Ministerio de Cultura 2011

París, cómo no, me fascinó. Cuando el catedrático de literatura española en Toulouse, antes de salir yo para París, me preguntó qué era lo que más deseaba ver, y le respondí que el Louvre, creo que quedó extrañado. Los museos, aunque en aquellos años andaban en desgracia con algunos jóvenes iconoclastas, me atrajeron siempre. Al pasar por el boulevard Saint-Michel, las librerías, con mesas desbordando libros en mitad de la acera, me detenían largo rato. Pasé allá el tiempo dedicado a ver, a pasear, a leer. Qué deseo sentía de quedarme indefinidamente.

De regreso en Toulouse, un día, al escribir el poema "Remordimiento en traje de noche", encontré de pronto camino y forma para expresar en poesía cierta parte de aquello que no había dicho hasta entonces. Inactivo poéticamente desde el año anterior, uno tras otro, surgieron los tres poemas primeros de la serie que luego llamaría "Un Río, un Amor", dictados por un impulso similar al que animaba a los superrealistas. Ya he aludido a mi disgusto ante los manerismos de la moda literaria y acaso deba aclarar que el superrealismo no fue sólo, según creo, una moda literaria, sino además algo muy distinto: una corriente espiritual en la juventud de una época, ante la cual yo no pude, ni quise, permanecer indiferente.

Dado mi gusto por los aires de *jazz,* recorría catálogos de discos y, a veces, un título me sugería posibilidades poéticas, como éste de *I want to be alone in the South,* del cual salió el poemita segundo de la colección susodicha, y que algunos, erróneamente, interpretaron como expresión nostálgica de Andalucía. En París había visto la primera película sonora, cuyo título, "Sombras blancas en los mares del Sur", también me dio ocasión para el tercer poema de la colección. Aún recuerdo, cuando subía al piso segundo del cine, que creo era uno próximo a los Campos Elíseos, si no estaba en los mismos, cómo llegó hasta mí el rumor del mar, fondo de aquella cinta. Uno de los letreros de cierta película muda que vi en Toulouse, me deparó esta frase para mí curiosa: "en (no recuerdo el nombre de lugar que se mencionaba) los caminos de hierro tienen nombres de pájaro", y la usé, como en un *collage,* dentro del poemilla "Nevada".

Ya en Madrid, durante el verano de 1929, continué escribiendo los poemas que forman la serie, terminándola. Antes

Ministerio de Cultura 2011

había tenido cierta dificultad en usar del verso libre; con el impulso que entonces me animaba, la dificultad quedó vencida, llegando a veces, tanto en "Un Río, un Amor" como en la colección siguiente, "Los Placeres Prohibidos", a utilizar versos de extensión considerable, en realidad versículos. Prescindí de la rima, consonante o asonante y apenas si, desde entonces, he vuelto a usar la primera. Lo curioso es que, a pesar de ambas cosas, verso libre y ausencia de rima, en ocasiones sea visible en alguna de tales composiciones (por ejemplo "Estoy cansado") una intención análoga a la de la canción; creo que siempre ha sido constante en mis versos, aunque a intervalos, la aparición del poema-canción. Pero no quería repetir la forma y la manera de las canciones medievales, ni de las letrillas, sino, con impulso semejante, conseguir otra expresión. Inútil añadir que nadie se dio cuenta de mi propósito.

Poco a poco fui siguiendo camino que me llevaba hacia un tipo de poesía en la cual lo que yo quería decir me parecía más urgente que lo que resultara al seguir los laberintos de la rima. Es cierto que algunos poetas creyeron cómo sus hallazgos más felices fueron deparados por ese azar de la rima; respetando su parecer, no creí conveniente imitarles, prefiriendo seguir el hilo de mi pensamiento a dejarme conducir, lejos de él, por la rima. Lo maravilloso de la poesía es la posibilidad inagotable que hay en ella, por la cual ningún poeta, aun siendo de los mayores, puede darnos, si no alguna o algunas de dichas posibilidades, un punto de vista limitado con respecto a la vasta poesía.

La afición al cine hacía que me interesaran los Estados Unidos, ya que las películas norteamericanas eran las más cotizadas entonces, y la vida allá la que más cercana parecía al ideal juvenil, sonriente y atlético, que no pocos mozos se trazaban entonces. Nombres de ciudades o de Estados de aquel país dieron pretexto a algunos de mis versos. No se olvide, por otra parte, que los países "artísticos", como Italia, habían caído en descrédito en parte atribuible a los viejos desplantes esteticistas de d'Annunzio y a los otros políticos, más recientes en fecha, del Duce. Sin embargo, una de las cosas cuya falta hoy más lamento en mi vida es no haber conocido Italia en mi juventud. Mas eran las grandes ciudades modernas las que entonces nos atraían.

Ministerio de Cultura 2011

Seguí leyendo las revistas y los libros del grupo superrrealista; la protesta del mismo, su rebeldía contra la sociedad y contra las bases sobre las cuales se hallaba sustentada, hallaban mi asentimiento. España me aparecía como país decrépito y en descomposición; todo en él me mortificaba e irritaba. No sé, si de haber tenido la suerte de nacer en otra tierra, ésta me hubiera parecido tan desagradable. Hoy reconozco que entonces, al menos, nadie me hubiera impedido decir tal opinión y comprendo que me formé y eduqué en mi tierra cuando aún se respetaban en ella ciertas libertades humanas sin las cuales el hombre casi deja de serlo: el proceso de descomposición nacional estaba menos avanzado de lo que lo está hoy.

Como consecuencia de tal descontento ciertas voces de rebeldía, a veces matizadas de violencia, comenzaron a surgir, aquí o allá, entre los versos que iba escribiendo. La caída de la dictadura de Primo de Rivera y el resentimiento nacional contra el rey, que había permitido su existencia, si no la había traído él mismo, suscitaban un estado de inquietud y de trastorno. Mi antipatía al conformismo me hacía difícil a veces el trato con aquellos pocos escritores a quienes conocía, repugnándome el fondo burgués que adivinaba en ellos. Unas palabras que, a petición de Gerardo Diego, escribí como introducción a la selección de algunos versos míos, destinados a publicarse, en 1931, en su antología *Poesía Española,* expresaban, creo que fielmente, aquel descontento. A pesar de todo, en Aleixandre hallé entonces la amistad, la camaradería casi completas que antes no hallara en nadie. Las tardes que pasábamos juntos eran uno de los pocos momentos de agrado y distensión con que contaba. Y no sólo era la compañía de Aleixandre; a Federico García Lorca, que sólo había visto una vez en Sevilla, en 1927, le volví a encontrar en casa de Aleixandre, de regreso de su viaje, durante un año, por Estados Unidos y Cuba. Como ocurre siempre, cuando la única escapada es a través de la conversación, terminada la visita salía yo excitado y descontento.

Entre tanto había hallado un trabajo que, a cambio de la ocupación entera de mi jornada, me dejaba dinero bastante para pasar de un día al otro, lo cual sería casi siempre mi situación económica, aunque luego, afortunadamente, con bastantes menos horas de trabajo y éste de índole más llevadera.

Ministerio de Cultura 2011

"Un Río, un Amor" estaba terminado; en 1931 comencé "Los Placeres Prohibidos". Los poemas de una y otra colección los escribí, cada uno, de una vez y sin correcciones; la versión que años más tarde publiqué de ellos era la misma que me deparó el impulso primero. A diferencia de las dos colecciones anteriores, de las cuales las "Primeras Poesías" sufrieron algunas correcciones, no sólo antes de publicarlas en *Perfil del Aire,* sino al reeditarlas, en 1936, en *La Realidad y el Deseo.* Aunque no tantas correcciones como los tres poemas "Egola, Elegía, Oda", que pertenecen a ese tipo de composición que, a través de los años, exigió de mí borradores numerosos o "estados" sucesivos, hasta que el poema adquiere su forma final. El arte de la poesía requiere unas veces el toque ligero y otras el toque insistente, pero en ambos casos el resultado debe confundir la paciencia con la sorpresa.

Desde que comencé a escribir versos me preocupaba a veces la intermitencia que ocurría, a pesar mío, en el impulso para escribirlos. Este no dependía de mi voluntad, sino que se presentaba cuando quería; una experiencia inaplacable, una necesidad expresiva, eran, por lo general, su punto de arranque. El impulso exterior podía depararlo la lectura de algunos versos de otro poeta, oír unas notas de música, ver a una criatura atractiva; pero todos esos motivos externos eran sólo el pretexto, y la causa secreta un estado de receptividad, de acuidad espiritual que, en su intensidad desusada, llegaba, en ocasiones, a sacudirme con un escalofrío y hasta a provocar lágrimas, las cuales, innecesario es decirlo, no se debían a una efusión de sentimientos. Aprendía a distinguir entre lo que pudiera llamar la causa aparente y la causa real de aquel estado a que acabo de referirme y, al tratar de dar expresión a su experiencia vi que era la segunda la que importaba, aquella de la cual debía partir el contagio poético para el lector posible.

En ocasiones dichos períodos de sequedad o esterilidad eran de unos meses, de un año, de dos; poco a poco fui viendo cómo, lejos de ser períodos estériles, eran períodos de descanso y de renuevo, igual que los del sueño lo son para el cuerpo y, después de ellos, al volver a escribir, observaba que mi trabajo se había enriquecido y transformado. De lo cual comprendí que no sólo eran provechosos, sino necesarios, resultando en el crecimiento y desarrollo de la mente. Pero conviene que el poeta

Ministerio de Cultura 2011

no se abandone durante tales períodos de inactividad involuntaria, sino que cultive asiduamente la lectura, la música, los viajes, todo aquello que conoce como fructífero para alimentarle y renovarle. Aparte de que también le es posible el trabajo literario de otro orden cuando el impulso poético no le anima.

El período de descanso entre "Los Placeres Prohibidos" y "Donde habite el Olvido", aunque apenas marcado por un lapso de tiempo, aparte de la experiencia amorosa que dio ocasión a muchas composiciones de la segunda colección citada, representó también el abandono de mi adhesión al superrealismo. Este había deparado ya su beneficio, sacando a luz lo que yacía en mi subconciencia, lo que hasta su advenimiento permaneció dentro de mí en ceguedad y silencio. Ya no tenía necesidad del superrealismo y comenzaba a ver, por otra parte, la trivialidad, el artificio en que degeneraba al convertirse en fórmula del mismo (el título de la colección es un verso de la rima LXVI) me orientó hacia una nueva visión y expresión poéticas, aunque todavía apareciesen en ellas, aquí o allá, algunos relámpagos o vislumbres de la manera superrealista.

En *Ocinos,* "Aprendiendo Olvido", me he referido a la anécdota personal que está tras los versos de "Donde habite el Olvido". La historia era sórdida, y así lo vi después de haberla sobrepasado; en ella mi reacción había sido demasiada cándida (mi desarrollo espiritual fue lento, en experiencia amorosa también) y demasiado cobarde. Son necesarios, además, algunos años, aunque no sabría decir cuántos, para aprender, en amor, a regir la parte de egoísmo que, no del todo conscientemente, arriesgamos en él. Si la sección segunda de *La Realidad y el Deseo* es una de las que menos me satisfacen en el libro, también es de ésas la sección quinta, "Donde habite el Olvido", aunque no por motivos estéticos, como la "Egloga, Elegeía, Oda", sino éticos, y su relectura me produce rubor y humillación.

Importa que el poeta se dé cuenta de cuándo acaba una fase y comienza otra en su desarrollo espiritual; mientras el poeta está vivo, es decir, mientras no se agote su capacidad creadora, esa mutación ocurre de modo natural, como la de las estaciones del año, nutriéndose de cuanto le depara nuestro vivir. Creo que es necesidad primera del poeta el reunir expe-

Ministerio de Cultura 2011

riencia y conocimiento, y tanto mejor mientras que más variados sean. Unas palabras de Empédocles, aunque desligadas de su sentido original, referente según creo a la transmigración de las almas, "porque antes de ahora he sido un muchacho y una muchacha, un matorral y un pájaro, y un pez torpe en el mar", me parecen expresar a maravilla esa sucesión varia y múltiple de experiencia y conocimiento que el poeta requiere, a falta de la cual su obra resulta pálida y estrecha. En mi caso particular, el cambio repetido de lugar, de país, de circunstancias, con la adaptación necesaria a los mismos, y la diferencia que el cambio me traía, sirvió de estímulo, y de alimento, a la mutación. No indico, de otra parte, cuánto pudo ayudarme ahí la necesidad de aprender lenguas nuevas, con la riqueza que la poesía de esas lenguas aportaba a mi acervo.

En 1934 comencé a componer los poemas de "Invocaciones a las gracias del Mundo", título que, en la edición tercera de *La Realidad y el Deseo,* quedó reducido a "Invocaciones", por llegar a parecerme engolado y pretencioso. Al comenzar dichos poemas, cansado de los poemitas breves a la manera de Machado y Jiménez, poetas que habían perdido quizá el sentido de lo que es composición, percibí que la materia a informar en ellos exigía mayor dimensión, mayor amplitud; al mismo propósito ayudaba el que por entonces me sintiera capaz (perdóneseme la presunción) de decirlo todo en el poema, frente a la limitación mezquina de aquello que en los años inmediatos anteriores se llamó poesía "pura". Fuera cuales fueran los efectos benéficos de aquella pretensión a decirlo todo en el verso, efectos entre los cuales me permitiría indicar el de ampliar mis límites de la experiencia poética, que los "puros" redujeron hasta el enrarecimiento, en mi caso hubo, además, por torpeza mía, uno perjudicial: hacerme divagar no poco, sobre todo al comienzo de ciertos poemas en dicha colección. Se nota también, en el tono de los mismos, ampulosidad; de ahí que me parezca absurda la pretensión de algunos de que "El Joven Marino" sea el poema mejor que yo haya escrito. En realidad si les parece así es a causa de esos dos defectos que acabo de indicar, garrulería y ampulosidad, que tan característicos son de nuestros gustos literarios tradicionales.

Más que mediada ya la colección, antes de componer el "Himno a la Tristeza", comencé a leer y a estudiar a Hölderlin,

Ministerio de Cultura 2011

cuyo conocimiento ha sido una de mis mayores experiencias en cuanto poeta. Cansado de la estrechez en preferencias poéticas de los superrealistas franceses, cosa natural en ellos, como franceses que eran, mi interés de lector comenzó a orientarse hacia otros poetas de lengua alemana e inglesa y, para leerlos, trataba de estudiar sus lenguas respectivas.

Vivía entonces en Madrid Hans Gebser, poeta alemán que, con la ayuda de un amigo inglés, Roy Winstone, traducía los textos para una antología de los poetas de mi generación, la cual se publicaría en Berlín poco tiempo antes de comenzar la guerra civil. De ahí la ocasión de nuestro conocimiento, y gracias a él pude poner en práctica mi propósito de estudiar a Hölderlin, de quien había leído algo. Con la colaboración de Gebser, emprendí luego la traducción de algunos poemas; pocas veces, excepto en mi traducción de *Troilus and Cressida,* de Shakespeare, he trabajado con fervoz y placer igual. Al ir descubriendo, palabra por palabra, el texto de Hölderlin, la hondura y hermosura poética del mismo parecían levantarme hacia lo más alto que pueda ofrecernos la poesía. Así aprendía, no sólo una visión nueva del mundo, sino, consonante con ella, una técnica nueva de la expresión poética. Los poemas que entonces traduje aparecieron en "Cruz y Raya" a comienzos de 1936.

Mi conocimiento de la lengua alemana era menos que elemental, y tuve que dejarme guiar por Gebser; de ahí uno de los errores más enojosos en la traducción, error que no comprendí sino años después: el del verso final en el poema *Hälfte des Lebens,* que dice *Klirre die Fahnen,* interpretado como "restallan las banderas", en vez de "rechinan las veletas", que es la interpretación justa. Ese y otros puntos de mi traducción hubiera querido rectificarlos en la publicación segunda de la misma, que hizo la editorial Séneca de México en 1942; pero yo estaba entonces en Escocia, y José Bergamín, director de la editorial, no tuvo a bien enterarme de la reimpresión.

Después de *Perfil del Aire* sólo había alcanzado a publicar dos libritos más: "Donde habite el Olvido", en 1934, y "El Joven Marino", en 1936. Ese no hallar ocasión de editar mis versos inéditos, enojoso aunque me pareciera, no sólo me permitió espacio para reflexionar sobre mi trabajo y corregirlo, sino que me sugirió la posibilidad de reunirlo todo bajo el título general

Ministerio de Cultura 2011

de *La Realidad y el Deseo*. La ocasión surgió en 1936, cuando José Bergamín aceptó la publicación del libro en las ediciones de "Cruz y Raya".

En otra ocasión he aludido a que me parecen existir, con respecto a la acogida que los lectores les dispensan, dos tipos de obras literarias: aquéllas que encuentran a su público hecho y aquéllas que necesitan que su público nazca; el gusto hacia las primeras existe ya, el de las segundas debe formarse. Creo que mi trabajo corresponde al segundo tipo, y la lentitud del mismo en parecer estimable (la cual, por cierto, corresponde a la lentitud, a que antes aludí, de mi desarrollo espiritual) ayudó a que, al publicarse *La Realidad y el Deseo* en 1936, contara ya con la simpatía de algunos lectores. Desgraciadamente, la guerra civil, que empezó poco después de aparecer el libro, impidió que pudiese darme cuenta de aquella simpatía naciente.

Antes de comenzar la guerra estaba yo para marchar a París, como secretario del embajador don Alvaro de Albornoz, además de su otro secretario, que era su hija, mi amiga Concha de Albornoz. Los acontecimientos precipitaron mi marcha y, no sin alguna posibilidad de que me ocurriera un lance que pudo poner término a mi viaje y a mi existencia, cosa entonces frecuente, llegué a París, donde estuve desde julio a septiembre. Entre los libros que compré entonces estaba la *Antología Griega*, texto griego y traducción francesa, editada en la colección Guillaume Budé. Menciono su adquisición porque esos breves poemas, en su concisión maravillosa y penetrante, fueron siempre estímulo y ejemplo para mí.

La estancia en París fue breve; al regresar el embajador a Madrid, regresé con él y con su familia. La nostalgia natural de dejar París se unía a lo incierto y difícil de la situación española. Al principio de la guerra, mi convicción antigua de que las injusticias sociales que había conocido en España pedían reparación, y de que ésta estaba próxima, me hizo ver en el conflicto no tanto sus horrores, que aún no conocía, como las esperanzas que parecía traer para lo futuro. Desnudas frente a frente vi, de una parte, la sempiterna, la inmortal reacción española, viviendo siempre, entre ignorancia, superstición e intolerancia, en una edad media suya propia; y, de otra (yo en pleno *wishful thinking*), las fuerzas de una España joven cuya

Ministerio de Cultura 2011

oportunidad parecía llegada. Luego me sorprendería, no sólo la suerte de salir indemne de aquella matanza, sino la ignorancia completa de ella en que estuve, aunque ocurriera en torno mío.

Ninguna otra vez en mi vida he sentido como entonces el deseo de ser útil, de servir; ya un cínico famoso (creo que era Talleyrand) advirtió a unos diplomáticos jóvenes: "y sobre todo, nada de celo". En efecto, el celo, paradójicamente, de poco sirve y siempre es observado por los otros, en la víctima del mismo, con desconfianza. Afortunadamente mi deseo de servir no sirvió para nada y para nada me utilizaron. La marcha de los sucesos me hizo ver poco a poco que no había allí posibilidad de vida para aquella España con que me había engañado. Al margen de todo, no pensé en salir de allá, que hubiera sido lógico, dada mi opinión sobre la situación española: todavía me parecía que, trabajando en lo que siempre fuera mi trabajo, la poesía, estaba al menos al lado de mi tierra y en mi tierra.

Algo de eso quise expresar en los poemas escritos durante el año primero de la guerra civil, que luego formaron parte de "Las Nubes". La muerte trágica de Lorca no se apartaba de mi mente. En las noches del invierno de 1936 a 1937, oyendo el cañoneo en la ciudad universitaria, en Madrid, leía a Leopardi. El tono de mis versos se hacía, quizá menos ditirámbico y su extensión iba reduciéndose, usando de preferencia una combinación básica de versos endecasílabos y heptasílabos.

Alguna ocasión se me ofreció para irme de España, pero no sé si, de haberla aprovechado, llegaran a permitírmelo. En febrero de 1938 un amigo inglés, el cual, sin saberlo yo, había gestionado desde Londres que el gobierno de Barcelona me otorgara pasaporte con destino a Inglaterra, para dar unas conferencias, me avisó de que podía emprender el viaje. No creía que mi ausencia durase más de uno o dos meses, creencia que sin duda me facilitó la aceptación del proyecto. Pero mi ausencia ha durado ya, a estas fechas, más de veinte años. A ese amigo, Stanley Richardson, que murió en Londres en 1940, durante un bombardeo, debo haberme salvado de los riesgos eventuales, después de terminada la guerra civil, si su final me alcanza en España. Al comienzo de aquélla estuve en ignorancia de la persecución y matanza de tantos compatriotas míos

Ministerio de Cultura 2011

(los españoles no han podido deshacerse de una obsesión secular: que dentro del territorio nacional hay enemigos a los que deben exterminar o echar del mismo), mas luego adquirí una consciencia tal de esos sucesos, que enturbiaba mi vida diaria; hasta el punto de que, fuera de mi tierra, tuve durante años cierta pesadilla recurrente: me veía allá, buscado y perseguido. Sufrir de tal sueño es cosa que, simbólicamente, me enseñó bastante respecto a mi relación subconsciente con España.

No conocía Inglaterra, aunque fuera país que desde mi niñez me interesó, sin duda por esa atracción de contrarios que tan necesaria es en la vida, ya que la tensión entre ellos resulta, al menos para mí, fructífera: mi sur nativo necesitaba del norte, para completarme. Londres me decepcionó al principio, esperando ver otra ciudad de encanto exterior, como París. Para gustar de Londres, como de toda Inglaterra, para sentir su encanto íntimo, hecho de tradición filtrada a través de los años, matizada por la idiosincrasia nacional, hace falta tiempo. Y eso era, precisamente, lo que yo no quería tener entonces, tiempo; movido por la nostalgia de mi tierra, sólo pensaba en volver a ella, como si presintiera que, poco a poco, me iría distanciando hasta llegar a serme indiferente volver o no. De otra parte, pocos extranjeros, sobre todo los de países meridionales, dejan de experimentar en Inglaterra cierta humillación, nacida de la inferioridad inevitable ante el dominio del inglés sobre sí mismo y sobre el contorno, ante sus maneras, naturalmente tan delicadas, que muestran, por contraste, la tosquedad, la rudeza de las nuestras. Inglaterra es el país más civilizado que conozco, aquel donde la palabra civilización alcanzó su sentido pleno. Ante esa superioridad no hay sino someterse, y aprender de ella, o irse.

Y eso fue lo que hice: sin dinero, como de costumbre, sin conocer todavía la lengua, mortificado ante la perfección de la convivencia humana inglesa, después de unos cuantos meses de estancia, en julio marché a París, camino de España. Mas las noticias que allá me dieron acerca de la guerra civil, y mi escaso deseo de volver a asistir impotente a la ruina de mi tierra, me detuvieron. Fue aquélla una de las épocas más miserables de mi vida: sin recursos, como dije, sin trabajo, sólo la compañía y la ayuda de otros amigos y conocidos cuya si-

Ministerio de Cultura 2011

tuación era semejante a la mía, me permitieron esperar y salir adelante.

Cuando dejé España llevaba conmigo unos ocho poemas nuevos; en Londres, movido por las emociones encontradas a que ya me referí, escribí seis más. La mayor parte de unos y de otros estaba dictada por una conciencia española, por una preocupación patriótica que nunca he vuelto a sentir. Entre los pocos libros que tenía conmigo, estaba la antología *Poesía Española,* de Diego, y en ella releí a Unamuno y Machado, hallando en sus versos respuesta y alimento para aquella preocupación a que acabo de eludir. A dicho tipo de composiciones añadí otro dictado por el contorno mío de entonces, unas veces francés (como "La Fuente", cuyo motivo y fondo lo deparó el jardín de Luxemburgo), otras inglés, aunque el número de éstas habría de acrecerse a mi regreso a Inglaterra. Porque Stanley Richardson me avisó en septiembre de que Cranleigh School, en Surrey, me aceptaba como ayudante del profesor de español. Regresé pues a Inglaterra y en enero de 1939 pasé, de Cranleigh School, a la universidad de Glasgow, y de allí a la de Cambridge en 1943.

Si no hubiese regresado, aprendiendo la lengua inglesa y, en lo posible, a conocer el país, me faltaría la experiencia más considerable de mis años maduros. La estancia en Inglaterra corrigió y completó algo de lo que en mí y en mis versos requería dicha corrección y compleción. Aprendí mucho de la poesía inglesa, sin cuya lectura y estudio mis versos serían hoy otra cosa, no sé si mejor o peor, pero sin duda otra cosa. Creo que fue Pascal quien escribió: "no me buscarías si no me hubieras encontrado", y si yo busqué aquella enseñanza y experiencia de la poesía inglesa fue porque ya la había encontrado, porque para ella estaba predispuesto.

Por otra parte el trabajo de las clases me hizo comprender como necesario que mis explicaciones llevaran a los estudiantes a ver por sí mismos aquello de que yo iba a hablarles; que mi tarea consistía en encaminarles y situarles ante la realidad de una obra literaria española. De ahí sólo había un paso a comprender que también el trabajo poético creador exigía algo equivalente, no tratando de dar sólo al lector el efecto de mi experiencia, sino conduciéndole por el mismo camino que yo

Ministerio de Cultura 2011

había recorrido, por los mismos estados que había experimentado y, al fin, dejarle solo frente al resultado.

En Cranleigh, durante los meses de otoño que allí estuve, mientras Inglaterra y el mundo atravesaban la crisis que culminó en la visita de Chamberlain a Hitler, cierta calma melancólica fue invadiéndome, y apareciendo en los versos escritos entonces, después de la tormenta de la guerra civil. "Lázaro", una de mis composiciones preferidas, quiso expresar aquella sorpresa desencantada, como si, tras de morir, volviese otra vez a la vida. Sin duda no pocos de los estudiantes con quienes me cruzaba por los campos que rodeaban la escuela, morirían pocos años después, en la segunda guerra mundial, que la tregua de Munich sólo demoró, como aquellos otros cuyos nombres podían leerse allí, en un cenotafio, muertos en la primera. Para mi abatimiento, el campo aquel de Surrey era marco de la nostalgia aguda que sentía de mi tierra, mi ambiente, mis amistades españolas.

Continué la lectura, ya comenzada la primavera anterior, de algunos poetas ingleses. Leía, simultáneamente, alguna comedia de Shakespeare, Blake, Keats; acostumbrado al ornato verbal, barroco en gran parte, de la poesía española, que de manera sutil me parecía repetirse en la francesa, me desconcertaba no hallarlo en la inglesa o, al menos, que ésta no hiciera del mismo, como los españoles y los franceses, razón de ser para la poesía. Pronto hallé en los poetas ingleses algunas características que me sedujeron: el efecto poético me pareció mucho más hondo si la voz no gritaba ni declamaba, ni se extendía reiterándose, si era menos gruesa y ampulosa. La expresión concisa daba al poema contorno exacto, donde nada faltaba ni sobraba, como en aquellos epigramas admirables de la antología griega.

Aprendí a evitar, en lo posible, dos vicios literarios que en inglés se conocen, uno, como *pathetic fallacy* (creo que fue Ruskin quien le llamó así), lo que pudiera traducirse como engaño sentimental, tratando de que el proceso de mi experiencia se objetivara, y no deparase sólo al lector su resultado, o sea, una impresión subjetiva; otro, como *purple patch* o trozo de bravura, la bonitura y lo superfino de la expresión, no condescendiendo con frases que me gustaran por sí mismas y sacrificándolas a la línea del poema, al dibujo de la compo-

Ministerio de Cultura 2011

sición. Ya se recordará cómo, en general, mi instinto literario tendía a prevenirme contra riesgos tales. Algo que también aprendí de la poesía inglesa, particularmente de Browning, fue el proyectar mi experiencia emotiva sobre una situación dramática, histórica o legendaria (como en "Lázaro", "Quetzalcóatl", "Silla del Rey", "El César"), para que así se objetivara mejor, tanto dramática como poéticamente. La luz, los árboles, las flores del paisaje inglés comenzaron a aparecer en mis versos, para matizarlos con un colorido y claroscuro nuevos. Así fue el norte completando en mí, meridional, la gama de emociones sensoriales.

Mas ese efecto de la lectura de los poetas ingleses acaso fuera más bien uno cumulativo o de conjunto que el aislado o particular de tal poeta determinado. Al decir eso debo añadir cómo Shakespeare me apareció entonces, y así me aparecería siempre, como poeta que no tiene igual en otra literatura moderna; acaso represente para mí lo que Dante representa para algunos poetas ingleses, completando en éstos, poetas nórdicos, lo que Shakespeare completa en mí, poeta meridional, aunque entre Dante y Shakespeare no haya otra correlación que la de su grandeza respectiva. Al mismo tiempo que a los poetas leía a los críticos de la poesía, que en Inglaterra son bastantes y de importancia excepcional: las *Vidas de los Poetas,* del Dr. Johnson, la *Biographia Literaria,* de Coleridge, las *Cartas* de Keats, los ensayos de Arnold y Eliot. Me interesaba ya el camino que habían seguido los poetas ingleses para llegar a estos poemas que iba conociendo, así como lo que pensaron acerca de la poesía y las cuestiones concernientes a ella.

En 1940, durante mi estancia en Glasgow, Bergamín publicó en México la edición segunda de *La Realidad y el Deseo,* aumentada con la sección VII, "Las Nubes", la cual, comenzada en Madrid, como dije, y continuada en Londres, París y Cranleigh, terminé en Glasgow el año ya mencionado. Una edición separada de "Las nubes, edición pirata, por cierto, apareció en Buenos Aires en 1943. Había temido yo que la situación en España, después de terminada la guerra civil, no fuera favorable para nosotros, los poetas y escritores idos, y que mi trabajo, apenas comenzado a publicarse en 1936, quedaría olvidado y desconocido de los jóvenes. Que de mis versos se hiciera, no sólo una edición segunda, sino hasta una edición pirata, me

Ministerio de Cultura 2011

permitió vislumbrar para el mismo posibilidades menos pesimistas.

Ni Glasgow ni Escocia me resultaban agradables. A partir de 1941 comencé a pasar en Oxford los meses de vacaciones estivales. En sus librerías, aunque la guerra también repercutiese en ellas, tanto por lo que atañía a la edición de libros ingleses como por la dificultad o imposibilidad de obtener los extranjeros, hallé no pocos libros de poesía o sobre poesía, nuevos o de ocasión, que iba leyendo y estudiando. El regreso a Escocia me deprimía en extremo. Durante uno de esos períodos de vacaciones en Oxford, en el verano de 1941, comencé allá "Como quien espera el Alba", lo continué en Glasgow y lo terminé en Cambridge en 1944. El otoño, invierno y primavera de 1941 a 1942 fue uno de los períodos de mi vida cuando más requerido me vi por temas y experiencias que buscaban expresión en el verso; a veces, no terminado aún un poema, otro quería surgir. No pocas veces he oído que el poeta debe desconfiar de tales períodos de abundancia; no sé. El resultado de aquel mío está ahí y, a pesar de todo, "Como quien espera el Alba" es quizá una de las colecciones de mis versos donde más cosas hay que prefiero.

El traslado a la universidad de Cambridge me alegró mucho. La tarde en que debía tomar el tren camino de Londres y Cambridge, dejando al fin Escocia, fui por última vez a la universidad y, deteniéndome en el *quadrangle,* miré bien a todos lados (a la antipatía, lo mismo que a la simpatía, también puede en alguna ocasión complacerle el demorar la mirada sobre el objeto de ella). Luego me fui. Rara vez me he ido tan a gusto de sitio alguno. Durante los dos años de estancia en Cambridge, de 1943 a 1945, viví en Emmanuel College, y quienes conozcan los colegios de Cambridge y Oxford saben el encanto que tienen. El trabajo escolar me permitía, lo mismo que me permitió en Glasgow, el uso de la biblioteca universitaria.

Entre mis lecturas de esos años quisiera mencionar cómo, ya en Glasgow, había comenzado todas las noches a leer, por costumbre, una vez acostado, algunos versículos de la Biblia en traducción inglesa; de dicha lectura quizá debe quedar huella, entre otros versos míos, en algunos de los de "Como quien espera el Alba". Lectura diferente fue la de las Conver-

Ministerio de Cultura 2011

saciones de Goethe con Eckermann y la de la Correspondencia entre Goethe y Schiller. Ambos libros nos acercan tanto a Goethe que en ellos parece asistiéramos a su vida diaria y a la marcha de su pensamiento. Su Correspondencia con Schiller, además, es lectura especialmente ejemplar y fecunda para un poeta. En Cambridge comencé a leer a Kierkegaard, que me atrajo profundamente, buscando, en traducción inglesa, no pocas de sus obras.

También continué durante esos mismos años formando, en lo posible, mi educación musical. Ya desde Sevilla acostumbraba yo a asistir a conciertos, y en Inglaterra no sólo pude satisfacer ampliamente mi gusto hacia la música, sino la necesidad que siento de ella. La música ha sido para mí, aún más quizá que otra de las artes, la que prefiero después de la poesía. En Londres fue donde mejores ocasiones tuve para escuchar música; no olvido una serie de conciertos semanales dedicados a toda la música de cámara de Mozart. Porque Mozart es el artista a quien debo haber gozado del más puro deleite; y al escribir eso recuerdo cómo algunos discuten acerca de que el arte debe "comprometerse", ser útil. No conozco obra de arte comprometido que me haya servido tanto, ni mejor, en su pureza irreductible, como la de Mozart.

La terminación de la guerra me alcanzó en Cambridge, y a esos años alude el título de "Como quien espera el Alba", ya que entonces sólo parecía posible esperar, esperar el fin de aquel retroceso a un mundo primitivo de oscuridad y de terror, en medio del cual Inglaterra era como el arca cerrada donde Noé sobrevivió a las aguas del diluvio. Llevaba ya no pocos años de vivir en Inglaterra, pero mi actitud acerca del país y del carácter nacional seguía siendo ambivalente, lo cual se echa a ver en todos aquellos poemas míos de fondo o tema inglés. No olvido, ni es fácil que olvide, cuanto de admirable había conocido allí: qué diferencia entre lo que vi en mi tierra durante la guerra civil y lo que vi en Inglaterra durante la segunda guerra mundial, en previsión, en sentido común, en esfuerzo callado.

Ejemplo del valor sin gestos ni palabras, que es el del inglés, quisiera recordar ahora cómo les vi comportarse, en un hotel de Liverpool, durante uno de aquellos bombardeos con los cuales la *Luftwaffe* trataba de dominarles por el terror.

Ministerio de Cultura 2011

Estaba yo sentado en el *lounge* del hotel; en torno de mí otros huéspedes, hombres y mujeres, leían o charlaban quedamente. Al oírse las sirenas anunciando la proximidad de los aviones enemigos y, luego, más que cercana, la explosión de las bombas, ni uno solo de ellos se movió: todos siguieron callados, en la misma actitud en que les sorprendiera el ataque. Cuando algún tiempo después volví a Liverpool, nada quedaba en pie del centro de la ciudad, incluso aquel hotel donde yo me hospedara. No es Inglaterra, ni son los ingleses, gente que atraiga fácilmente el afecto, al menos el mío; pero no conozco tierra ni gente hacia las que sienta igual admiración y respeto.

Antes de dejar Cambridge, comencé "Vivir sin estar Viviendo", que continué en Londres, adonde me fui en 1945. A partir de la lectura de Hölderlin había comenzado a usar en mis composiciones, de manera cada vez más evidente, el *enjambement*, o sea el deslizarse la frase de unos versos a otros, que en castellano creo que se llama encabalgamiento. Eso me condujo poco a poco a un ritmo doble, a manera de contrapunto: el del verso y el de la frase. A veces ambos pueden coincidir, pero otras diferir, siendo en ocasiones más evidente el ritmo del verso y otras el de la frase. Este último, el ritmo de la frase, se iba imponiendo en algunas composiciones, de manera que, para oídos inexpertos podía prestar a aquéllas aire anómalo. ° En ciertos poemas míos, que constituyen un monólogo dramático, entre los cuales se encuentran algunas de mis composiciones preferidas, el verso queda como ensordecido bajo el dominio del ritmo de la frase. Desde temprano me agradó poco el verso de ritmo demasiado acusado, con su monotonía inevitable, y nunca quise usar, por ejemplo, el ritmo trocaico ni tampoco, uniforme en una composición, el verso dodecasílabo. Si en el verso hay música, mi preferencia se orientó hacia la "música callada" del mismo.

Con lo dicho se relaciona íntimamente mi escasa simpatía por la rima, y mucho más si es "rica", dejando de usarla, como antes dije, a partir de 1929. Igual antipatía tuve siempre al lenguaje suculento e inusitado, tratando siempre de usar, a

---

° Alguien no muy perspicaz en cuestiones poéticas llegó a decirme en Londres que yo había dejado de escribir en verso.

Ministerio de Cultura 2011

mi intención y propósito, es decir, con oportunidad y precisión, los vocablos de empleo diario: el lenguaje hablado y el tono coloquial hacia los cuales creo que tendí siempre. Las palabras de J. R. Jiménez, "Quien escribe como se habla irá más lejos en lo porvenir que quien escribe como se escribe", me parecen una de sus máximas más justas. No digo que no se halle en mis versos excepción a estas preferencias que vengo indicando; no siempre puede el escritor, ni sabe, ser fiel a sus gustos, y también en poesía, como en todo, el azar nos conduce en ocasiones, no siempre mal, contra nosotros mismos. La relectura de mis versos, hecha recientemente, al corregir pruebas para la edición tercera de *La Realidad y el Deseo,* constituyó un ejercicio ascético, mortificante de la vanidad, ya que pocas composiciones parecían concertarse, y aun en éstas el concertamiento sólo era fragmentario, con las predilecciones estilísticas y preferencias expresivas que acabo de indicar.

Sentí dejar Cambridge, y aunque un trabajo equivalente me aguardaba en Londres, en el Instituto Español, el ambiente no era tan atractivo. Es verdad que en Londres contaba con teatros, conciertos, librerías numerosas, y si no añado los museos es porque éstos, vacíos durante la guerra, sólo poco a poco iban recobrando algunos de sus tesoros. Tuve que irme a Estados Unidos sin poder ver nuevamente las antigüedades griegas del Museo Británico. En Cambridge había escrito los ocho poemas primeros de "Vivir sin estar Viviendo", y a ellos añadiría trece más, antes de marcharme de Inglaterra, aunque, de ésos, algunos los escribí en Cornualles, cerca de la costa, adonde me acostumbré a pasar cuantas vacaciones tenía, porque había llegado a cansarme de la gran ciudad y del tipo de vida que representa. También comencé en Londres, creo que hacia 1946, la traducción del *Troilus and Cressida* de Shakespeare, labor que me iba a enseñar mucho y que emprendí con amor.

En marzo de 1947 recibí carta de mi amiga Concha de Albornoz, quien hacía unos años trabajaba en Mount Holyoke College, Estados Unidos, preguntándome si aceptaría un puesto allí. Aunque parezca increíble, no había pensado en cómo y dónde habría de continuar mi existencia. Volver a mi tierra, ni pensaba en ello; poco a poco se consumaba la separación espiritual, después de la material, entre España y yo. Los Esta-

Ministerio de Cultura 2011

dos Unidos fueron, como ya dije, entusiasmo juvenil mío, que no llegó entonces a obtener satisfacción visitando el país, y puede suponerse si la propuesta me atraería. Comencé las gestiones, largas y complicadas, para obtener visado; además de esas dificultades estaban las del transporte a Nueva York, ya que, apenas acabada la guerra, los viajes aéreos o marítimos aún no eran normales.

Llegó el verano, el verano más sostenidamente soleado y luminoso que conociera durante mis nueve años de estancia allá, y aún continuaba yo, obtenido el visado, sin resolver la cuestión de transporte. Debía hallarme en Mount Holyoke a fines de septiembre, a comienzos del curso; cuando desesperaba ya de emprender la jornada, me enteraron en la agencia de viajes, donde solicitara pasaje, que una señora había cancelado el suyo y podía disponer de su cabina. Era un buque francés, que tocaba Southampton, de donde saldría para Nueva York el 10 de septiembre. No pocas veces me había preguntado cómo sería aquella tierra adonde me preparaba a marchar, y que no era sólo otra tierra más, otro país más, sino parte del continente americano, hacia el cual un español tiene que experimentar atracción e interés peculiares.

Puesto que mi actitud entonces, como dije antes, era refractaria a la metrópoli y afecta al campo (Teócrito y Virgilio siempre fueron para mí poetas predilectos), mi pregunta acerca de la nueva tierra se cifró así: "¿cómo serán los árboles aquéllos?", que daría el verso primero para un poema ("Otros Aires") escrito luego en Mount Holyoke. No se extrañe que en los árboles cifrara, inconscientemente, la curiosidad hacia el país aún desconocido, porque ante mí tuve todos aquellos años los hermosos, los bellísimos árboles ingleses: robles, encinas, olmos.* A un plátano viejo de dos siglos, en el jardín de los Fellows de Emmanuel College, había dedicado el poema "El Arbol", en "Vivir sin estar Viviendo".

A medianoche partí de la estación de Waterloo, el diez de septiembre de 1947, camino del puerto, de donde saldría rumbo a Estados Unidos. Coexistían en mí dos emociones contrarias:

---

* Hermanos de los olmos ingleses son los olmos de Aranjuez, traídos de Inglaterra por Felipe II.

Ministerio de Cultura 2011

una, la de la curiosidad y atracción hacia un país nuevo, y la otra, algo fúnebre, de abandonar lo que fue nuestro mundo. Retirada la escala del buque, sobre cubierta esperé la partida, pensando en aquellos nueve años que había vivido en tierra inglesa. No sé si el poeta experimenta sus emociones con intensidad mayor o igual a la de cualquier otro hombre; no puedo conocerlo, puesto que, como decía Hopkins, "bebo en un solo jarro, que es el de mi propio ser". Aquellos momentos nocturnos en Southampton, antes de la partida, bastaron para que recorriese, en un trance agónico, como se dice que ocurre a los moribundos, toda una fase de mi vida.

Más tarde traté de expresar en un poema, "La Partida", aquella experiencia, pero no lo conseguí. Es necesario que el poeta explore todas las ramificaciones, las posibilidades del tema, y las siga, relacionándolas dentro de la composición, para que un poema adquiera existencia. Hay experiencias cuyo alcance se nos escapa, unas veces por pereza al explorarlas, ese creo que fue mi caso al componer "La Partida"; otras por incapacidad para explorarlas, y esa fue mi situación al escribir el poema en prosa "El Acorde". Es verdad que no siempre es necesaria, al escribir un poema, esa exploración de sus posibilidades; cuando se trata de un tema cuyas posibilidades las conoce de antemano el poeta como limitadas, en el cual, lo mismo que en el relámpago, basta un instante para su iluminación, sólo hay que trasladar lo esencial de la experiencia. Así creo que ocurrió en "Los Espinos", uno de mis poemas preferidos.

Entre una y otra situación, aquélla de posibilidades poéticas amplias y ésta de posibilidades poéticas breves, es necesario distinguir previamente, porque una requiere desarrollo y otra requiere concreción; esa diferencia nace con el germen mismo del poema. Siempre traté de componer mis poemas a partir de un germen inicial de experiencia, enseñándome pronto la práctica que, sin aquél, el poema no parecería inevitable ni adquiriría contorno exacto y expresión precisa. La extensión mayor o menor de un poema la dicta de antemano, como es natural, el germen del cual nace. También la expresión, en una y otra de las dos situaciones antes indicadas, debe acomodarse a la naturaleza respectiva del poema a escribir, y ajustarse a un paso más lento o a un paso más breve, aunque eso no quiere

Ministerio de Cultura 2011

decir que concentración e intensidad no sean requeridas en ambos casos. Se trata, simplemente, de un cambio en la velocidad. Lo dicho afecta en parte a la variedad necesaria al poeta, si no quiere que su trabajo resulte monótono, aunque esa variedad depende de la mayor o menor amplitud en la escala temática y expresiva del poeta.

El arribo a Nueva York lo he referido en poema en prosa, "La Llegada". Viniendo de un país donde la guerra y la postguerra impusieron, y seguían imponiendo todavía al marcharme de allí, penitencia y ascetismo excepcionales, las tiendas de Nueva York, que son quizá uno de sus encantos mayores, me lo hicieron aparecer como país de Jauja. Mount Holyoke me agradó, así como la cordialidad de la gente y la abundancia de todo. Téngase en cuenta que, por vez primera en mi vida, mi trabajo iba a pagarse de manera decorosa y suficiente, lo cual, como es natural, acaso ayudaba a mi primera reacción optimista.

En noviembre recibí desde Buenos Aires ejemplares de "Como quien espera el Alba". Las erratas, aunque no tan numerosas, tratándose de un libro más pequeño, como en la edición segunda de *La Realidad y el Deseo,* me mortificaron. Seguía imposibilitado por la distancia para reconocer la reacción directa ante el libro; confusamente, de aquí y de allá, me llegaban indicaciones de que algunos acogían mis versos de manera diferente a como fueron acogidos en Madrid los primeros: el tiempo comenzaba quizá a hacer su obra. Lo curioso era que, aun cuando mis publicaciones anteriores no hubieran sido objeto de atención particular, no quedaban olvidadas, y mi nombre surgía, aquí o allá, al hablarse de poesía española. Era un reconocimiento más bien tácito que expreso y, aunque no dejara de sorprenderme, lo más sorprendente resultaba cómo había resistido yo, durante años, lleno de una fe absurda, trabajando, aunque sin facilidad para publicar mis escritos, en medio de un aislamiento continuo. La poesía, el creerme poeta, ha sido mi fuerza y, aunque me haya equivocado en esa creencia, ya no importa, pues a mi error he debido tantos momentos gozosos.

Seguí experimentando en Mount Holyoke, durante el curso de 1947 a 1948, agrado idéntico. Mas al llegar el fin de curso, una estudiante que había trabajado conmigo su tesis, al des-

Ministerio de Cultura 2011

pedirse de mí me dijo de pronto: "No se quede aquí, no se quede aquí". Tras de sus palabras vi el recelo que sentía de que aquel ambiente fuera perjudicial a mi trabajo como poeta; a pesar mío, no dejé de impresionarme. Es verdad que, contrario al vaticinio, "Vivir sin estar Viviendo" fue continuado y terminado en Mount Holyoke, y que allí empecé también "Con las Horas contadas", aunque esta colección la terminaría ya abandonados los Estados Unidos, en México.

Vine a México por vez primera en el verano de 1949 y, contra mis presunciones, el efecto resultó considerable; tanto que la vida en Mount Holyoke se me hizo enojosa. En el librito en prosa *Variaciones sobre Tema Mexicano,* que comencé a escribir durante el invierno de 1949 a 1950, puede entreverse el conflicto; también aparece en algunas composiciones de "Con las Horas contadas". La estancia en Nueva York, durante las escapadas del pueblo, no me traía compensación, porque no conocía a nadie y, a veces, una sensación de miedo me sobrecogía al percibirme entre extraños en medio de aquel inmenso país. No pensaba sino en la vuelta a México. Hoy veo que era la mía una situación donde mis reacciones primeras, no controladas por mí, iban dominándome contra toda reflexión y todo sentido común.

Seguí volviendo a México los veranos sucesivos, y durante las vacaciones de 1951, que había alargado pidiendo medio año de permiso a las autoridades de Mount Holyoke, conocí a X, ocasión de los "Poemas para un Cuerpo", que entonces comencé a escribir. Dados los años que ya tenía yo, no dejo de comprender que mi situación de viejo enamorado conllevaba algún ridículo. Pero también sabía, si necesitara excusas para conmigo, cómo hay momentos en la vida que requieren de nosotros la entrega al destino, total y sin reservas, el salto al vacío, confiando en lo imposible para no rompernos la cabeza. Creo que ninguna otra vez estuve, si no tan enamorado, tan bien enamorado, como acaso pueda entreverse en los versos antes citados, que dieron expresión a dicha experiencia tardía. Mas al llamarla tardía debo añadir que jamás en mi juventud me sentí tan joven como en aquellos días en México: cuántos años habían debido pasar, y venir al otro extremo del mundo, para vivir esos momentos felices.

Mas mi enamoramiento estuvo desde un principio bajo la

Ministerio de Cultura 2011

amenaza de extinción, porque el encuentro casi coincidió con el término de mi estancia autorizada en México. Y, pasando por Cuba, tuve que regresar a Estados Unidos. La existencia en Mount Holyoke se me hizo imposible; los largos meses de invierno, la falta de sol (un poco de luz puede consolarme de tantas cosas), la nieve, que encuentro detestable, exacerbaban mi malestar. La lectura, que siempre tuvo para mí atractivo singular, llegó a aburrirme; a veces me ocurría entrar en la biblioteca de la universidad para tomar un libro y volvía a salir de ella sin ninguno. Téngase en cuenta que llevaba algunos años de vivir *vicariously* (a eso alude el título de "Vivir sin estar Viviendo"), y que a veces leía para sustituir la vida que no vivía. Era un estado similar al de los personajes que Don Quijote pretendía haber visto en la cueva de Montesinos, y como ellos, sin pena ni gloria, me movía suspendido en un estado ilusorio que no era de vigilia ni tampoco de sueño. La consecuencia de ese vivir es que nada se interpone entre nosotros y la muerte: desnudo el horizonte vital, nada percibía delante sino la muerte. Afortunadamente, el amor me salvó, como otras veces, con su ocupación absorbente y tiránica, de tal situación.

No sería justo si no mencionase ahora, después de indicar mi cansancio entonces de la lectura, cómo en Mount Holyoke hice una en extremo reveladora: la de Diels, *Die Fragmente der Vorsokratiker,* ayudado por una traducción inglesa de los mismos textos; más tarde, ya viviendo en México, leería también la obra de Burnet, *Early Greek Philosophy*. Los fragmentos de filosofía presocrática que en una y otra obra conocí, sobre todo, quizá, los de Heráclito, me parecieron lo más profundo y poético que encontrara en filosofía; de otra parte, las teorías allí expuestas para explicar la génesis del universo, aunque en contradicción con las nuestras, no dejaban de intrigarme con su ingeniosidad razonable. Aquel mundo remoto de Grecia, tan cercano a nosotros al mismo tiempo, me atrajo en no pocas ocasiones de mi vida, sintiendo la nostalgia que otros poetas, mejor enterados de él que yo, expresaron en sus obras. No puedo menos de deplorar que Grecia nunca tocara al corazón ni a la mente española, los más remotos e ignorantes, en Europa, de "la gloria que fue Grecia". Bien se echa de ver en nuestra vida, nuestra historia, nuestra literatura.

Ministerio de Cultura 2011

Mi reacción ante la lectura arriba indicada me trajo a la memoria, a través de los años, aquella otra infantil que rara vez olvido, hecha cuando cayó en mis manos un libro de mitología griega. Era un libro elemental, donde aquellos dioses antropomórficos, aunque vistos a través de Roma, al menos no estaban aureolados por el culto académico de los eruditos del siglo XIX. De pronto, mi religión, mis creencias, entonces bien arraigadas y, como es natural, sin asomo de duda racional, me parecieron tristes, si no es, como diría hoy, tratando de interpretar mi reacción infantil, deprimentes. Algo de eso quise expresar en *Ocnos*. "El Poeta y los Mitos", trozo que debió aparecer en la edición segunda del libro, aunque la pusilanimidad de los editores sólo permitió su impresión en algunos ejemplares de autor.

Ahí acaso más importante que las creencias diferentes fuera la diferente reacción emotiva frente a ellas. Apenas si conozco nada sobre Grecia ni, por tanto, sobre sus creencias; mas aquella actitud que, según algunos comentaristas, era la suya, acerca de una supervivencia vaga, sin castigos ni recompensas, después de esta vida, no me parecería del todo extraña a mi instinto, aunque no diga que a mi razón, ya que en realidad lo que a los griegos, al menos en una fase de su historia, les importaba sobre todo era ocuparse en el mundo, sin divagar acerca del final inevitable. Es cierto que en determinados versos yo mismo he querido engañarme con nociones halagüeñas de inmortalidad, en una forma u otra; es difícil ser siempre fiel a nuestras convicciones, por hondas que sean. La culpa tal vez pueda achacarla a cierto idealismo mío, espontáneo y cándido, que sólo con ayuda del tiempo puedo dominar y, tras la reflexión, orientar hacia lo materialista. Ya Coleridge decía que los hombres son, por nacimiento, platónicos o aristotélicos, o sea, idealistas o materialistas.

Prefiero soslayar el tema, aunque, por la relación que tiene con algunos versos míos debo, al menos, indicar esto: mis creencias, como las campanas en la leyenda de la ciudad sumergida, sonando en ocasiones, me han dado pruebas a veces, con su intermitencia, de que acaso eran también legendarias y fantasmales; pero acaso también de que subsistían ocultas. Así, tras de largos períodos inoperantes, en momentos de *Sturm und Drang*, después de la guerra civil, por ejemplo, o durante la

Ministerio de Cultura 2011

peripecia amorosa que refieren los "Poemas para un Cuerpo", surgían a su manera, según mi necesidad. Por eso mismo, ¿no parecerán sino reflejo egoísta de esa necesidad mía de ellas, sin que merezcan propiamente el nombre de creencias?

Durante el invierno de 1950 comencé "Con las Horas contadas", el título indicando, no sólo la urgencia del tiempo (antes aludí a cómo el tiempo ha sido, a partir de cierta fecha en la vida, una de mis preocupaciones constantes), sino también, principalmente, la de la raridad en los momentos de aquella aventura amorosa que entonces vivía. La mayoría de las composiciones que incorporaba a la colección eran de extensión más reducida que las de las colecciones anteriores y entre sus versos aparecía la rima asonante, indicando, de una parte, la búsqueda, acaso no del todo consciente, de cómo concentrar el tema, más bien que la de explorar sus ramificaciones, y de otra, la tendencia al canto, al poema-canción a que antes me he referido. Ambas cosas no siempre eran resultado de una decisión voluntaria, sino que partían de un impulso subconsciente.

No he sido nunca, al menos en ocasiones decisivas, hombre prudente; así que, al regresar otra vez desde México a Estados Unidos, después de las vacaciones de 1952, iba decidido a dimitir de mi puesto en Mount Holyoke. Como poseído por un demonio, no vacilé en tirar a un lado trabajo digno, posición decorosa y sueldo suficiente, para no hablar de la residencia en país amable y acogedor, donde la vida ofrece un máximo de comodidad y conveniencia. Pero el amor tiraba de mí hacia México. Con tanta más fuerza cuanto que siempre padecí del sentimiento de hallarme aislado y que la vida estaba más allá de donde yo me encontrara; de ahí el afán constante de partir, de irme a otras tierras, afán nutrido desde la niñez por lecturas de viajes a comarcas remotas. Y sólo el amor alivió ese afán, dándome la seguridad de pertenecer a una tierra, de no ser en ella un extranjero, un intruso. Por eso siempre lo antepuse a toda otra consideración, ayudado además por aquel atractivo poderoso que, como ya dije, tuvo siempre para mí la hermosura física juvenil. Todo eso intervino en mi decisión de abandonar Estados Unidos.

Pero algo más intervino en dicha decisión. Una constante de mi vida ha sido actuar por reacción contra el medio donde

Ministerio de Cultura 2011

me hallaba. Eso me ayudó a escapar al peligro de lo provinciano, habiendo pasado la niñez y juventud primera en Sevilla, donde la gente pretendía vivir, no en una capital de provincia más o menos agradable, sino en el ombligo del mundo, con la falta consiguiente de curiosidad hacia el resto de él. Eso me ayudó luego a escapar a las modas y complacencias literarias habituales en el ambiente madrileño, no menos provinciano por ser el de la capital. Lo que ayudó en mí al fluir de cierta vena protestante y rebelde, que creo debe tenerse en cuenta al leer algunos de mis versos. Y finalmente vino en mi decisión de abandonar Estados Unidos. Alguno, después de leer lo anterior, tal vez me considere un "inadaptado", lo cual sé que constituye uno de los inconvenientes mayores para el individuo en sociedad, y al considerarme así no dejaría de tener, probablemente, alguna razón. Yo no me hice, y sólo he tratado, como todo hombre, de hallar mi verdad, la mía, que no será mejor ni peor que la de los otros, sino sólo diferente.

Me instalé, pues, en México en noviembre de 1952, decidido, como era natural, a no dejar la responsabilidad de mi proceder en otros hombros que los míos. No digo, sin embargo, que luego, en no pocas ocasiones, no me haya arrepentido de lo hecho. Al amor no hay que pedirle sino unos instantes, que en verdad equivalen a la eternidad, aquella eternidad profunda a que se refirió Nietzsche. ¿Puede esperarse más de él? ¿Es necesario más?

En México terminé "Con las Horas contadas", así como la breve serie de los "Poemas para un Cuerpo", incluidos en la colección citada, que son, entre todos los versos que he escrito, unos de aquellos a los que tengo algún afecto. Al decir eso comprendo que yo mismo doy ocasión para una de las objeciones más serias que pueden hacerse a mi trabajo: la de no siempre he sabido, o podido, mantener la distancia entre el hombre que sufre y el poeta que crea. Y en México ha aparecido ahora la edición tercera de *La Realidad y el Deseo*, en 1958, año en que escribo estas páginas, suscitadas por dicha publicación, para considerar, en la perspectiva del tiempo, mi trabajo. Para ver, no tanto cómo hice mis poemas, sino, como decía Goethe, cómo me hicieron ellos a mí.

Alguna vez me contaron en la casa familiar, en Sevilla, cómo durante la fiesta que siguió a mi bautizo, al arrojar mi

Ministerio de Cultura 2011

padre desde un balcón al patio lo que allí llamaban "pelón", mis primos y primas, que eran numerosos, se arrojaron sobre el montón de monedas, mientras mi hermana Ana, segunda hermana mía, se quedaba en un rincón, mirando el espectáculo y sin participar en él. Al preguntarle alguno por qué no entraba, ella también, en la refriega, respondió: "estoy esperando a que acaben". En su respuesta veo, no tanto la tontería inocente, como la muestra de cierta cualidad insobornable, rasgo característico del temperamento familiar, que también existe en mí.

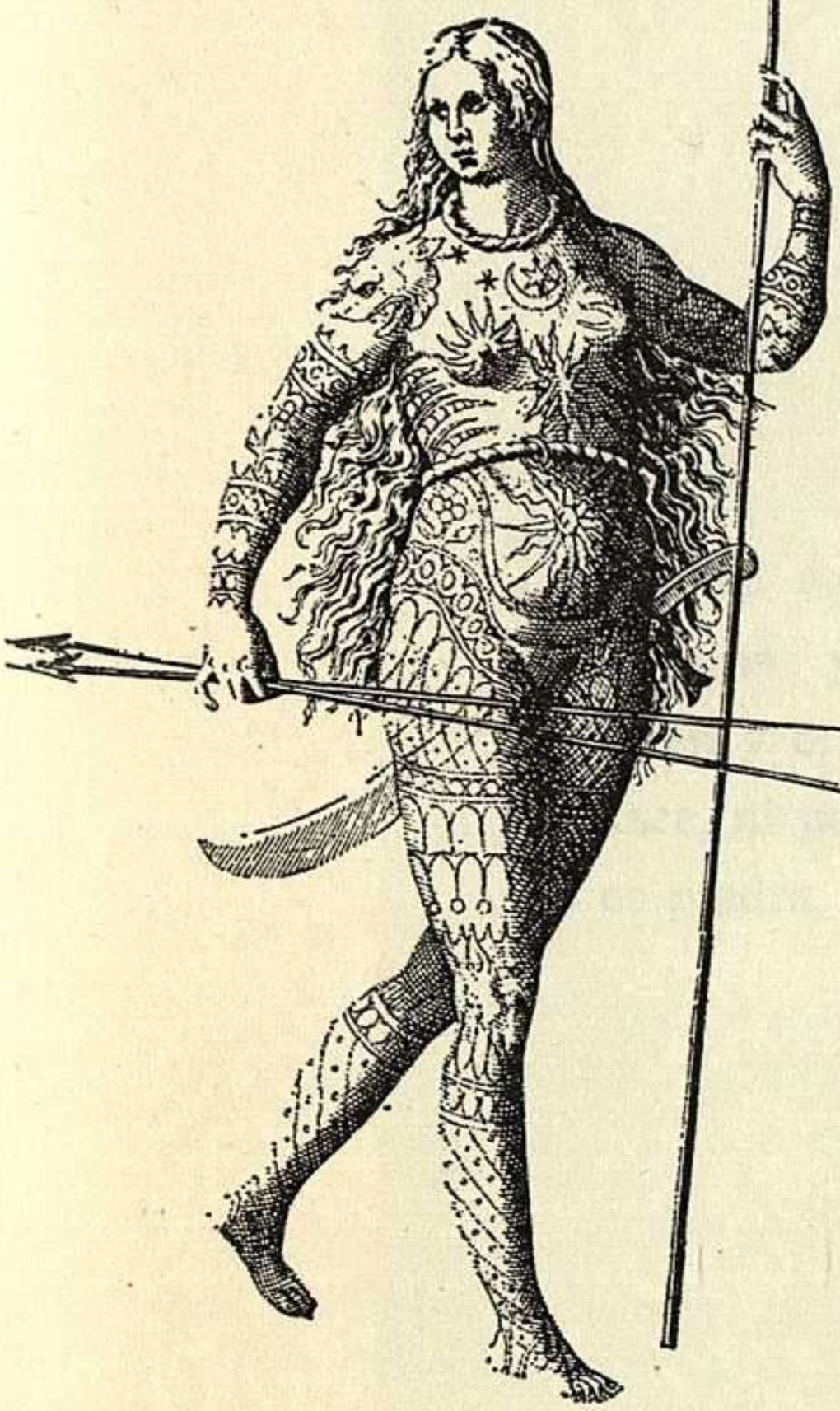
Así, frente a la turbamulta que se precipita a recoger los dones del mundo, ventajas, fortuna, posición, me quedé siempre a un lado, no para esperar, como decía mi hermana, a que acabaran, porque sé que nunca acaban o, si acaban, que nada dejan, sino por respeto a la dignidad del hombre y por necesidad de mantenerla; y no es que crea no haber cometido nunca actos indignos, sino que éstos no los cometí por lucro ni por medro. Verdad que la actitud puede parecer a algunos tontería, y no ha dejado de parecérmelo también a mí bastantes veces. Pero ya lo dijo hace muchos siglos alguien infinitamente sabio: "carácter es destino".

Ministerio de Cultura 2011

Ministerio de Cultura 2011

ANTOLOGIA POETICA

LA REALIDAD Y EL DESEO (1924-1962)

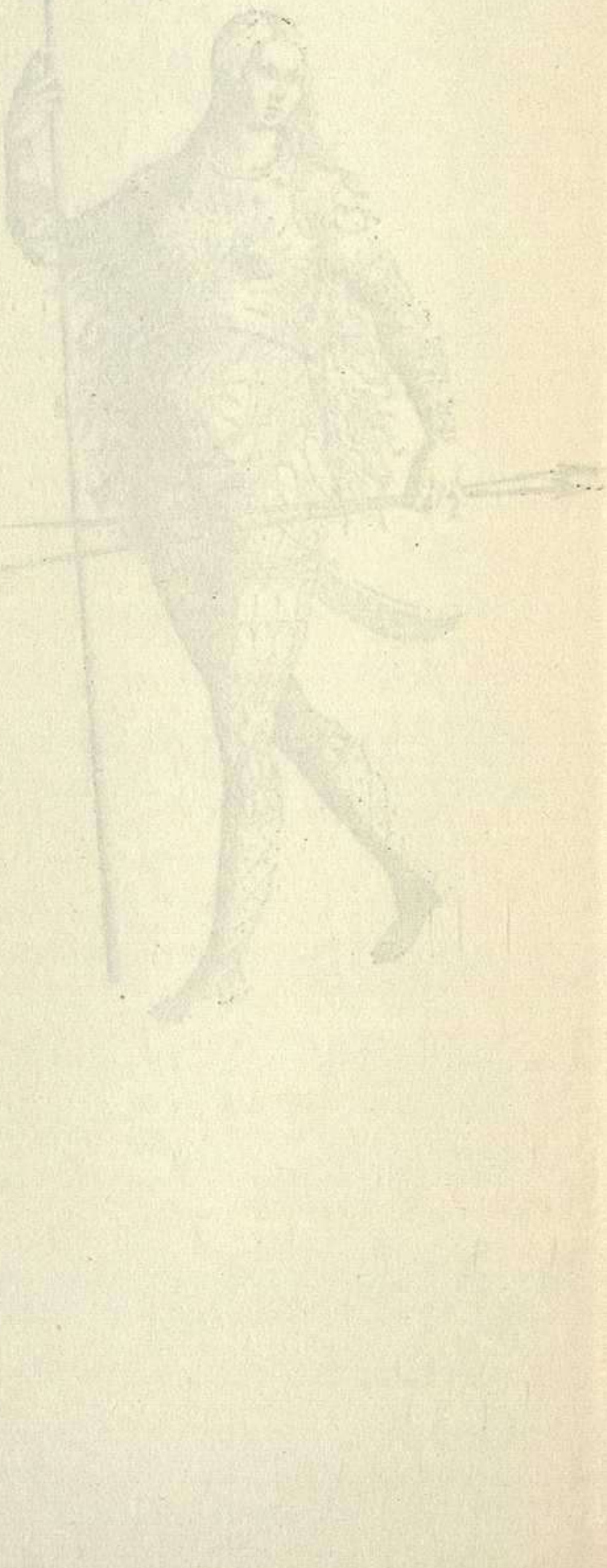


PRIMERAS POESIAS (Perfil del aire) • EGLOGA, ELEGIA, ODA • UN RIO UN AMOR • LOS PLACERES PROHIBIDOS • DONDE HABITE EL OLVIDO • INVOCACIONES • LAS NUBES • COMO QUIEN ESPERA EL ALBA • VIVIR SIN ESTAR VIVIENDO • CON LAS HORAS CONTADAS • DESOLACION DE LA QUIMERA •

Ministerio de Cultura 2011

ANTOLOGÍA POÉTICA

DE LA REALIDAD Y EL DESEO (1924-1972)



Ministerio de Cultura 2011

Mi obra no está afuera, sino adentro,
En el alma; y el alma, en los azares
Del bien y el mal, es igual a sí misma:
Ni nace, ni perece. Y esto que yo edifico
No es piedra, sino alma, el fuego inextinguible.

LUIS CERNUDA

Ministerio de Cultura 2011

maia damadián

Ministerio de Cultura 2011

primeras poesías

(1924-1927)

Ninguna nube inútil,
Ni la fuga de un pájaro,
Estremece tu ardiente
Resplandor azulado.

Así sobre la tierra
Cantas y ríes, cielo,
Como un impetuoso
Y sagrado aleteo.

Desbordando en el aire
Tantas luces altivas,
Aclaras felizmente
Nuestra nada divina.

Y el acorde total
Da al universo calma:
Arboles a la orilla
Soñolienta del agua.

Sobre la tierra estoy;
Déjame estar. Sonrío
A todo el orbe; extraño
No le soy porque vivo.

Ministerio de Cultura 2011

Existo, bien lo sé,
Porque le transparenta
El mundo a mis sentidos
Su amorosa presencia.

Mas no quiero estos muros,
Aire infiel a sí mismo,
Ni esas ramas que cantan
En el aire dormido.

Quiero como horizonte
Para mi muda gloria
Tus brazos, que ciñendo
Mi vida la deshojan.

Vivo un solo deseo,
Un afán claro, unánime;
Afán de amor y olvido.
Yo no sé si alguien cae.

Soy memoria de hombre;
Luego, nada. Divinas,
La sombra y la luz siguen
Con la tierra que gira.

Ministerio de Cultura 2011

El amor mueve al mundo,
Que descansa perdido
A la mirada. Y esta
Ternura sin servicio.

Ya las luces emprenden
El cotidiano éxodo
Por las calles, dejando
Su espacio solo y quieto.

Y el ángel aparece;
En un portal se oculta.
Un soneto buscaba
Perdido entre sus plumas.

La palabra esperada
Ilumina los ámbitos;
Un nuevo amor resurge
Al sentido postrado.

Olvidados los sueños
Los aires se los llevan.
Reposo. Convertida
La ternura se deja.

Ministerio de Cultura 2011

Eras, instante, tan claro.
Perdidamente te alejas,
Dejando erguido al deseo
Con sus vagas ansias tercas.

Siento huir bajo el otoño
Pálidas aguas sin fuerza,
Mientras se olvidan los árboles
De las hojas que desertan.

La llama tuerce su hastío,
Sola su viva presencia,
Y la lámpara se duerme
Sobre mis ojos en vela.

Cuán lejano todo. Muertas
Las rosas que ayer abrieran,
Aunque aliente su secreto
Por las verdes alamedas.

Bajo tormentas la playa
Será soledad de arena
Donde el amor yazca en sueños.
La tierra y el mar lo esperan.

Ministerio de Cultura 2011

Los muros nada más.
Yace la vida inerte,
Sin vida, sin ruido,
Sin palabras crueles.

La luz lívida escapa
Y el cristal ya se afirma
Contra la noche incierta,
De arrebatadas lluvias.

Alzada resucita
Tal otra vez la casa;
Los tiempos son idénticos,
Distintas las miradas.

¿He cerrado la puerta?
El olvido me abre
Sus desnudas estancias
Grises, blancas, sin aire.

Pero nadie suspira.
Un llanto entre las manos
Sólo. Silencio; nada.
La oscuridad temblando.

Ministerio de Cultura 2011

égloga, elegía, oda

(1927-1928)

ODA

La tristeza sucumbe, nube impura,
Alejando su vuelo con sombrío
Resplandor indolente, languidece,
Perdiéndose a lo lejos, leve, oscura.
El furor implacable del estío
Toda la vida espléndida estremece
Y profunda la ofrece
Con sus felices horas,
Sus soles, sus auroras,
Delirante, azulado torbellino,
Desde la luz, el más puro camino,
Con el fulgor que pisa compitiendo,
Vivo, bello y divino,
Un joven dios avanza sonriendo.

¿A qué cielo natal ajeno, ausente
Le niega esa inmortal presencia esquiva,
Ese contorno tibiamente pleno?
De mármol animado, quiere y siente;
Inmóvil, pero trémulo, se aviva
Al soplo de un purpúreo anhelar lleno.
El dibujo sereno
Del desnudo tan puro,
En un reflejo duro,
Con sombra y luz acusa su reposo,
Y levantando el bulto prodigioso
Desde el sueño remoto donde yace,
Destino poderoso,
A la fuerza suprema firme nace.

Ministerio de Cultura 2011

Pero ¿es un dios? El ademán parece
Romper de su actitud la pura calma
Con un gesto de muda melodía,
Que luego, suspendido, no perece;
Silencioso, mas vívido, con alma,
Mantiene sucesiva su armonía.
El dios que traslucía
Ahora olvidado yace;
Eco suyo, renace
El hombre que ninguna nube cela.
La hermosura diáfana no vela
Ya la atracción humana ante el sentido;
Y su forma revela
Un mundo eternamente presentido.

Qué prodigiosa forma palpitante,
Cuerpo perfecto en el vigor primero,
En su plena belleza tan humano.
Alzando su contorno triunfante,
Sólido, sí, mas ágil y ligero,
Abre la vida inmensa ante su mano.
Todo el horror en vano
A esa firmeza entera
Con sus sombras quisiera
Derribar de tan fúlgida armonía.
Pero, acero obstinado, sólo fía
En sí mismo ese orgullo tan altivo;
Claramente se guía
Con potencia admirable, libre y vivo.

Cuando la fuerza bella, la destreza
Despliega en la amorosa empresa ingrata
El cuerpo; cuando trémulo suspira;
Cuando en la sangre, oculta fortaleza,
El amor desbocado se desata,
El labio con afán ávido aspira
La gracia que respira
Una forma indolente;
Bajo su brazo siente
Otro cuerpo de lánguida blancura

Ministerio de Cultura 2011

Distendido, ofreciendo su ternura,
Como cisne mortal entre el sombrío
Verdor de la espesura,
Que ama, canta y sucumbe en desvarío.

Mas los tristes cuidados amorosos
Que tercamente la pasión reclama
De quien su vida en otras manos deja,
El tierno lamentar, los enojosos
Hastíos escondidos del que ama
Y tantas lentas lágrimas de queja,
El azar firme aleja
De este cuerpo sereno;
A su vigor tan pleno
La libertad conviene solamente,
No el cuidado vehemente
De las terribles y fugaces glorias
Que el amor más ardiente
Halla en fin tras sus débiles victorias.

Así en su labio enamorada nace
Sonrisa luminosa, dilatando
Por el viril semblante la alegría.
Y la antigua tristeza ya deshace,
Desde el candor primero gravitando,
La amargura secreta que nutría.
El cuerpo ya desvía
La natural crudeza
En hermosa destreza
Que por los tensos músculos remueve.
Y a la orilla cercana, al agua leve,
La forma tras su extraña imagen salta,
Relámpago de nieve
Bajo la luz difusa de tan alta.

Sonriente, dormida bajo el cielo,
Soñaba el agua y transcurría lenta,
Idéntica a sí misma y fugitiva.
Mas en tumulto alzándose, en revuelo
De rota espuma, al nadador ostenta

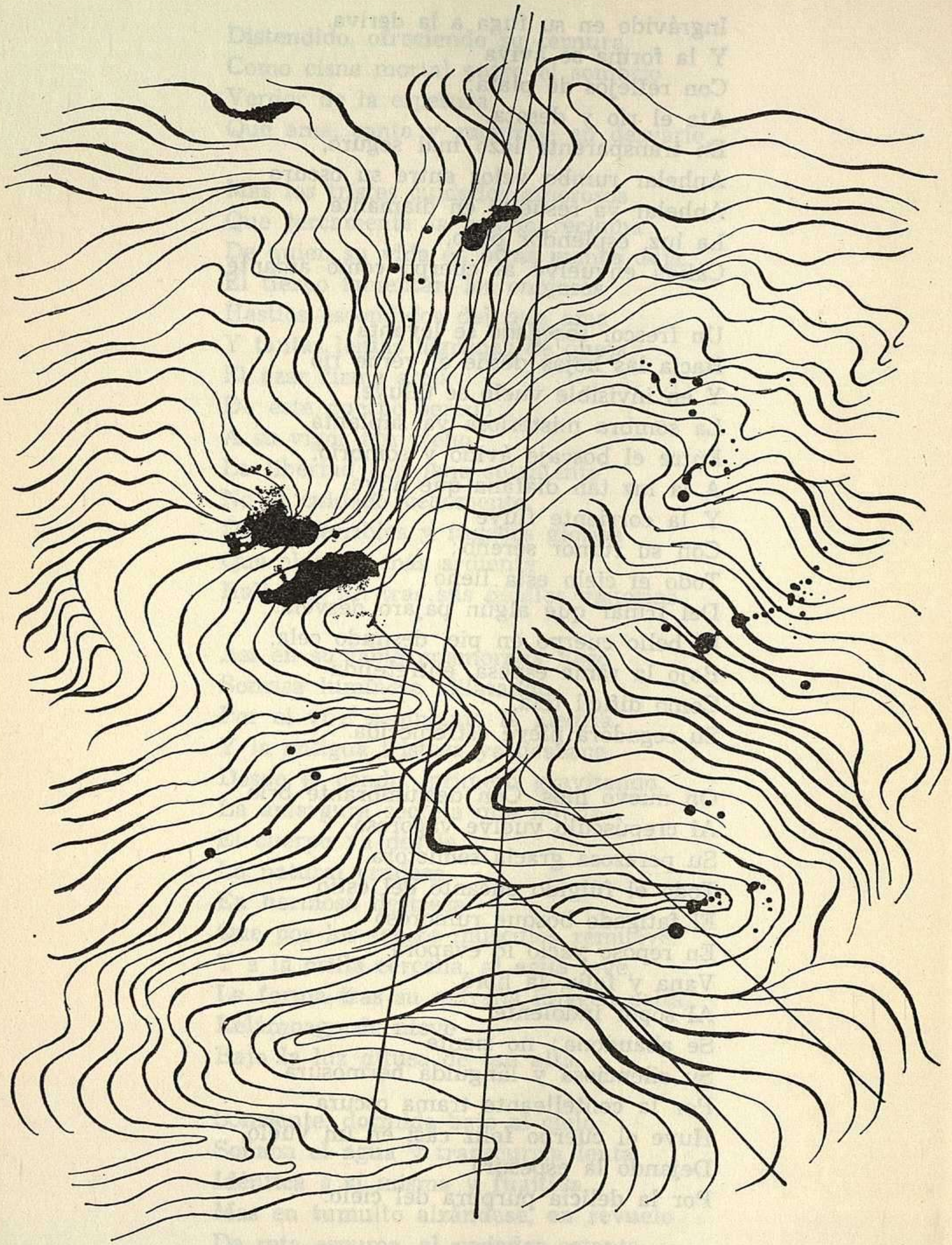
Ministerio de Cultura 2011

Ingrávido en su fuga a la deriva.
Y la forma se aviva
Con reflejos de plata;
Ata el río y desata,
En transparente lazo mal seguro,
Anhelar rumbo veloz entre su oscuro
Anhelar ya resuelto en diamante.
La luz, esplendor puro,
Cálida envuelve al cuerpo como amante.

Un frescor sosegado se levanta
Hacia las hojas desde el verde río
Y en invisible vuelo se diluye.
La sombra misteriosa ya suplanta,
Entre el boscaje ávido y sombrío,
A la luz tan diáfana que huye.
Y la corriente fluye
Con su rumor sereno;
Todo el cielo está lleno
Del trinar que algún pájaro desvela.
El bello cuerpo en pie, desnudo cela,
Bajo la rama espesa, entretejida
Como difícil tela,
Su cegadora nieve estremecida.

Oh nuevo dios. Con deslumbrante brío
Al crepúsculo vuelve vagoroso
Su perezosa gracia seductora.
Todo el fúlgido encanto del estío
El fatigado bosque rumoroso
En reposo vacío lo evapora.
Vana y feliz, la hora
Al sopor indolente
Se abandona; no siente
Su silenciosa y lánguida hermosura.
Por la centelleante trama oscura
Huye el cuerpo feliz casi en un vuelo,
Dejando la espesura
Por la delicia púrpura del cielo.

Ministerio de Cultura 2011



José Caballero

Ministerio de Cultura 2011

un río, un amor

(1929)

HABITACION DE AL LADO

A través de una noche en pleno día
Vagamente he conocido a la muerte.
No la acompaña ningún lebrel;
Vive entre los estanques disecados,
Fantasmas grises de piedra nebulosa.

¿Por qué soñando, al deslizarse con miedo,
Ese miedo imprevisto estremece al durmiente?
Mirad vencido olvido y miedo a tantas sombras blancas
Por las pálidas dunas de la vida,
No redonda ni azul, sino lunática,
Con sus blancas lagunas, con sus bosques
En donde el cazador si quiere da caza al terciopelo.

Pero ningún lebrel acompaña a la muerte.
Ella con mucho amor sólo ama los pájaros,
Pájaros siempre mudos, como lo es el secreto,
Con sus grandes colores formando un torbellino
En torno a la mirada fijamente metálica.

Y los durmientes desfilan como nubes
Por un cielo engañoso donde chocan las manos,
Las manos aburridas que cazan terciopelos o nubes
descuidadas.

Sin vida está viviendo solo profundamente.

Ministerio de Cultura 2011

DESDICHA

Un día comprendió cómo sus brazos eran
Solamente de nubes;
Imposible con nubes estrechar hasta el fondo
Un cuerpo, una fortuna.

La fortuna es redonda y cuenta lentamente
Estrellas del estío.
Hacen falta unos brazos seguros como el viento,
Y como el mar un beso.

Pero él con sus labios,
Con sus labios no sabe sino decir palabras;
Palabras hacia el techo,
Palabras hacia el suelo,
Y sus brazos son nubes que transforman la vida
En aire navegable.

Ministerio de Cultura 2011

NO INTENTEMOS EL AMOR NUNCA

Aquella noche el mar no tuvo sueño.
Cansado de contar, siempre contar a tantas olas,
Quiso vivir hacia lo lejos,
Donde supiera alguien de su color amargo.

Con una voz insomne decía cosas vagas,
Barcos entrelazados dulcemente
En un fondo de noche,
O cuerpos siempre pálidos, con su traje de olvido
Viajando hacia nada.

Cantaba tempestades, estruendos desbocados
Bajo cielos con sombra,
Como la sombra misma,
Como la sombra siempre
Rencorosa de pájaros estrellas.

Su voz atravesando luces, lluvia, frío,
Alcanzaba ciudades elevadas a nubes,
Cielo Sereno, Colorado, Glaciar del Infierno,
Todas puras de nieve o de astros caídos
En sus manos de tierra.

Mas el mar se cansaba de esperar las ciudades.
Allí su amor tan sólo era un pretexto vago
Con sonrisa de antaño,
Ignorado de todos.

Y con su sueño de nuevo se volvió lentamente
Adonde nadie
Sabe nada de nadie.
Adonde acaba el mundo.

Ministerio de Cultura 2011

RAZON DE LAS LAGRIMAS

La noche por ser triste carece de fronteras.
Su sombra, en rebelión como la espuma,
Rompe los muros débiles
Avergonzados de blancura;
Noche que no puede ser otra cosa sino noche.

Acaso los amantes acuchillan estrellas,
Acaso la aventura apague una tristeza.
Mas tú, noche, impulsada por deseos
Hasta la palidez del agua,
Aguardas siempre en pie quién sabe a cuáles
ruiseñores.

Más allá se estremecen los abismos
Poblados de serpientes entre pluma,
Cabecera de enfermos
No mirando otra cosa que la noche
Mientras cierran el aire entre los labios.

La noche, la noche deslumbrante,
Que junto a las esquinas retuerce sus caderas,
Aguardando, quién sabe,
Como yo, como todos.

Ministerio de Cultura 2011

NO SE QUE NOMBRE DARLE EN MIS SUEÑOS

Ante mi forma encontré aquella forma
En tiempo de crepúsculo,
Cuando las desapariciones
Confunden los colores a los ojos,
Cuando el último amor
Busca el cuerpo postrero.

Una angustia sin fondo aullaba entre las piedras;
Hacia el aire, hombres sordos,
La cabeza olvidada,
Pasaban a lo lejos como libres o muertos;
Vergonzoso cortejo de fantasmas
Con las cadenas rotas colgando de las manos.

La vida puso entonces una lámpara
Sobre muros sangrientos;
El día ya cansado secaba tristemente
Las futuras auroras, remendadas
Como harapos de rey.

La lámpara eras tú,
Mis labios, mi sonrisa,
Forma que hallan mis manos en todo lo que alcanzan.

.....

Si mis ojos se cierran es para hallarte en sueños,
Detrás de la cabeza,
Detrás del mundo esclavizado,
En ese país perdido
Que un día abandonamos sin saberlo.

Ministerio de Cultura 2011

los placeres prohibidos

(1931)

NO DECIA PALABRAS

No decía palabras,
Acercaba tan sólo un cuerpo interrogante,
Porque ignoraba que el deseo es una pregunta
Cuya respuesta no existe,
Una hoja cuya rama no existe,
Un mundo cuyo cielo no existe.

La angustia se abre paso entre los huesos,
Remonta por las venas
Hasta abrirse en la piel,
Surtidores de sueño
Hechos carne en interrogación vuelta a las nubes.

Un roce al paso,
Una mirada fugaz entre las sombras,
Bastan para que el cuerpo se abra en dos,
Avido de recibir en sí mismo
Otro cuerpo que sueñe;
Mitad y mitad, sueño y sueño, carne y carne,
Iguales en figura, iguales en amor, iguales en deseo.

Aunque sólo sea una esperanza,
Porque el deseo es una pregunta cuya respuesta nadie
sabe.

Ministerio de Cultura 2011

DIRE COMO NACISTEIS

Dire cómo nacisteis, placeres prohibidos,
Como nace un deseo sobre torres de espanto,
Amenazadores barrotes, hiel descolorida,
Noche petrificada a fuerza de puños,
Ante todos, incluso el más rebelde,
Apto solamente en la vida sin muros.

Corazas infranqueables, lanzas o puñales,
Todo es bueno si deforma un cuerpo;
Tu deseo es beber esas hojas lascivas
O dormir en ese agua acariciadora.
No importa;
Ya declaran tu espíritu impuro.

No importa la pureza, los dones que un destino
Levantó hacia las aves con manos imperecederas;
No importa la juventud, sueño más que hombre,
La sonrisa tan noble, playa de seda bajo la tempestad
De un régimen caído.

Placeres prohibidos, planetas terrenales,
Miembros de mármol con sabor de estío,
Jugo de esponjas abandonadas por el mar,
Flores de hierro, resonantes como el pecho de un
hombre.

Soledades altivas, coronas derribadas,
Libertades memorables, manto de juventudes;
Quien insulta esos frutos, tinieblas en la lengua,
Es vil como un rey, como sombra de rey
Arrastrándose a los pies de la tierra
Para conseguir un trozo de vida.

Ministerio de Cultura 2011

TELARAÑAS CUELGAN DE LA RAZON

Telarañas cuelgan de la razón
En un paisaje de ceniza absorta;
Ha pasado el huracán de amor,
Ya ningún pájaro queda.

Tampoco ninguna hoja,
Todas van lejos, como gotas de agua
De un mar cuando se seca,
Cuando no hay ya lágrimas bastantes,
Porque alguien, cruel como un día de sol en primavera,
Con su sola presencia ha dividido en dos un cuerpo.

Ahora hace falta recoger los trozos de prudencia,
Aunque siempre nos falte alguno;
Recoger la vida vacía
Y caminar esperando que lentamente se llene,
Si es posible, otra vez, como antes,
De sueños desconocidos y deseos invisibles.

Tú nada sabes de ello,
Tú estás allá, cruel como el día;
El día, esa luz que abraza estrechamente un triste muro,
Un muro, ¿no comprendes?,
Un muro frente al cual estoy solo.

Ministerio de Cultura 2011

QUE RUIDO TAN TRISTE

Que ruido tan triste el que hacen dos cuerpos cuando
se aman,
Parece como el viento que se mece en otoño
Sobre adolescentes mutilados,
Mientras las manos llueven,
Manos ligeras, manos egoístas, manos obscenas,
Cataratas de manos que fueron un día
Flores en el jardín de un diminuto bolsillo.

Las flores son arena y los niños son hojas,
Y su leve ruido es amable al oído
Cuando ríen, cuando aman, cuando besan,
Cuando besan el fondo
De un hombre joven y cansado
Porque antaño soñó mucho día y noche.

Mas los niños no saben,
Ni tampoco las manos llueven como dicen;
Así el hombre, cansado de estar solo con sus sueños,
Invoca los bolsillos que abandonan arena,
Arena de las flores,
Para que un día decoren su semblante de muerto.

Ministerio de Cultura 2011

SI EL HOMBRE PUDIERA DECIR

Si el hombre pudiera decir lo que ama,
Si el hombre pudiera levantar su amor por el cielo
Como una nube en la luz;
Si como muros que se derrumban,
Para saludar la verdad erguida en medio,
Pudiera derrumbar su cuerpo, dejando sólo la verdad
de su amor.
La verdad de sí mismo,
Que no se llama gloria, fortuna o ambición,
Sino amor o deseo,
Yo sería aquel que imaginaba;
Aquel que con su lengua, sus ojos y sus manos
Proclama ante los hombres la verdad ignorada,
La verdad de sí mismo,

Libertad no conozco sino la libertad de estar preso en
alguien
Cuyo nombre no puedo oír sin escalofrío;
Alguien por quien me olvido de esta existencia
mezquina,
Por quien el día y la noche son para mí lo que quiera.
Y mi cuerpo y espíritu flotan en su cuerpo y espíritu
Como leños perdidos que el mar anega o levanta
Libremente, con la libertad del amor,
La única libertad que me exalta,
La única libertad porque muero.

Tú justificas mi existencia:
Si no te conozco, no he vivido;
Si muero sin conocerte, no muero, porque no he
vivido.

Ministerio de Cultura 2011

TE QUIERO

Te quiero.

Te lo he dicho con el viento,
Jugueteando como animalillo en la arena
O iracundo como órgano tempestuoso;

Te lo he dicho con el sol,
Que dora desnudos cuerpos juveniles
Y sonríe en todas las cosas inocentes;

Te lo he dicho con las nubes,
Frentes melancólicas que sostienen el cielo,
Tristezas fugitivas;

Te lo he dicho con las plantas,
Leves criaturas transparentes
Que se cubren de rubor repentino;

Te lo he dicho con el agua,
Vida luminosa que vela un fondo de sombra;
Te lo he dicho con el miedo,
Te lo he dicho con la alegría,
Con el hastío, con las terribles palabras.

Pero así no me basta:
Más allá de la vida,
Quiero decírtelo con la muerte;
Más allá del amor,
Quiero decírtelo con el olvido.

Ministerio de Cultura 2011

HABIA EN EL FONDO DEL MAR

Habia en el fondo del mar una perla y una vieja trompeta. Las sutiles capas del agua sonreían con delicadeza al pasar junto a ellas; las llamaban las dos amigas.

Había un niñito ahogado junto a un árbol de coral. Los brazos descoloridos y las ramas luminosas se enlazaban estrechamente; los llamaban los dos amantes.

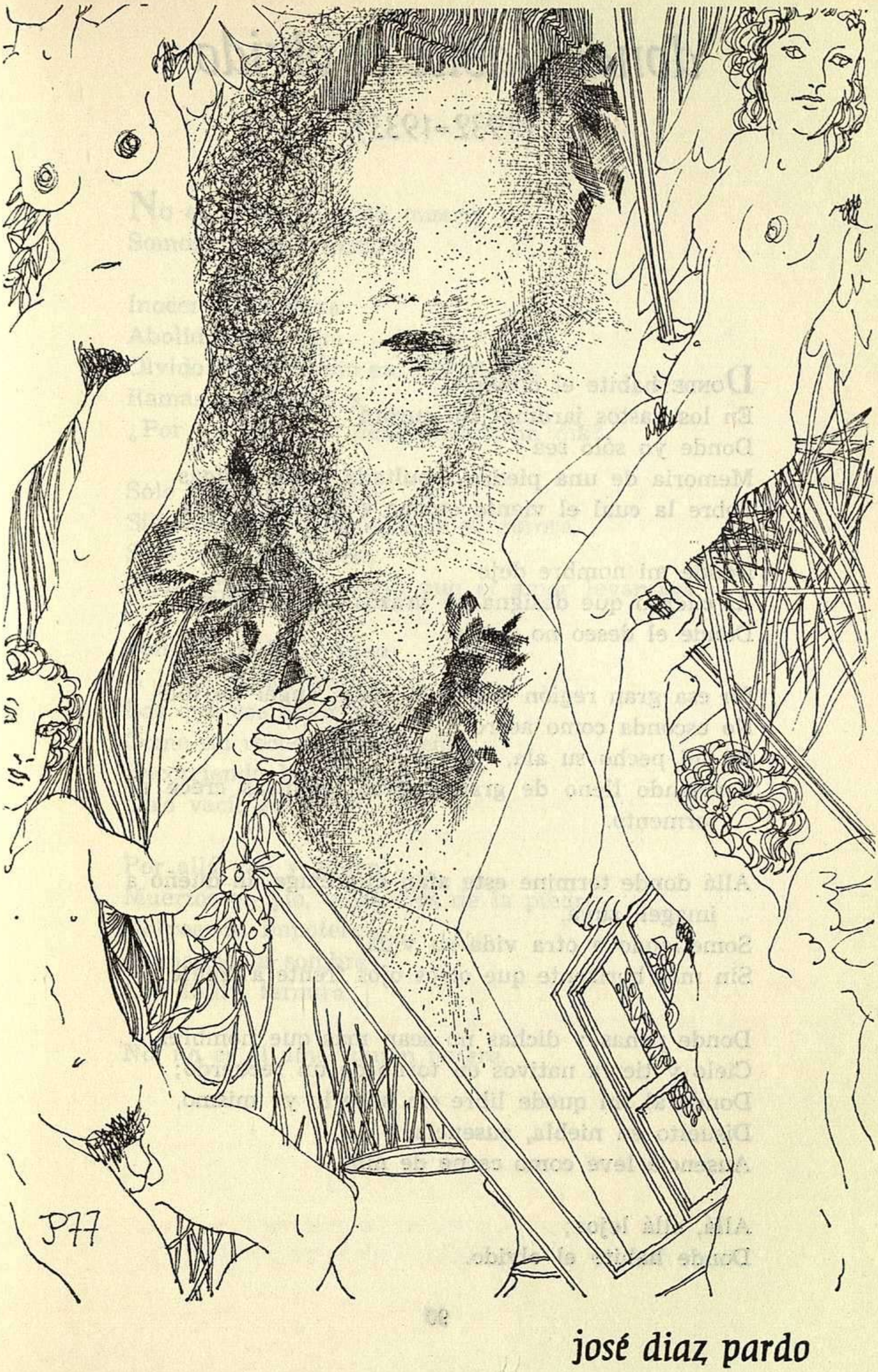
Había un fragmento de rueda venida desde muy lejos y un pájaro disecado, que asombraba como elegante extranjero a los atónitos peces; les llamaban los nómadas.

Había una cola de sirena con reflejos venenosos y un muslo de adolescente, distantes la una del otro; les llamaban los enemigos.

Había una estrella, una liga de hombre, un libro deteriorado y un violín diminuto; había otras sorprendentes maravillas, y cuando el agua pasaba, rozándolas suavemente, parecía como si quisiera invitarlas a que la siguieran en cortejo centelleante.

Pero ninguna era comparable a una mano de yeso cortada. Era tan bella que decidí robarla. Desde entonces llena mis noches y mis días; me acaricia y me ama. La llamo la verdad del amor.

Ministerio de Cultura 2011



josé diaz pardo

Ministerio de Cultura 2011

donde habite el olvido

(1932-1933)

Donde habite el olvido,
En los vastos jardines sin aurora;
Donde yo sólo sea
Memoria de una piedra sepultada entre ortigas
Sobre la cual el viento escapa a sus insomnios.

Donde mi nombre deje
Al cuerpo que designa en brazos de los siglos,
Donde el deseo no exista.

En esa gran región donde el amor, ángel terrible,
No esconda como acero
En mi pecho su ala,
Sonriendo lleno de gracia aérea mientras crece el tormento.

Allá donde termine este afán que exige un dueño a imagen suya,
Sometiendo a otra vida su vida,
Sin más horizonte que otros ojos frente a frente.

Donde penas y dichas no sean más que nombres,
Cielo y tierra nativos en torno de un recuerdo;
Donde al fin quede libre sin saberlo yo mismo,
Disuelto en niebla, ausencia,
Ausencia leve como carne de niño.

Allá, allá lejos;
Donde habite el olvido.

Ministerio de Cultura 2011

No es el amor quien muere,
Somos nosotros mismos.
Inocencia primera
Abolida en deseo,
Olvido de sí mismo en otro olvido,
Ramas entrelazadas,
¿Por qué vivir si desaparecéis un día?

Sólo vive quien mira
Siempre ante sí los ojos de su aurora,
Sólo vive quien besa
Aquel cuerpo de ángel que el amor levantara.

Fantasmas de la pena,
A lo lejos, los otros,
Los que ese amor perdieron,
Como un recuerdo en sueños,
Recorriendo las tumbas
Otro vacío estrechan.

Por allá van y gimen,
Muertos en pie, vidas tras de la piedra,
Golpeando impotencia,
Arañando la sombra
Con inútil ternura.

No, no es el amor quien muere.

Ministerio de Cultura 2011

MI ARCANGEL

No solicito ya ese favor celeste, tu presencia;
Como incesante filo contra el pecho,
Como el recuerdo, como el llanto,
Como la vida misma vas conmigo.

Tú fluyes en mis venas, respiras en mis labios,
Te siento en mi dolor;
Bien vivo estás en mí, vives en mi amor mismo,
Aunque a veces
Pesa la luz, la soledad.

Vuelto en el lecho, como niño sin nadie frente al muro,
Contra mi cuerpo creo,
Radiante enigma, el tuyo;
No ríes así ni hieres,
No marchas ni te dejas, pero estás conmigo.

Estás conmigo como están mis ojos en el mundo,
Dueños de todo por cualquier instante;
Mas igual que ellos, al hacer la sombra, luego vuelvo,
Mendigo a quien despojan de su misma pobreza,
Al yerto infierno de donde he surgido.

Ministerio de Cultura 2011

invocaciones

(1934-1935)

HIMNO A LA TRISTEZA

Fortalecido estoy contra tu pecho
De augusta piedra fría,
Bajo tus ojos crepusculares,
Oh madre inmortal.

Desengañada alienta en ti mi vida,
Oyendo en el pausado retiro nocturno
Ligeramente resbalar las pisadas
De los días juveniles, que se alejan
Apacibles y graves, en la mirada,
Con una misma luz, compasión y reproche;
Y van tras ellos, como irisado humo,
Los sueños creados con mi pensamiento,
Los hijos del anhelo y la esperanza.

La soledad poblé de seres a mi imagen
Como un dios aburrido;
Los amé si eran bellos,
Mi compañía les di cuando me amaron,

Ministerio de Cultura 2011

Y ahora como ese mismo dios aislado estoy,
Inerme y blanco tal una flor cortada.

Olvidándome voy en este vago cuerpo,
Nutrido por las hierbas leves
Y las brillantes frutas de la tierra,
El pan y el vino alados,
En mi nocturno lecho a solas.

Hijo de tu leche sagrada,
El esbelto mancebo
Hiende con pie inconsciente
La escarpada colina,
Salvando con la mirada en ti
El laurel frágil y la espina insidiosa.

Al amante aligeras las atónitas horas
De su soledad, cuando en desierta estancia
La ventana, sobre apacible naturaleza,
Bajo una luz lejana,
Ante sus ojos nebulosos traza
Con renovado encanto verdeante
La estampa inconsciente de su dicha perdida.

Tú nos devuelves vírgenes las horas
Del pasado; fuertes bajo el hechizo
De tu mirada inmensa,
Como guerrero intacto
En su fuerza desnudo tras de broquel broncíneo,
Serenos vamos bajo los blancos arcos del futuro.

Ellos, los dioses, alguna vez olvidan
El tosco hilo de nuestros trabajados días,
Pero tú, celeste donadora recóndita,
Nunca los ojos quitas de tus hijos
Los hombres, por el mal hostigados.

Viven y mueren a solas los poetas,
Restituyendo en claras lágrimas
La polvorienta agua salobre,

Ministerio de Cultura 2011

Y en alta gloria resplandeciente
La esquiva ojeada del magnate henchido,
Mientras sus nombres suenan
Con el viento en las rocas,
Entre el hosco rumor de torrentes oscuros,
Allá por los espacios donde el hombre
Nunca puso sus plantas.

¿Quién sino tú cuidas sus vidas, les da fuerzas
Para alzar la mirada entre tanta miseria,
En la hermosura perdidos ciegamente?
¿Quién sino tú, amante y madre eterna?

Escucha cómo avanzan las generaciones
Sobre esta remota tierra misteriosa;
Marchan hostigados los hombres
Bajo la yerta sombra de los antepasados,
Y el cuerpo fatigado se reclina
Sobre la misma huella tibia
De otra carne precipitada en el olvido.

Luchan algunos por fijar nuestro anhelo,
Como si hubiera alguien, más fuerte que
nosotros,
Que tuviera en memoria nuestro olvido;
Porque dulce será anegarse
En un abrazo inmenso,
Vuelto niebla con luz, agua en la tormenta;
Grato ha de ser aniquilarse,
Marchitas en los labios las delirantes voces.

Mas todavía hay en mí algo que te reclama
Conmigo hacia los parques de la muerte
Para acallar el miedo ante la sombra.
¿Dónde floreces tú, como vaga corola
Henchida del piadoso aroma que te alienta
En las nupcias terrenas con los hombres?
No eres hiel ni eres pena, sino amor de
justicia imposible.
Tú, la compasión humana de los dioses.

Ministerio de Cultura 2011

SOLILOQUIO DEL FARERO

Como llenarte, soledad,
Sino contigo misma.

De niño, entre las pobres guaridas de la tierra,
Quieto en ángulo oscuro,
Buscaba en ti, encendida guirnalda,
Mis auroras futuras y furtivos nocturnos,
Y en ti los vislumbraba,
Naturales y exactos, también libres y fieles,
A semejanza mía,
A semejanza tuya, eterna soledad.

Me perdí luego por la tierra injusta
Como quien busca amigos o ignorados amantes;
Diverso con el mundo.
Fui luz serena y anhelo desbocado,
Y en la lluvia sombría o en el sol evidente
Quería una verdad que a ti te traicionase,
Olvidando en mi afán
Cómo las alas fugitivas su propia nube crean.

Y al velarse a mis ojos
Con nubes sobre nubes de otoño desbordado
La luz de aquellos días en ti misma entrevistos,
Te negué por bien poco;
Por menudos amores ni ciertos ni fingidos,
Por quietas amistades de sillón y de gesto,
Por un nombre de reducida cola en un mundo
fantasma,
Por los viejos placeres prohibidos,
Como los permitidos nauseabundos,
Utiles solamente para el elegante salón susurrado,
En bocas de mentira y palabras de hielo.
Por ti me encuentro ahora el eco de la antigua persona
Que yo fui,

Ministerio de Cultura 2011

Que yo mismo manché con aquellas juveniles
traiciones
Por ti me encuentro ahora, constelados hallazgos,
Limpios de otro deseo,
El sol, mi dios, la noche rumorosa,
La lluvia, intimidad de siempre,
El bosque y su alentar pagano,
El mar, el mar como su nombre hermoso;
Y sobre todos ellos,
Cuerpo oscuro y esbelto,
Te encuentro a ti, tú, soledad tan mía,
Y tú me das fuerza y debilidad
Como al ave cansada los brazos de la piedra.

Acodado al balcón miro insaciable el oleaje,
Oigo sus oscuras imprecaciones,
Contemplo sus blancas caricias;
Y erguido desde cuna vigilante
Soy en la noche un diamante que gira advirtiendo a
los hombres,
Por quienes vivo, aun cuando no los vea;
Y así, lejos de ellos,
Ya olvidados sus nombres, los amo en muchedumbres,
Roncas y violentas como el mar, mi morada,
Puras ante la espera de una revolución ardiente
O rendidas y dóciles, como el mar sabe serlo
Cuando toca la hora de reposo que su fuerza
conquista.

Tú, verdad solitaria,
Transparente pasión, mi soledad de siempre,
Eres inmenso abrazo;
El sol, el mar,
La oscuridad, la estepa,
El hombre y su deseo,
La airada muchedumbre,
¿Qué son sino tú misma?

Por ti, mi soledad, los busqué un día;
En ti, mi soledad, los amo ahora.

Ministerio de Cultura 2011

josé antonio díaz del pendón

Ministerio de Cultura 2011

las nubes

(1937-1940)

LA VISITA DE DIOS

Pasada se halla ahora la mitad de mi vida.
El cuerpo sigue en pie y las voces aún giran
Y resuenan con encanto marchito en mis oídos,
Mas los días esbeltos ya se marcharon lejos;
Sólo recuerdos pálidos de su amor me han dejado.
Como el labrador al ver su trabajo perdido
Vuelve al cielo los ojos esperando la lluvia,
También quiero esperar en esta hora confusa
Unas lágrimas divinas que aviven mi cosecha.

Pero hondamente fijo queda el desaliento,
Como huésped oscuro de mis sueños.
¿Puedo esperar acaso? Todo se ha dado al hombre
Tal distracción efímera de la existencia;
A nada puede unir este ansia suya que reclama
Una pausa de amor entre la fuga de las cosas.
Vano sería dolerse del trabajo, la casa, los amigos
perdidos
En aquel gran negocio demoníaco de la guerra.

Ministerio de Cultura 2011

Estoy en la ciudad alzada para su orgullo por el rico,
Adonde la miseria oculta canta por las esquinas
O expone dibujos que me arrasan de lágrimas los ojos.
Y mordiendo mis puños con tristeza impotente
Aún cuento mentalmente mis monedas escasas,
Porque un trozo de pan aquí y unos vestidos
Suponen un esfuerzo mayor para lograrlos
Que el de los viejos héroes cuando vencían
Monstruos, rompiendo encantos con su lanza.

La revolución renace siempre, como un fénix
Llameante en el pecho de los desdichados.
Esto lo sabe el charlatán bajo los árboles
De las plazas, y su baba argentina, su cascabel sonoro,
Silbando entre las hojas, encanta al pueblo
Robusto y engañado con maligna elocuencia,
Y canciones de sangre acunan su miseria.

Por mi dolor comprendo que otros inmensos sufren
Hombres callados a quienes falta el ocio
Para arrojar al cielo su tormento. Mas no puedo
Copiar su enérgico silencio, que me alivia
Este consuelo de la voz, sin tierra y sin amigo,
En la profunda soledad de quien no tiene
Ya nada entre sus brazos, sino el aire en torno,
Lo mismo que un navío al alejarse sobre el mar.

¿Adónde han ido las viejas compañeras del hombre?
Mis zurcidoras de proyectos, mis tejedoras de
esperanzas
Han muerto. Sus agujas y madejas reposan
Con polvo en un rincón, sin la melodía del trabajo.
Como una sombra aislada al filo de los días,
Voy repitiendo gestos y palabras mientras lejos
escucho
El inmenso bostezo de los siglos pasados.

El tiempo, ese blanco desierto ilimitado,
Esa nada creadora, amenaza a los hombres
Y con luz inmortal se abre ante los deseos juveniles.

Ministerio de Cultura 2011

Unos quieren asir locamente su mágico reflejo,
Mas otros le conjuran con un hijo
Ofrecido en los brazos como víctima,
Porque de nueva vida se mantiene su vida
Como el agua del agua llorada por los hombres.

Pero a ti, Dios, ¿con qué te aplacaremos?

Mi sed eras tú, tú fuiste mi amor perdido,
Mi casa rota, mi vida trabajada, y la casa y la vida
De tantos hombres como yo a la deriva
En el naufragio de un país. Levantados de naipes,
Uno tras otro iban cayendo mis pobres paraísos.
¿Movió tu mano el aire que fuera derribándolos
Y tras ellos, en el profundo abatimiento, en el hondo
vacío,
Se alza al fin ante mí la nube que oculta tu presencia?

No golpees airado mi cuerpo con tu rayo;
Si el amor no eres tú, ¿quién lo será en tu mundo?
Compadécete al fin, escucha este murmullo
Que ascendiendo llega como una ola
Al pie de tu divina indiferencia.
Mira las tristes piedras que llevamos
Ya sobre nuestros hombros para enterrar tus dones:
La hermosura, la verdad, la justicia, cuyo afán
imposible
Tú sólo eras capaz de infundir en nosotros.
Si ellas murieran hoy, de la memoria tú te borrarías
Como un sueño remoto de los hombres que fueron.

Ministerio de Cultura 2011

IMPRESION DE DESTIERRO

Fue la pasada primavera,
Hace ahora casi un año,
En un salón del viejo Temple, en Londres,
Con viejos muebles. Las ventanas daban,
Tras edificios viejos, a lo lejos,
Entre la hierba el gris relámpago del río.
Todo era gris y estaba fatigado
Igual que el iris de una perla enferma.

Eran señores viejos, viejas damas,
En los sombreros plumas polvorientas;
Un susurro de voces allá por los rincones,
Junto a mesas con tulipanes amarillos,
Retratos de familia y teteras vacías.
La sombra que caía
Con un olor a gato,
Despertaba ruidos en cocinas.

Un hombre silencioso estaba
Cerca de mí. Veía
La sombra de su largo perfil algunas veces
Asomarse abstraído al borde de la taza,
Con la misma fatiga
Del muerto que volviera
Desde la tumba a una fiesta mundana.

Ministerio de Cultura 2011

En los labios de alguno,
Allá por los rincones
Donde los viejos juntos susurraban,
Densa como una lágrima cayendo,
Brotó de pronto una palabra: España.
Un cansancio sin nombre
Rodaba en mi cabeza.
Encendieron las luces. Nos marchamos.

Tras largas escaleras casi a oscuras
Me hallé luego en la calle,
Y a mi lado, al volverme,
Vi otra vez a aquel hombre silencioso,
Que habló indistinto algo
Con acento extranjero,
Un acento de niño en voz envejecida.

Andando me seguía
Como si fuera solo bajo un peso invisible,
Arrastrando la losa de su tumba;
Mas luego se detuvo.
"¿España?", dijo. "Un nombre.
España ha muerto." Había
Una súbita esquina en la calleja.
Le vi borrarse entre la sombra húmeda.

Ministerio de Cultura 2011

JARDIN ANTIGUO

Ir de nuevo al jardín cerrado,
Que tras los arcos de la tapia,
Entre magnolios, limoneros,
Guarda el encanto de las aguas.

Oír de nuevo en el silencio,
Vivo de trinos y de hojas,
El susurro tibio del aire
Donde las almas viejas flotan.

Ver otra vez el cielo hondo
A lo lejos, la torre esbelta
Tal flor de luz sobre las palmas:
Las cosas todas siempre bellas.

Sentir otra vez, como entonces,
La espina aguda del deseo,
Mientras la juventud pasada
Vuelve. Sueño de un dios sin tiempo.

Ministerio de Cultura 2011

GAVIOTAS EN LOS PARQUES

Dueña de los talleres, las fábricas, los bares,
Toda piedras oscuras bajo un cielo sombrío,
Silenciosa a la noche, los domingos devota,
Es la ciudad levítica que niega sus pecados.

El verde turbio de la hierba y los árboles
Interrumpe con parques los edificios uniformes,
Y en la naturaleza sin encanto, entre la lluvia,
Mira de pronto, penacho de locura, las gaviotas.

¿Por qué, teniendo alas, son huéspedes del humo,
El sucio arroyo, los puentes de madera de estos
parques?
Un viento de infortunio o una mano inconsciente,
De los puertos nativos, tierra adentro las trajo.

Lejos quedó su nido de los mares, mecido por
tormentas
De invierno, en calma luminosa los veranos.
Ahora su queja va, como el grito de almas en
destierro.
Quien con alas las hizo, el espacio les niega.

Ministerio de Cultura 2011

como quien espera el alba

(1941-1944)

QUETZALCOATL

Yo estaba allí, mas no me preguntéis
De dónde o cómo vino, sabed sólo
Que estuve yo también cuando el milagro.
No importa el nombre. Una aldea cualquiera
Me vio nacer allá en el mundo viejo
Y apenas vivo me adiestré en la vida
Del miserable: hambre, frío, trabajo
Con soledad. ¿Quién le dio al fango un alma?

Pero tuve algo más: el cielo aquel, el cielo
De la tarde en Castilla (puro y vasto
Como frente de un dios que piensa el mundo,
Un mar de sangre y oro, cuya fiebre
La calmaba, toda azul, la noche honda
Con su perenne escalofrío de estrellas),
Me enseñó la lección digna del alma
Cuando lo contemplaba yo de niño
Sobre las bardas últimas al páramo.

Ministerio de Cultura 2011

Luego, como arenal sediento bebe el agua,
Así embebió mi mente las leyendas
De aquellos que pasaban a las Indias,
Perla sin par oculta en el abismo atlántico
Y por un hombre hallada, para adornar con ella,
Poeta que regala su propio sueño vivo,
Manos regias avaras y crueles.

Cuando vi un día las murallas rojas
De la costa alejarse, y yo perderme
En la masa de agua, sentí ceder el nudo
Que invisible nos ata a nuestra tierra;
Madrastra fuera, que no madre, y aún la quise.
Comencé entonces a morir, mas era joven
Y en ello no pensé, dándolo al olvido.
Otras constelaciones velaron mi esperanza.

Pisando tierra nueva, de la mano el destino
Me llevó llanamente al hombre designado
Para la hazaña: aquel Cortés, demonio o ángel,
Como queráis; para mí sólo un hombre
Tal manda Dios, apasionado y duro,
Temple de diamante, que es fuego congelado
A cuya vista ciega quien le mira.

La ciudad contemplada desde el monte
Desnuda la intención secreta de sus calles,
Creídas al pisarla confusión sin rumbo;
Así desnudó el tiempo aquellos años nuestros
Preliminares, aunque perdidos parecieran:
Su dispersión impulsó al aire la semilla
Que caída en la tierra dio luego la cosecha.

Y el momento llegó cuando nos fuimos
Por el mar un puñado de hombres;
El mundo era sin límite, igual a mi deseo.
Frente al afán de ver, de ver con estos ojos
Que ha de cegar la muerte, lo demás, ¿qué valía?
Mas este pensamiento a nadie dije
Entre mis compañeros, a quienes hostigaba
La ambición de riqueza y poderío.

Ministerio de Cultura 2011

Realidad fabulosa como leyenda alguna
Allá nos esperaba, y nosotros la hallamos
Tras sus cimas nevadas y sus lagos profundos:
Un reino virgen cimentado en el oro y la esmeralda,
Guardado por cobrizas criaturas recónditas
Para las cuales Cristo fue nombre nunca oído.

Astucia, fuerza, crueldad y crimen,
Todo lo cometimos, y nos fue devuelto
Con creces; mas vencimos, y nadie hizo otro tanto
Antes, ni hará después: un puñado de hombres
Que la codicia apenas guardó unidos
Ganaron un imperio milenario.

Ya sé lo que decís: el horror de la guerra,
Mas lo decís en paz, y en guerra calláis con
mansedumbre.
Nadie supo la guerra tan bien como nosotros,
Ni siquiera los hombres allá en el mundo viejo
Donde el emperador un trozo de pan daba
Por conquistarle reinos: castillos en el aire,
No bien ganados cuando ya perdidos.

Cuerpos acometí, arrancando sus almas
Apenas fatigadas de la vida,
Como el aire inconsciente las hojas de una rama;
Destinos corté en flor, por la corola
Aún intacto el color, puro el perfume.
¿Hubo algún Garcilaso que mi piedra
Hundiera bruscamente al fondo de la muerte?
El reino del poeta tampoco es de este mundo.

Cuando en una mañana, por los arcos y puertas
Que abrió la capital vencida ante nosotros,
Onduló como serpiente de bronce y diamante
Cortejo con litera trayendo al rey azteca,
Me pareció romperse el velo mismo
De los últimos cielos, desnuda ya la gloria.
Sí, allí estuve, y lo vi; envidiadme vosotros.

Ministerio de Cultura 2011

La masa nevada de terrazas y torres,
Por la ciudad lejana de innumerables puentes,
Se copiaba en el agua áurea de las lagunas
Como sueño esculpido en luz gloriosa,
Y encima refulgía la corona del cielo.

Pobre rey Moctezuma, golondrina
Rezagada que sorprende el invierno,
Mojada y aterida el ala ya sin fuerza.
Pero no es rey quien nace, y Cortés lo sabía.
¿Por qué lo olvidó luego, emulando con duques
En la corte lejana, él, cuyos pies se hicieron
Para besarlos príncipes y reyes?
Cuando él se abandonó también Dios le abandona.

Ahora amigos y enemigos están muertos
Y yace en paz el polvo de unos y de otros,
Menos yo: en mi existencia juntas sobreviven
Victorias y derrotas que el recuerdo hizo amigas.
¿Quién venció a quién?, a veces me pregunto.

Nada queda hoy que hacer, acotada la tierra
Que ahora el traficante reclama como suya
Negociando con cuerpos y con almas;
Ya sólo puede el hombre hacer dinero o hijos.
Y en un rincón al sol de este suelo, más mío
Que lo es el otro allá en el mundo viejo, solo, pobre
Tal vine, aguardo el fin sin temor y sin prisa.

Del viento nació el dios y volvió al viento
Que hizo de mí una pluma entre sus alas.
Oh tierra de la muerte, ¿dónde está tu victoria?

Ministerio de Cultura 2011

ELEGIA ANTICIPADA

Por la costa del sur, sobre una roca
Alta junto al mar, el cementerio
Aquel descansa en codiciable olvido,
Y el agua arrulla el sueño del pasado.

Desde el dintel, cerrado entre los muros,
Huerto parecería, si no fuese
Por las losas, posadas en la hierba
Como un poco de nieve que no oprime.

Hay troncos a que asisten fuerza y gracia,
Y entre el aire y las hojas buscan nido
Pájaros a la sombra de la muerte;
Hay paz contemplativa, calma entera.

Si el deseo de alguien, que en el tiempo
Dócil no halló la vida a sus deseos,
Puede cumplirse luego, tras la muerte,
Quieres estar allá solo y tranquilo.

Ardido el cuerpo, luego lo que es aire
Al aire vaya, y a la tierra el polvo,
Por obra del afecto de un amigo,
Si un amigo tuviste entre los hombres.

Ministerio de Cultura 2011

Y no es el silencio solamente,
La quietud del lugar, quien así lleva
Tu memoria hacia allá, mas la conciencia
De que tu vida allí tuvo su cima.

Fue en la estación cuando la mar y el cielo
Dan una misma luz, la flor es fruto,
Y el destino tan pleno que parece
Cosa dulce adentrarse por la muerte.

Entonces el amor único quiso
En cuerpo amanecido sonreírte,
Esbelto y rubio como espiga al viento.
Tú mirabas tu dicha sin creerla.

Cuando su cetro el día pasa luego
A su amada la noche, aún más hermosa
Parece aquella tierra; un dios acaso
Vela en eternidad sobre su sueño.

Entre las hojas fuisteis, descuidados
De una presencia intrusa, y ciegamente
Un labio hallaba en otro ese embeleso
Hijo de la sonrisa y del suspiro.

Al alba el mar pulía vuestros cuerpos,
Puros aún, como de piedra oscura;
La música a la noche acariciaba
Vuestras almas debajo de aquel chopo.

No fue breve esa dicha. ¿Quién pretende
Que la dicha se mida por el tiempo?
Libres vosotros del espacio humano,
Del tiempo quebrantasteis las prisiones.

El recuerdo por eso vuelve hoy
Al cementerio aquel, al mar, la roca
En la costa del sur: el hombre quiere
Caer donde el amor fue suyo un día.

Ministerio de Cultura 2011

AMANDO EN EL TIEMPO

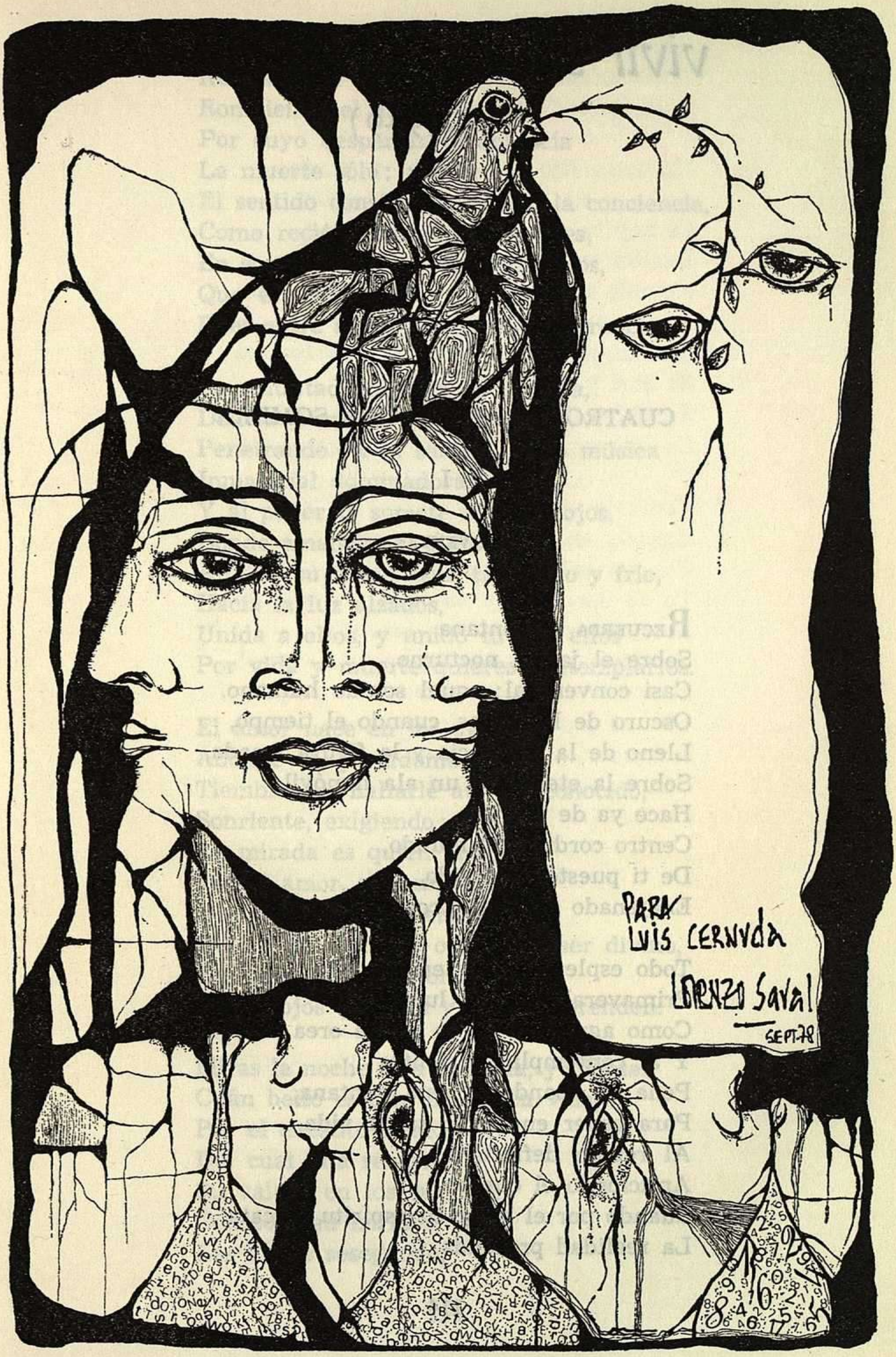
El tiempo, insinuándose en tu cuerpo,
Como nube de polvo en fuente pura,
Aquella gracia antigua desordena
Y clava en mí una pena silenciosa.

Otros antes que yo vieron un día,
Y otros luego verán, cómo decae
La amada forma esbelta, recordando
De cuánta gloria es cifra un cuerpo hermoso.

Pero la vida solos la aprendemos,
Y placer y dolor se ofrecen siempre
Tal mundo virgen para cada hombre;
Así mi pena inculta es nueva ahora.

Nueva como lo fuese al primer hombre,
Que cayó con su amor del paraíso,
Cuando viera, su cielo ya vencido
Por sombras, decaer el cuerpo amado.

Ministerio de Cultura 2011



Ministerio de Cultura 2011

vivir sin estar viviendo

(1944-1949)

CUATRO POEMAS A UNA SOMBRA

I

La ventana

Recuerda la ventana
Sobre el jardín nocturno,
Casi conventual; aquel sonido humano,
Oscuro de las hojas, cuando el tiempo,
Lleno de la presencia y la figura amada,
Sobre la eternidad un ala inmóvil,
Hace ya de tu vida
Centro cordial del mundo,
De ti puesto en olvido,
Enajenado entre las cosas.

Todo esplendor, misterio
Primaveral, el cielo luce
Como agua que en la noche orea;
Y al contemplarle, sientes
Pena de abandonar esta ventana,
Para ceder en sueño tanta vida,
Al reposo definitivo
Anticipado el cuerpo,
Cuando por el amor tu espíritu rescata
La realidad profunda.

Ministerio de Cultura 2011

Sin esperarle, contra el tiempo,
Nuevamente ha venido,
Rompiendo el sueño largo
Por cuyo despertar te aparecía
La muerte sólo; y trae
El sentido consigo, la pasión, la conciencia,
Como recién creados admirables,
En su pureza y su vigor primeros,
Que estando ya, no estaban,
Pues entre estar y estar hay diferencia.

Su voluntad, maestra de la tuya,
Delicia y miedo inspira,
Penetrando en la sangre, como música
Inmaterial dominadora,
Y al poder te somete de unos ojos,
Donde amanece el alma
Allá en su fondo azul, tranquilo y frío,
Hacia la luz alzados,
Unida a ellos, y unido tú con ellos
Por vida y muerte quieres contemplarlos.

El amor nace en los ojos,
Adonde tú, perdidamente,
Tiemblas de hallarle aún desconocido,
Sonriente, exigiendo;
La mirada es quien crea,
Por el amor, el mundo,
Y el amor quien percibe,
Dentro del hombre oscuro, el ser divino,
Criatura de luz entonces viva
En los ojos que ven y que comprenden.

Miras la noche a la ventana, y piensas
Cuán bello es este día de tu vida,
Por el encanto mudo
Del cual ella recibe
Su valor; en los cuerpos,
Con soledad heridos,
Las almas sosegando,

Ministerio de Cultura 2011

Que a una y otra cifra, dos mitades
Tributarias del odio,
A la unidad las restituye.

Un astro fijo iluminando el tiempo,
Aunque su luz al tiempo desconoce,
Es hoy tu amor, que quiere
Exaltar un destino
Adonde se conciertan fuerza y gracia;
Fijar una existencia
Con tregua eterna y breve, tal la rosa;
El dios y el hombre unirlos:
En obras de la tierra lo divino olvidado,
Lo terreno probado en el fuego celeste.

Como la copa llena,
Cuando sin apurarla es derramada
Con un gesto seguro de la mano,
Tu fe despierta y tu fervor despierto,
Enamorado irías a la muerte,
Cayendo así, ¿ello es muerte o caída?,
Mientras contemplas, ya a la aurora,
El azul puro y hondo de esos ojos,
Porque siempre la noche
Con tu amor se ilumine.

Ministerio de Cultura 2011

II

El amigo

Los lugares idénticos parecen,
Las cosas como antes,
Mas él no está, ni la luz, ni las hojas,
Y en esta calma hacia el final del año
Llevas la soledad por toda compañía.

Es grato errar afuera,
Ir con tu sombra, recordando
Lo pasado tan cerca en lo presente,
Crecida ya su flor sin tiempo.
¿Es ésta soledad si así está llena?

El mediodía ahora, con su cielo
Que se acerca velado
Al río de aguas ciegas,
Vuelve hacia ti la historia,
Intimo y silencioso como un libro.

En su sosiego crees
Que una forma ligera se encamina
Dulcemente a tu lado,
Como el amigo aquel, cuando las hojas
Y la luz, luego idas con él mismo.

Ministerio de Cultura 2011

Le llamas ido, y no semeja
Su vida, transcurriendo a la distancia,
Espectro de la mente hoy,
Sino vida en la tuya, entre estas cosas
Que le vieron contigo.

Negado a tu deseo, hallas entonces
Que si tocas tu mano es con su mano,
Que si miran tus ojos es con sus ojos,
Y tu amor en ti mismo
Tiene cuanto le dio y en él perdiera.

No le busques afuera. El ya no puede
Ser distinto de ti, ni tú tampoco
Ser distinto de él: unidos vais,
Formando un solo ser de dos impulsos,
Como al pájaro solo hacen dos alas.

Ministerio de Cultura 2011

III

La escarcha

Mira los árboles, como en estío,
Por la escarcha brotados
Con hojas otra vez, hojas heladas,
Espectro de las idas. Así mismo a la mente
Aquella imagen del amor, antes amiga,
Regresa extraña ahora.

Todo cuanto fue entonces
Tibieza, movimiento,
Restituido así bajo esta escarcha,
Suspende el tiempo, y deja
Lo presente vacío,
Lo pasado visible sin encanto.

Parece que la muerte,
Siguiendo nuestra trama de la vida,
Sus formas remedase,
No brotadas del fuego originario,
Mas del frío postrero,
Halo transubstanciado en torno de una ausencia.

Ministerio de Cultura 2011

Dirías que el amor, luz de día en estío,
Luego es sombra desconsolada
Sobre unos campos transitorios
Con sus ramos de hielo,
Por los que vas buscando la figura
Constante de las cosas.

Dirías. Mas percibes en lo hondo,
Como presagio, siempre:

"No era en esos oídos
Adonde tu palabra
Debía resonar, ni era en esos lugares
Donde debías hallar el centro de tu alma.

"Sigue por las regiones del aspirar oscuro,
No buscando sosiego a tu deseo,
Confiado en lo inestable,
Enamorado en lo enemigo".
Contra el tiempo, en el tiempo,
Así el presagio loco: "espera, espera".

Ministerio de Cultura 2011

IV

El fuego

Por tierra está aquel chopo,
La sombra que a tu lado contemplabas,
En el aire la cima hacia las nubes,
Cuando el verano, como pausa del tiempo,
Sobre su hierba al sol te mantenía.

Un haz de luz en horas matinales
Era, con el crecer del día oscurecido,
Hasta tornarse columna misteriosa al pie del agua
Sosteniendo más claras la noche y las estrellas.

A su lado tu amor pensabas,
Destinado a vivir sólo un estío,
Aunque tan hondamente por el cuerpo arraigase
Como en la tierra el árbol.

De tu alentar al alentar del chopo
Corría una hermandad, y era consuelo
Confiar esperando enamorado,
Cerca así de un ahínco negado a tu destino.

Ministerio de Cultura 2011

Mas aún, en ofrenda
Al destino, tendías con gratitud tu vida,
Igual a quien su pie desliza por el fango,
Sólo atento a una flor que la mano sostiene.

Así amabas entonces,
Siguiendo un delicado impulso,
Y tu inútil trabajo de amor no te dolía,
Aunque donde recela el ángel la pisada
Algún bufón se instala como dueño.

En fragmentos ahora arde aquel chopo,
A tu cuerpo de invierno con su llama dando
Compañía, tibieza del amor que falta
A nuestro lado, y de llama a recuerdo
Vas, y en ambos a ti solo te encuentras.

Cuanto el destino quita
Es luego recobrado en forma extraña;
Ganar, perder, son nombres sin sentido:
Mira cómo tu amor, tu árbol,
Con llama de otro impulso se coronan.

Junto al agua, en la hierba, ya no busques,
Que no hallarás figura, sino allá en la mente
Continuarse el mito de tu existir aún incompleto,
Creando otro deseo, dando asombro a la vida,
Sueño de alguno donde tú no sabes.

Ministerio de Cultura 2011

con las horas contadas

(1950-1956)

INSTRUMENTO MUSICO

Si para despertar las notas,
Con una pluma de águila
Pulsaba el músico árabe
Las cuerdas del laúd,

Para despertar la palabra,
¿La pluma de qué ave
Pulsada por qué mano
Es la que hiere en ti?

Ministerio de Cultura 2011

RETRATO DE POETA

(Fray H. F. Paravicino, por el Greco)

A Ramón Gaya

¿Tambien tú aquí, hermano, amigo,
Maestro, en este limbo? ¿Quién te trajo,
Locura de los nuestros, que es la nuestra,
Como a mí? ¿O codicia, vendiendo el patrimonio
No ganado, sino heredado, de aquellos que no saben
Quererlo? Tú no puedes hablarme, y yo apenas
Si puedo hablar. Mas tus ojos me miran
Como si a ver un pensamiento me llamaran.

Y pienso. Estás mirando allá. Asistes
Al tiempo aquel parado, a lo que era
En el momento aquel, cuando el pintor termina
Y te deja mirando quietamente tu mundo
A la ventana: aquel paisaje bronco
De rocas y de encinas, verde todo y moreno,
En azul contrastado a la distancia,
De un contorno tan neto que parece triste.

Ministerio de Cultura 2011

Aquella tierra estás mirando, la ciudad aquella,
La gente aquella. El brillante revuelo
Miras de terciopelo y seda, de metales
Y esmaltes, de plumajes y blondas,
Con su estremecimiento, su palpitar humano
Que agita el aire como ala enloquecida
De mediodía. Por eso tu mirada
Está mirando así, nostálgica, indulgente.

El instinto te dice que ese vivir soberbio
Levanta la palabra. La palabra es más plena
Ahí, más rica, y fulge igual que otros joyeles,
Otras espadas, al cruzar sus destellos y sus filos
En el campo teñido de poniente y de sangre,
En la noche encendida, al compás del sarao
O del rezo en la nave. Esa palabra, de la cual tú
conoces,
Por el verso y la plática, su poder y su hechizo.

Esa palabra de ti amada, sometiendo
A la encumbrada muchedumbre, le recuerda
Cómo va nuestra fe hacia las cosas
Ya no vistas afuera con los ojos,
Aunque dentro las ven tan claras nuestras almas;
Las cosas mismas que sostienen tu vida,
Como la tierra aquella, sus encinas, sus rocas,
Que estás ahí mirando quietamente.

Yo no las veo ya, y apenas si ahora escucho,
Gracias a ti, su dejo adormecido
Queriendo resurgir, buscando el aire
Otra vez. En los nidos de antaño
No hay pájaros, amigo. Ahí perdona y comprende;
Tan caídos estamos que ni la fe nos queda.
Me miras, y tus labios, con pausa reflexiva,
Devoran silenciosos las palabras amargas.

Dime. Dime. No esas cosas amargas, las sutiles,
Hondas, afectuosas, que mi oído
Jamás escucha. Como concha vacía,

Ministerio de Cultura 2011

Mi oído guarda largamente la nostalgia
De su mundo extinguido. Yo aquí solo,
Aun más que lo estás tú, mi hermano y mi maestro,
Mi ausencia en esa tuya busca acorde,
Como ola en la ola. Dime, amigo.

¿Recuerdas? ¿En qué miedos el acento
Armonioso habéis dejado? ¿Lo recuerdas?
Aquel pájaro tuyo adolecía
De esta misma pasión que aquí me trae
Frente a ti. Y aunque yo estoy atado
A prisión menos pía que la suya,
Aún me solicita el viento, el viento
Nuestro, que animó nuestras palabras.

Amigo, amigo, no me hablas. Quietamente
Sentado ahí, en dejadez airosa,
La mano delicada marcando con un dedo
El pasaje en el libro, erguido como a escucha
Del coloquio un momento interrumpido,
Miras tu mundo y en tu mundo vives.
Tú no sufres ausencia, no la sientes;
Pero por ti y por mí sintiendo, la deploro.

El norte nos devora, presos en esta tierra,
La fortaleza del fastidio atareado,
Por donde sólo van sombras de hombres,
Y entre ellas mi sombra, aunque ésta en ocio,
Y en su ocio conoce más la burla amarga
De nuestra suerte. Tú viviste tu día,
Y en él, con otra vida que el pintor te infunde,
Existes hoy. Yo ¿estoy viviendo el mío?
¿Yo? El instrumento dulce y animado,
Un eco aquí de las tristezas nuestras.

Ministerio de Cultura 2011

Victor María Cortezo, el inefable VITIN, era un amigo muy verdad de Luis Cernuda. Este dibujo suyo es recuerdo y presencia sobre esa su ausencia definitiva que nos impuso el tiempo.

víctor maría cortezo

Ministerio de Cultura 2011

desolación de la quimera

(1956-1962)

PEREGRINO

¿Volver? Vuelva el que tenga,
Tras largos años, tras un largo viaje,
Cansancio del camino y la codicia
De su tierra, su casa, sus amigos,
Del amor que al regreso fiel le espere.

Mas, ¿tú? ¿Volver? Regresar no piensas,
Sino seguir libre adelante,
Disponible por siempre, mozo o viejo,
Sin hijo que te busque, como a Ulises,
Sin Itaca que aguarde y sin Penélope.

Sigue, sigue adelante y no regreses,
Fiel hasta el fin del camino y tu vida,
No eches de menos un destino más fácil,
Tus pies sobre la tierra antes no hollada,
Tus ojos frente a lo antes nunca visto.

Ministerio de Cultura 2011

TIEMPO DE VIVIR, TIEMPO DE DORMIR

Ya es noche. Vas a la ventana.
El jardín está oscuro abajo.
Ves el lucero de la tarde
Latiendo en fulgor solitario.

Y quietamente te detienes.
Dentro de ti algo se queja:
Esa hermosura no atendida
Te seduce y reclama afuera.

Encanto de estar vivo, el hombre
Sólo siente en raros momentos
Y aún necesita compartirlos
Para aprender la sombra, el sueño.

Ministerio de Cultura 2011

A SUS PAISANOS

No me queréis, lo sé, y que os molesta
Cuanto escribo. ¿Os molesta? Os ofende.
¿Culpa mía tal vez o es de vosotros?
Porque no es la persona y su leyenda
Lo que ahí, allegados a mí, atrás os vuelve.
Mozo, bien mozo era, cuando no había brotado
Leyenda alguna, caísteis sobre un libro
Primerizo lo mismo que su autor: yo, mi primer libro.
Algo os ofende, porque sí, en el hombre y su tarea.

¿Mi leyenda dije? Tristes cuentos
Inventados de mí por cuatro amigos
(¿Amigos?), que jamás quisisteis
Ni ocasión buscasteis de ver si acomodaban
A la persona misma así traspuesta.
Mas vuestra mala fe los ha aceptado.
Hecha está la leyenda, y vosotros, de mí desconocidos,
Respecto al ser que encubre mintiendo doblemente,
Sin otro escrúpulo, a vuestra vez la propaláis.

Ministerio de Cultura 2011

Contra vosotros y esa vuestra ignorancia voluntaria,
Vivo aún, sé y puedo, si así quiero, defenderme.
Pero aguardáis al día cuando ya no me encuentre
Aquí. Y entonces la ignorancia,
La indiferencia y el olvido, vuestras armas
De siempre, sobre mí caerán, como la piedra,
Cubriéndome por fin, lo mismo que cubristeis
A otros que, superiores a mí, esa ignorancia vuestra
Precipitó en la nada, como al gran Aldana.

De ahí mi paradoja, por lo demás involuntaria,
Pues la imponéis vosotros: en nuestra lengua escribo.
Criado estuve en ella y, por eso, es la mía,
A mi pesar quizá, bien fatalmente. Pero con mis
expresas excepciones,
A vuestros escritores de hoy ya no los leo.
De ahí la paradoja: soy, sin tierra y sin gente,
Escritor bien extraño; sujeto quedo aún más que
otros
Al viento del olvido que, cuando sopla, mata.

Si vuestra lengua es la materia
Que empleé en mi escribir y, si por eso,
Habréis de ser vosotros los testigos
De mi existencia y su trabajo,
En hora mala fuera vuestra lengua
La mía, la que hablo, la que escribo.
Así podréis, con tiempo, como venís haciendo,
A mi persona y mi trabajo echar afuera
De la memoria, en vuestro corazón y vuestra mente.

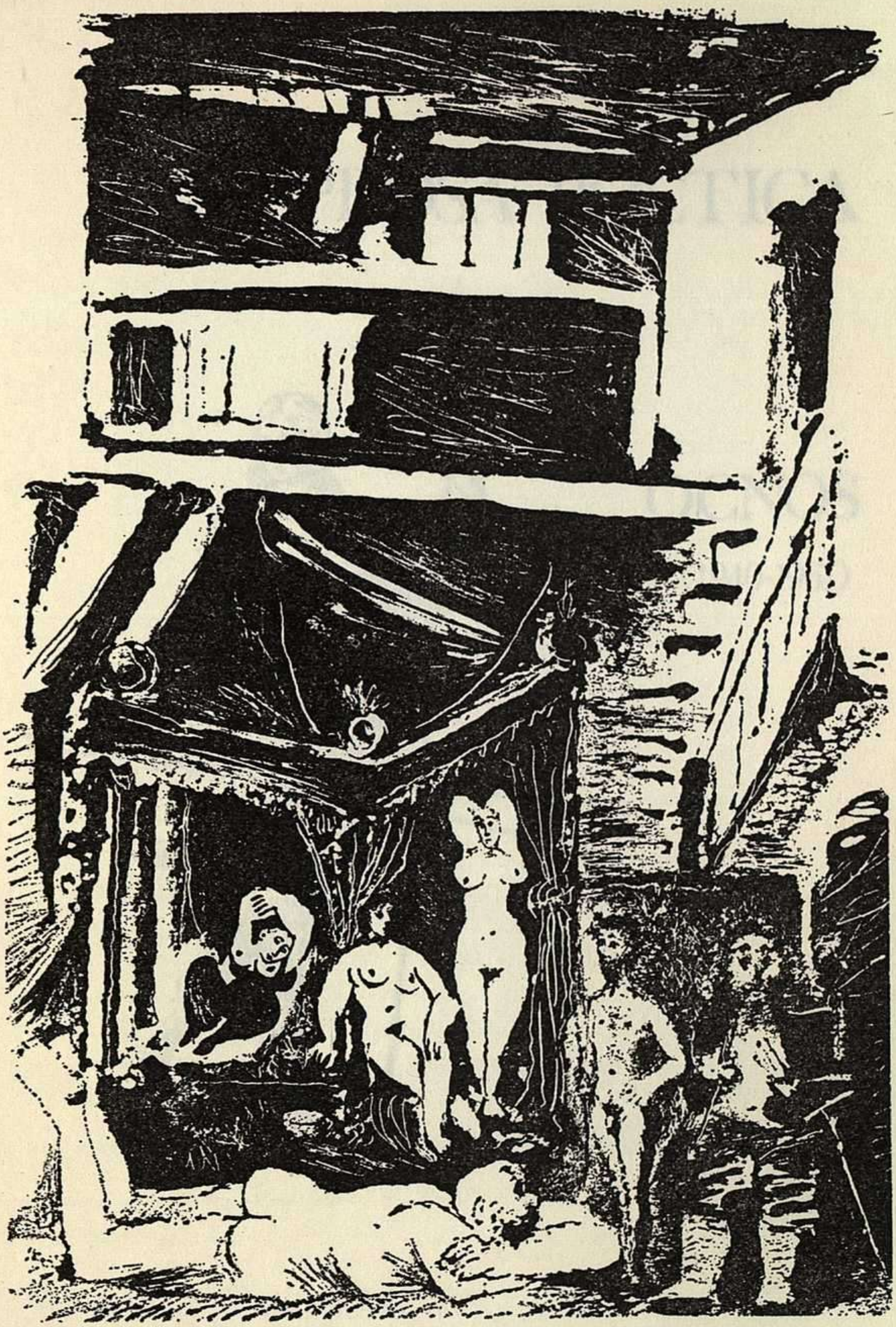
Grande es mi vanidad, diréis,
Creyendo a mi trabajo digno de la atención ajena
Y acusándoos de no querer la vuestra darle.
Ahí tendréis razón. Mas el trabajo humano
Con amor hecho, merece la atención de los otros,
Y poetas de ahí tácitos lo dicen
Enviando sus versos a través del tiempo y la distancia
Hasta mí, atención demandando.
¿Quise de mí dejar memoria? Perdón por ello pido.

Ministerio de Cultura 2011

Mas no todos igual trato me dais,
Que amigos tengo aún entre vosotros,
Doblemente queridos por esa desusada
Simpatía y atención entre la indiferencia,
Y gracias quiero darles ahora, cuando amargo
Me vuelvo y os acuso. Grande el número
No es, mas basta para sentirse acompañado
A la distancia en el camino. A ellos
Vaya así mi afecto agradecido.

Acaso encuentre aquí reproche nuevo:
Que ya no hablo con aquella ternura
Confiada, apacible de otros días,
Es verdad, y os lo debo, tanto como
A la edad, al tiempo, a la experiencia.
A vosotros y a ellos debo el cambio. Si queréis
Que ame todavía, devolvedme
Al tiempo del amor. ¿Os es posible?
Imposible como aplacar ese fantasma que de mí
evocasteis.

Ministerio de Cultura 2011



pablo picasso

Ministerio de Cultura 2011

Ministerio de Cultura 2011

PROSA POETICA

OCNOS

(1940-1961)

Luis Cernuda en 1922

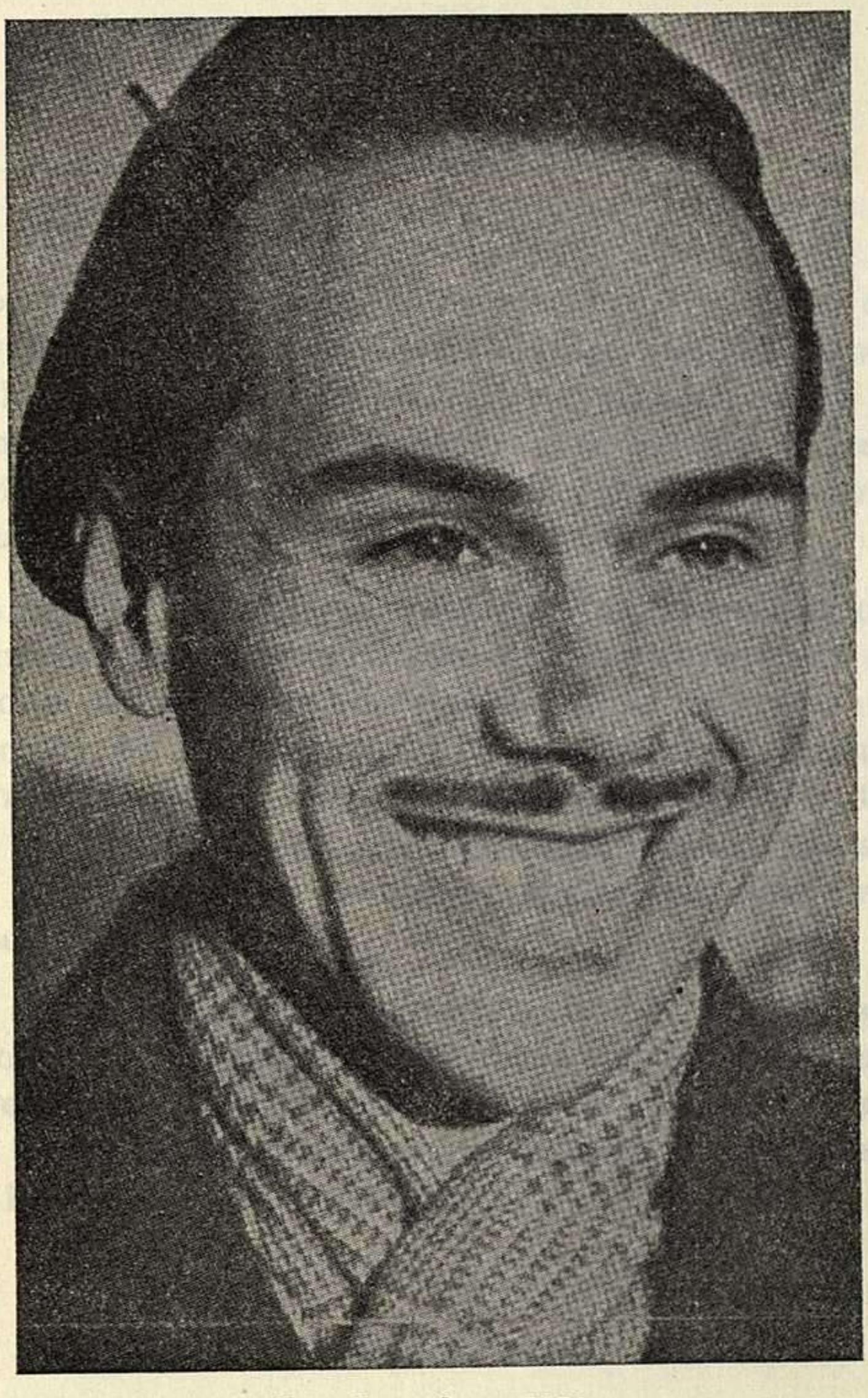
Ministerio de Cultura 2011

PROSA POÉTICA

OCNOS

(1940-1950)

Ministerio de Cultura 2011



Luis Cernuda en 1932

Ministerio de Cultura 2011

Ministerio de Cultura 2011

LA POESIA

En ocasiones, raramente, solía encenderse el salón al atardecer, y el sonido del piano llenaba la casa, acogiéndome cuando yo llegaba al pie de la escalera de mármol hueca y resonante, mientras el resplandor vago de la luz que se deslizaba allá arriba en la galería, me aparecía como un cuerpo impalpable, cálido y dorado, cuya alma fuese la música.

¿Era la música? ¿Era lo inusitado? Ambas sensaciones, la de la música y la de lo inusitado, se unían dejando en mí una huella que el tiempo no ha podido borrar. Entreví entonces la existencia de una realidad diferente de la percibida a diario, y ya oscuramente sentía cómo no bastaba a esa otra realidad el ser diferente, sino que algo alado y divino debía acompañarla y aureolarla, tal el nimbo trémulo que rodea un punto luminoso.

Así, en el sueño inconsciente del alma infantil, apareció ya el poder mágico que consuela de la vida, y desde entonces así lo veo flotar ante mis ojos: tal aquel resplandor vago que yo veía dibujarse en la oscuridad, sacudiendo con su ala palpitante las notas cristalinas y puras de la melodía.

Ministerio de Cultura 2011

Le gustaba al niño ir siguiendo paciente, día tras día, el brotar oscuro de las plantas y de sus flores. La aparición de una hoja, plegada aún y apenas visible su verde traslúcido junto al tallo donde ayer no estaba, le llenaba de asombro, y con ojos atentos, durante largo rato, quería sorprender su movimiento, su crecimiento invisible, tal otros quieren sorprender, en el vuelo, cómo mueve las alas el pájaro.

Tomar un renuevo tierno de la planta adulta y sembrarlo aparte, con mano que él deseaba de aire blando y suave, los cuidados que entonces requería, mantenerlo a la sombra los primeros días, regar su sed inexperta a la mañana y al atardecer en tiempo caluroso, le embebecían de esperanza desinteresada.

Qué alegría cuando veía las hojas romper al fin, y su color tierno, que a fuerza de trasparencia casi parecía luminoso, acusando en relieve las venas, oscurecerse poco a poco con la savia más fuerte. Sentía como si él mismo hubiese obrado el milagro de dar vida, de despertar sobre la tierra fundamental, tal un dios, la forma antes dormida en el sueño de lo inexistente.

Ministerio de Cultura 2011

LA ETERNIDAD

Poesía cuando niño una ciega fe religiosa. Quería obrar bien, mas no porque esperase un premio o temiese un castigo, sino por instinto de seguir un orden bello establecido por Dios, en el cual la irrupción del mal era tanto un pecado como una disonancia. Mas a su idea infantil de Dios se mezclaba insidiosa la de la eternidad. Y algunas veces en la cama, despierto más temprano de lo que solía, en el silencio matinal de la casa, le asaltaba el miedo de la eternidad, del tiempo ilimitado.

La palabra siempre, aplicada a la conciencia del ser espiritual que en él había, le llenaba de terror, el cual luego se perdía en vago desvanecimiento, como un cuerpo tras la asfixia de las olas se abandona al mar que lo anega. Sentía su vida atacada por dos enemigos, uno frente a él y otro a sus espaldas, sin querer seguir adelante y sin poder volver atrás. Esto, de haber sido posible, es lo que hubiera preferido: volver atrás, regresar a aquella región vaga y sin memoria de donde había venido al mundo.

¿Desde qué oscuro fondo brotaban en él aquellos pensamientos? Intentaba forzar sus recuerdos, para recuperar conocimiento de dónde, tranquilo e inconsciente, entre nubes de limbo, le había tomado la mano de Dios, arrojándole al tiempo y a la vida. El sueño era otra vez lo único que respondía a sus preguntas. Y esa tácita respuesta desconsoladora él no podía comprenderla entonces.

Ministerio de Cultura 2011

EL MIEDO

A Guadalupe Dueñas

Por el camino solitario, sus orillas sembradas de chumberas y algún que otro eucalipto, al trote de las mulas del coche, volvía el niño a la ciudad desde aquel pueblecillo con nombre árabe. ¿Cuántos años tendría entonces: cinco, seis? El mismo no lo sabía, porque el tiempo, la idea del tiempo no había entrado aún en su alma. Pero aquel anochecer entraría en ella otra idea nueva y terrible, a la que sólo el adulto puede, si es que puede, enfrentarse.

A través de la ventanilla del coche iba viendo cómo el cielo palidecía, desde el azul intenso de la tarde al celeste desvaído del crepúsculo, para luego llenarse lentamente de sombra. ¿Le alcanzaría fuera de la casa y de la ciudad la noche, de cuya oscuridad creciente le habían protegido hasta entonces las paredes amigas, la lámpara encendida sobre el libro de estampas?

Un miedo, de cuya aparición súbita en él acaso no se daba cuenta, atendiendo más al efecto que a la causa, le prevenía contra el mundo nocturno a campo abierto: el miedo frente a lo extraño y lo desconocido, y que comenzaba a traducirse para su conciencia infantil, con prisa, con afán, con angustia, en la presión de un movimiento incontenible (que las mulas del coche apresurasen el paso) huyendo hacia adelante.

Muchos años más tarde te dijo alguna vez que él mismo desconocía aquella voz que de su entraña salió, oscura, amedrentada, diciendo. "Que va a caer la noche, que va a caer la noche", para prevenir a los otros, que no le hacían caso, que nada podían quizá, contra aquel horror antes desconocido: el horror a los poderes contrarios al hombre sueltos y al acecho en la vida.

Tú, que le conociste bien, puedes relacionar (con el margen inevitable de error que hay entre el centro hondo e insobornable de un ser humano y la percepción externa de otro, por amistosa que sea) aquel despertar del terror primario y ancestral en un alma predestinada a sentirlo siempre, aunque intermitente, con la expresión que luego él mismo iba a darle cuando hombre en un verso: "Por miedo de irnos solos a la sombra del tiempo".

Ministerio de Cultura 2011

EL POETA Y LOS MITOS

Bien temprano en la vida, antes que leyeses versos algunos, cayó en tus manos un libro de mitología. Aquellas páginas te revelaron un mundo donde la poesía, vivificándolo como la llama al leño, trasmutaba lo real. Qué triste te apareció entonces tu propia religión. Tú no discutías ésta, ni la ponías en duda, cosa difícil para un niño; mas en tus creencias hondas y arraigadas se insinuó, si no una objeción racional, el presentimiento de una alegría ausente. ¿Por qué se te enseñaba a doblegar la cabeza ante el sufrimiento divinizado, cuando en otro tiempo los hombres fueron tan felices como para adorar, en su plenitud trágica, la hermosura?

Que tú no comprendieras entonces la casualidad profunda que une ciertos mitos con ciertas formas intemporales de la vida, poco importa: cualquier aspiración que haya en ti hacia la poesía, aquellos mitos helénicos fueron quienes la provocaron y la orientaron. Aunque al lado no tuvieses alguien para advertirte del riesgo que así corrías, guiando la vida, instintivamente, conforme a una realidad invisible para la mayoría, y a la nostalgia de una armonía espiritual y corpórea rota y desterrada siglos atrás de entre las gentes.

Ministerio de Cultura 2011

EL MAESTRO

Lo fue mío en clase de retórica, y era bajo, rechoncho, con gafas idénticas a las que lleva Schubert en sus retratos, avanzando por los claustros a un paso corto y pausado, breviario en mano o descansada ésta en los bolsillos del manteo, el bonete derribado bien atrás sobre la cabeza grande, de pelo gris y fuerte. Casi siempre silencioso, o si emparejado con otro profesor acompasando la voz, que tenía un tanto recia y campanuda, las más veces solo en su celda, donde había algunos libros profanos mezclados a los religiosos, y desde la cual veía en la primavera cubrirse de hoja verde y fruto oscuro un moral que escalaba la pared de patinillo lóbrego adonde abría su ventana.

Un día intentó en clase leernos unos versos, trasluciendo su voz el entusiasmo emocionado, y debió serle duro comprender las burlas, veladas primero, descubiertas y malignas después, de los alumnos —porque admiraba la poesía y su arte, con resabio académico como es natural. Fue él quien intentó hacerme recitar alguna vez, aunque un pudor más fuerte que mi complacencia enfriaba mi elocución; él quien me hizo escribir mis primeros versos, corrigiéndolos luego y dándome como precepto estético el que en mis temas literarios hubiera siempre un asidero plástico.

Me puso a la cabeza de la clase, distinción que ya tempranamente comencé a pagar con cierta impopularidad entre mis compañeros, y antes de los exámenes, como comprendiese mi timidez y desconfianza en mí mismo, me dijo: "Ve a la capilla y reza. Eso te dará valor".

Ya en la universidad, egoístamente, dejé de frecuentarlo. Una mañana de otoño áureo y hondo, en mi camino hacia la temprana clase primera, vi un pobre entierro solitario doblar la esquina, el muro de ladrillos rojos, por mí olvidado, del colegio: era el suyo. Fue el corazón quien sin aprenderlo de otros me lo dijo. Debió morir solo. No sé si pudo sostener en algo los últimos días de su vida.

Ministerio de Cultura 2011

EL ENAMORADO

Estabas en el teatro de verano, donde la noche y las estrellas era lo que sobre sus cabezas veían aquellas criaturas allí congregadas, anulando con un misterio más real, una vastedad más dramática, el acontecer trivial de la escena. Sentado entre los suyos, como tú entre los tuyos, no lejos de ti le descubriste, para suscitar con su presencia, desde el fondo de tu ser, esa atracción ineludible, gozosa y dolorosa, por la cual el hombre, identificado más que nunca consigo mismo, deja también de pertenecerse a sí mismo.

Un pudor extraño, defensa quizá de la personalidad a riesgo de enajenarse, tiraba hacia dentro de ti, mientras una simpatía instintiva tiraba hacia fuera de ti, hacia aquella criatura con la que no sabías cómo deseabas confundirte. Animada por los ojos oscuros, coronada por una lisa cabellera, qué encanto hallabas en aquella faz, irguiéndose sobre el cuello tal sobre un tallo, con presunción graciosa e inconsciente.

No fue esa la primera vez que te enamoraste, aunque sí fue acaso la primera en que el sentimiento, todavía sin nombre, urgió sobre tu conciencia. Luego tu sentimiento se olvidó, lejos la causa de él, como se olvida un despertar breve del amanecer cuando la luz apenas despunta y el cuerpo cae de nuevo en la ignorancia del sueño. Ni pensaste que podías no verle más, inapercibido ante la premura del tiempo, tan temprano aún, que apenas si en la vida nos permite espacio para la ternura de que seríamos capaces.

Ministerio de Cultura 2011

Aquella noche prendió en ti sólo una chispa del fuego en el cual más tarde debías consumirte, para renacer igual que el fénix. Mas a su fulgor entreviste ya la hermosura del cuerpo juvenil, casi sin saber desearlo todavía, al que ninguna flor equivale en matiz, en contorno, en gracia, siendo además, o pareciendo, capaz de respuesta ante la admiración apasionada de un amante.

Otros podrán hablar de cómo se marchita y decae la hermosura corporal, pero tú sólo deseas recordar su esplendor primero, y no obstante la melancolía con que acaba, nunca quedará por ella oscurecido su momento. Algunos creyeron que la hermosura, por serlo, es eterna *(Como dal fuoco il caldo, esser diviso — Non può'l bel dall'eterno)*, y aun cuando no lo sea, tal en una corriente el remanso nutrido por idéntica agua fugitiva, ella y su contemplación son lo único que parece arrancarnos al tiempo durante un instante desmesurado.

Ministerio de Cultura 2011

LA MUSICA

En los atardeceres de invierno, dos o tres veces al mes, los miembros de la sociedad de conciertos, como conjurados románticos, iban hacia el teatro por las calles ya encendidas, en dirección contraria a los que borrosamente volvían del trabajo a sus casas. El viejo y destartalado coliseo iluminaba su decorado rojo y oro, enguirnaldándose con esa extraña flor o fruto que es la faz humana, indiferentes éstas en su mayoría, curiosas otras, expectantes algunas.

Allí oí por vez primera a Bach y a Mozart; allí reveló la música a mi sentido su *pure délice sans chemin* (como dice el verso de Mallarmé, a quien yo leía por entonces), aprendiendo lo que para el pesado ser humano es una forma equivalente del vuelo, que su naturaleza le niega. Siendo joven, bastante tímido y demasiado apasionado, lo que le pedía a la música eran alas para escapar de aquellas gentes extrañas que me rodeaban, de las costumbres extrañas que me imponían, y quien sabe si hasta de mí mismo.

Pero a la música hay que aproximarse con mayor pureza, y sólo desear en ella lo que ella puede darnos: embeleso contemplativo. En un rincón de la sala, fijos los ojos en un punto luminoso, quedaba absorto escuchándola, tal quien contempla el mar. Su armonioso ir y venir, su centelleo multiforme, eran tal ola que desalojase las almas de los hombres. Y tal ola que nos alzara desde la vida a la muerte, era dulce perderse en ella, acunándonos hacia la región última del olvido.

Ministerio de Cultura 2011

EL MAR

Al atardecer, en verano, iba el tren hacia la costa atlántica del sur. El departamento estaba ya en penumbra, y por la ventanilla corría un paisaje de chumberas y olivos, bajo un cielo de verdoso azul, que como metal ardiente al enfriarse, sólo una roja lúnula traslucía allá en el horizonte.

Subía el tren un repecho, torcía luego en pronunciada curva. De pronto apareció el mar abajo, en la hondonada, y sobre el mar una estrecha faja de tierra en cuyo extremo se alzaba una ciudad: minuciosa profusión blanca de torrecillas, de terrazas, cercada por el agua. ¿Era la ciudad sumergida de la leyenda brotando a aquella hora silenciosa del seno marino? ¿Era un copo de ninfea abierto al beso del aire crepuscular? El mar estaba de un azul oscuro y profundo, y todo aparecía quieto, como si el tiempo quisiera detenerse en un encanto sin fin.

La noche había cerrado al llegar el tren al pueblo costero, y apenas si se vislumbraban sus torcidos paredones, hileras de casuchas blancas y parejas de enamorados, bien juntos los dos cuchicheando en el quicio de la puerta, a la luz verdosa del gas que salía de los patios. Callejas en pendiente llevaban a plazuelas silenciosas, y tras ellas, al fin cercano en olor denso y amargo, brotó su rumor hondo, largo, extraño, como el de unas alas inmensas que chocaran en vuelo impotente.

Al pie del murallón los pasos se hundían ya en la arena, y por el aire negro, tal vagos fantasmas, surgieron las velas de las barcas pesqueras. Allí estaba él: en lo oscuro, un lamento de gozo o de pena; una voz insomne llamando nadie sabe qué o quién en la vastedad sin nombre de la noche.

Ministerio de Cultura 2011

LA SOLEDAD

La soledad está en todo para ti, y todo para ti está en la soledad. Isla feliz adonde tantas veces te acogiste, compenetrado mejor con la vida y con sus designios, trayendo allá, como quien trae del mercado unas flores cuyos pétalos luego abrirán en plenitud recatada, la turbulencia que poco a poco ha de sedimentar las imágenes, las ideas.

Hay quienes en medio de la vida la perciben apresuradamente, y son los improvisadores; pero hay también quienes necesitan distanciarse de ella para verla más y mejor, y son los contempladores. El presente es demasiado brusco, no pocas veces lleno de incongruencia irónica, y conviene distanciarse de él para comprender su sorpresa y su reiteración.

Entre los otros y tú, entre el amor y tú, entre la vida y tú, está la soledad. Mas esa soledad, que de todo te separa, no te apena. ¿Por qué habría de apenarte? Cuenta hecha con todo, con la tierra, con la tradición, con los hombres, a ninguno debes tanto como a la soledad. Poco o mucho, lo que tú seas, a ella se lo debes.

De niño, cuando a la noche veías el cielo, cuyas estrellas semejaban miradas amigas llenando la oscuridad de misteriosa simpatía, la vastedad de los espacios no te arredraba, sino al contrario, te suspendía en embeleso confiado. Allá entre las constelaciones brillaba la tuya, clara como el agua, luciente como el carbón que es el diamante: la constelación de la soledad, invisible para tantos, evidente y benéfica para algunos, entre los cuales has tenido la suerte de contarte.

Ministerio de Cultura 2011

LA CASA

Desde siempre tuviste el deseo de la casa, tu casa, envolviéndote para el ocio y la tarea en una atmósfera amiga. Mas primero no supiste (porque eso lo aprenderías luego, a fuerza de vivir entre extraños) que tras de tu deseo, mezclado con él, estaba otro: el de un refugio con la amistad de las cosas. Afuera aguardaría lo demás, pero adentro estarías tú y lo tuyo.

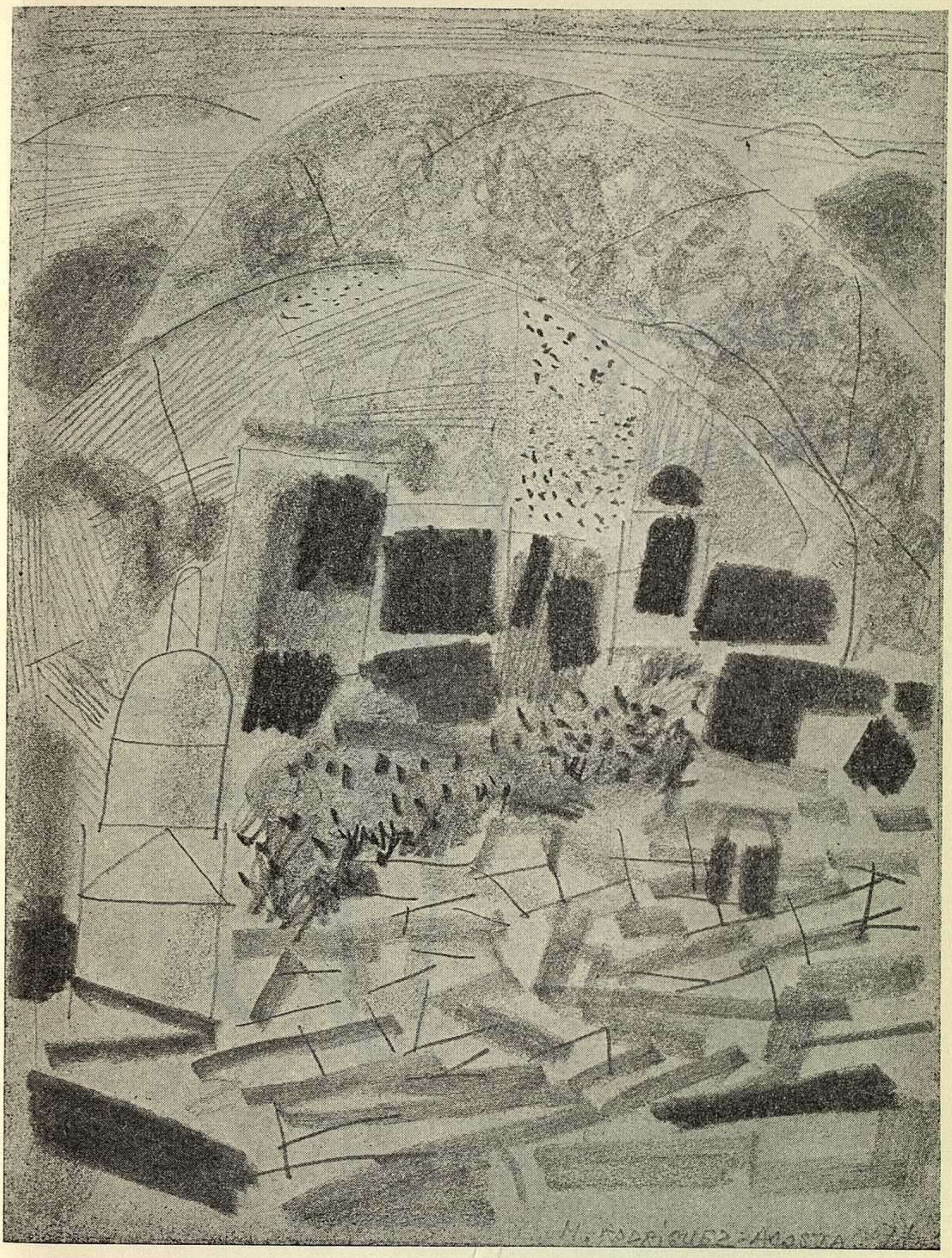
Un día, cuando ya habías comenzado a rodar por el mundo, soñando tu casa, pero sin ella, un acontecer inesperado te deparó al fin la ocasión de tenerla. Y la fuiste levantando en torno de ti, sencilla, clara, propicia: la mesa, el diván, los libros, la lámpara —atmósfera que llenaban con su olor algunas flores de la temporada.

Pero era demasiado ligera, y tu vida demasiado azarosa, para durar mucho. Un día, otro día, desapareció tan inesperada como vino. Y seguiste rodando por tantas tierras, alguna que ni hubieras querido conocer. Cuántos proyectos de casa has tenido después, casi realizados en otra ocasión para de nuevo perderlos más tarde.

Sólo cuatro paredes, espacio reducido como la cabina de un barco, pero tuyo y con lo tuyo, aun a sabiendas de que su abrigo pudiera resultar transitorio; ligera, silenciosa, sola, sin la presencia y el ruido ofensivos de esos extraños con los que tantas veces ha sido tu castigo compartir la vivienda y la vida; alta, con sus ventanas abiertas al cielo y a las nubes, sobre las copas de unos árboles.

Pero es un sueño al que ya por imposible renuncias, aunque sea realidad de todos a la que no puedes aspirar. Tu existir es demasiado pobre y cambiante —te dices, escribiendo estas líneas de pie, porque ni una mesa tienes; tus libros (los que has salvado) por cualquier rincón, igual que tus papeles. Después de todo, el tiempo que te queda es poco, y quien sabe si no vale más vivir así, desnudo de toda posesión, dispuesto siempre para la partida.

Ministerio de Cultura 2011



miguel rodríguez acosta

Ministerio de Cultura 2011

Ministério de Cultura 2011

ENSAYO Y CRITICA

Ministerio de Cultura 2011

ENSAYO Y CRITICA

Ministerio de Cultura 2011

gustavo adolfo bécquer

(1836-1871)

... El poeta conoce por presentimiento, por intuición, la poesía, y de dicho conocimiento queda huella sonora ("Cadencias que el aire dilata en las sombras") en sus versos; pero al querer expresar ese presentimiento, al confiarlo a la palabra, al "rebelde y mezquino idioma" del hombre, el poeta fracasa. Desearía hallar para él expresión con "palabras que fuesen a un tiempo / suspiros y risas, colores y notas"; es decir, que lo inefable sólo puede trasladarse al idioma por medio de lo más inefable con que cuenta el hombre como medio de expresión: el suspiro y la sonrisa. Y a esa expresión tan vaga, acaso para que no se desvanezca, debe unirse lo plástico (el color) y la melodía (las notas); la pintura y música resultan así aliadas del poeta. Mas sabiendo éste lo imposible de su intento, añade que apenas si en el silencio y la soledad amorosa, estando el poeta junto a su amada, en contacto material uno y otro ("teniendo en mis manos las tuyas"), pudiera, oyéndolo él dentro de sí, al dictado de la inspiración, susurrarla al oído el son misterioso de la poesía. La poesía resulta para Bécquer comunicación íntima al lector. Estamos aquí lejos de la plaza pública o el escenario adonde el poeta romántico vociferaba sus versos.

La rima III es un díptico que presenta los dos elementos de la poesía según Bécquer: la inspiración (que nosotros llamaríamos imaginación) y la razón (que llamaríamos lógica poética); el genio, con su poder, es quien puede reunir esos dos elementos antagónicos, conciliándolos. En la inspiración hay

Ministerio de Cultura 2011

ideas sin palabras,
palabras sin sentido,
cadencias que no tienen
ni ritmo ni compás;

es decir, algo que existe en nuestra mente, pero que no ha hallado aún expresión; palabras ciegas que se pronuncian sin saber lo que quieren decir, y una música nunca oída, sin ritmo ni compás. ¿No presiente ahí Bécquer algo que sus descendientes han de realizar en nuestra poesía? Pero la inspiración, además, no se nutre de la realidad circundante, porque también pueden alimentarla

memorias y deseos
de cosas que no existen.

En la rima V, en cambio, la poesía se nos revela como latente en todo, en la naturaleza física y en la metafísica, y sólo ella puede reunir a ambas, siendo el puente que las junta sobre el abismo, la escala que va del cielo a la tierra, que liga forma e idea (en tiempos de Bécquer todavía solía hablarse de "forma" e "idea" como cosas separables). Es la poesía

desconocida esencia
perfume misterioso

que únicamente el poeta sabe revelar al hombre. Pero la poesía también existe inapercibida para los hombres, aunque el poeta no exista; la rima IV enumera todo aquello donde está latente la poesía, aunque no haya voz poética que la capte y exprese.

Aún será Bécquer más explícito, pasando de la revelación poética a la delimitación histórica de la poesía, en ciertas palabras del prólogo que escribió para el librito *La Soledad* de su amigo Augusto Ferrán. Son palabras muy citadas estos años pasados en los escritos diversos que sobre Bécquer se han publicado. Creo haber sido el primero que llamó la atención sobre ellas en un estudio que publicó la revista *Cruz y Raya* el año de 1936. Dicen así: "Hay una poesía magnífica y sonora; una poesía hija de la meditación y el arte, que se engalana con todas las pompas de la lengua, que se mueve con una caden-

Ministerio de Cultura 2011

ciosa majestad, habla a la imaginación, completa sus cuadros y la conduce a su antojo por un sendero desconocido, seduciéndola con su armonía y su hermosura.

"Hay otra natural, breve, seca, que brota del alma como una chispa eléctrica, que hiere el sentimiento con una palabra y huye, y desnuda de artificio, desembarazada dentro de una forma libre, despierta, con una que las toca, las mil ideas que duermen en el océano sin fondo de la fantasía.

"La primera tiene un valor dado: es la poesía de todo el mundo.

"La segunda carece de medida absoluta; adquiere las proporciones de la imaginación que impresiona: puede llamarse la poesía de los poetas."

Hay en dichas palabras, leídas entre líneas unas sugerencias de valor para la comprensión de la poesía moderna, que ahí se vislumbra. Esa es la poesía "breve, seca", que por su concentración y reticencia "hiere al sentimiento con una palabra y huye"; la poesía "desembarazada dentro de una forma libre", contrastando con la pesadez de las estrofas tradicionales en boca de los románticos, donde el pensamiento poético, si alguno hay, se enreda con el ritmo del verso y el consonante. De ser sinceros con nosotros mismos debemos reconocer que el secreto de la rima se fue con Calderón, y que después nos suena, con rara excepción, ripiosa. Pero hay algo más interesante aún, porque responde de antemano a las objeciones formuladas en los años últimos, desde que esas palabras fueron escritas, contra la "oscuridad" de los versos modernos. La poesía "adquiere las proporciones de la imaginación que impresiona". Sin cierta adecuación previa de poeta y lector es inútil que éste intente leer versos; porque para que los versos digan algo al lector, su imaginación debe ser apta y susceptible de emoción poética. Dicha emoción sólo se da en proporción a la receptividad del lector, cuando está previamente facultada para percibir de modo pasivo la experiencia poética activa que en dichos versos se expresa.

Para dar más desembarazo y libertad al verso, Bécquer prescinde de las estrofas tradicionales, excepto del romance. No es J. R. Jiménez quien resucita el romance lírico en nuestra

Ministerio de Cultura 2011

poesía moderna: es Bécquer. Léase la rima V, ya antes citada; ahí tenemos un romance lírico que suena, a pesar de ciertas desviaciones de tono, con voz actual:

Yo soy el fleco de oro
de la lejana estrella;
yo soy de la alta luna
la luz tibia y serena.

Pero Bécquer usa de preferencia combinaciones de verso de arte mayor, unidos en estrofas de cuatro o más versos a otros de arte menor, o a veces a estrofas de verso de arte mayor con uno de pie quebrado. En Bécquer, por lo general, la frase poética muy flexible se pliega graciosamente dentro de la estrofa con movimiento sinuoso, a lo cuello de cisne, que recuerda la frase melódica de Chopin (véase rima XVIII). El abandono del consonante a favor del asonante completa en este aspecto la intención de Bécquer de dar a la poesía, como dijo y citamos, desembarazo y libertad. El busca ante todo la música, no la sonoridad; así como en la expresión busca la sugerencia, no la elocuencia.

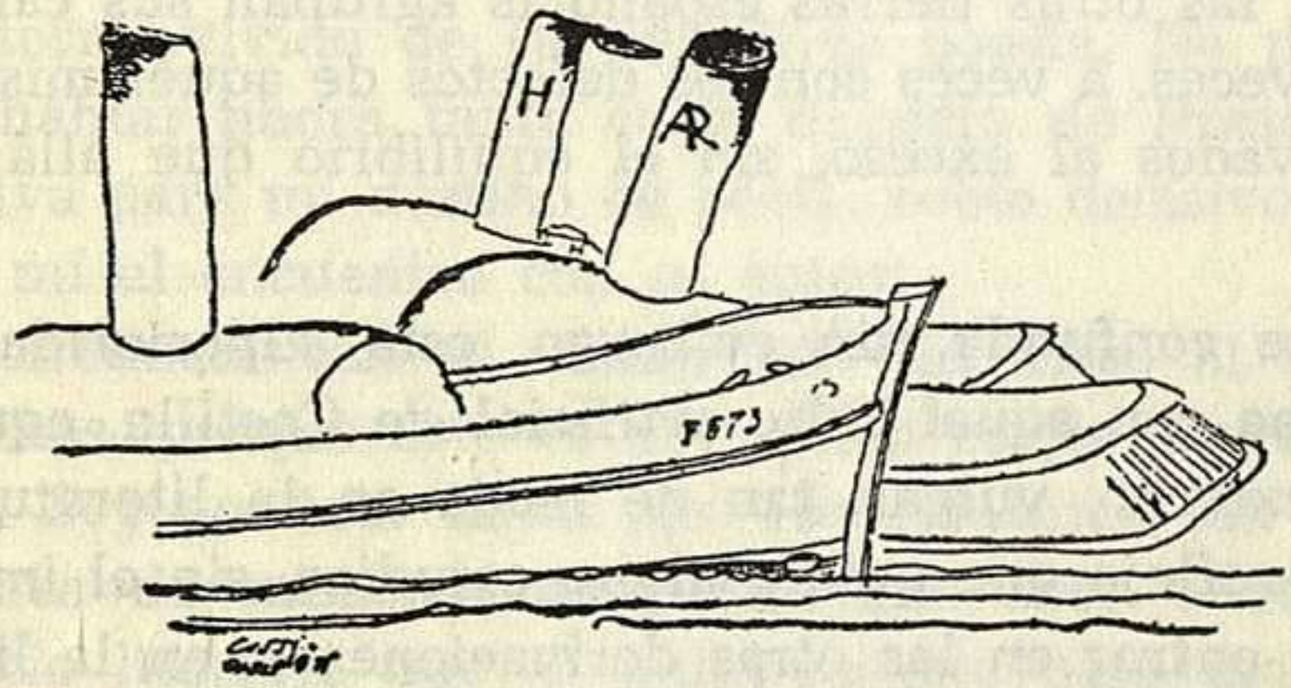
Bécquer vivió poco y acaso no tuvo tiempo para que su visión poética abarcara aspectos diversos de la realidad; sólo llegó a expresar, pero con raro dominio, ciertos aspectos juveniles de ella. Se ha dicho que es el poeta del amor, lo que puede aceptarse con la aclaración necesaria de que lo que expresó del amor, fue, de una parte, su estado preliminar, en el cual el amor es un presentimiento, un alba sonriente; y de otra, el desengaño final, la desolación del fracaso amoroso. Este último sobre todo. Pero no es, o sólo es raramente, poeta que exprese el éxtasis del amor, su plenitud.

Ese fracaso le lleva al deseo de anonadamiento, ya sea en el sueño de la muerte (rima LXXVI), ya en la disolución panteísta en la naturaleza (rima LII). Hay de todos modos en los versos de Bécquer, juntamente con los de tema amoroso, cierto predominio de los que tienen a la muerte como tema. Tan hondo llega a calar en su ánimo ese deseo de aniquilamiento que hasta en el abrazo amoroso busca algo que se asemeje a la muerte: la mujer ideal para Bécquer (rima XI) es incorpórea e intangible, "vano fantasma de niebla y luz". ¿Cómo no ver

Ministerio de Cultura 2011

un anhelo personal del propio Bécquer en ciertas palabras que pone en boca del oficial francés protagonista de la leyenda "El Beso"? El personaje aludido dice a sus amigos: "El beso de esas mujeres materiales me quemaba como el hierro candente, y las apartaba de mí con disgusto y con horror, hasta con asco; porque entonces, como ahora, necesitaba un soplo de brisa del mar para mi frente calurosa, beber hielo y besar nieve... nieve teñida de suave luz, nieve coloreada por un dorado rayo de sol... una mujer blanca, hermosa y fría, como esa mujer de piedra que parece incitarme con su fantástica hermosura"...

L. C.



Extractos de estudios sobre la poesía española contemporánea (1957).

Ministerio de Cultura 2011

pedro salinas y su poesía

(1929)

Hoy parece que se quiere falsear la verdad, verdad patente en la historia, de que en su máxima expresión la espiritualidad española sólo Castilla la ofrece, Castilla, que entre otras grandes cosas creó este fragmento de mundo, poderoso cuando quiso el destino, pero altivo siempre entre sus vicios o virtudes, donde he tenido no sé si la suerte o la desdicha de nacer. En torno a este imperialismo castellano ejercido por derechos de espíritu, las otras tierras españolas agrupan sus caracteres, pálidos a veces, a veces con los defectos de aquel mismo espíritu, más llevados al exceso, sin el equilibrio que allá pueda atenuarlos.

No se confunda, sin embargo, esta superioridad espiritual castellana con aquel culto artificial de Castilla, aquel castellanismo externo, vulgar, tan de moda en la literatura española —único reflejo que quiero ahora estudiar, sin el imposible empeño de entrar en las otras derivaciones—, en la literatura española, digo, fin de siglo. Sirva, pues, la palabra castellanismo para diferenciar ambas intenciones.

Porque lo esencial en esta cuestión no es la forma más o menos externa, sino el espíritu, el espíritu castellano, al cual siempre deberán algo las otras espiritualidades españolas.

Castellano es Pedro Salinas (entrando concretamente en la solución dada al problema poético por aquel espíritu), madrileño además, de esta ciudad cuyo grave encanto imprime en el ánimo de quien la visita una huella indeleble; otra ciudad más

Ministerio de Cultura 2011

poderosa o más espléndida no podrá borrar ese recuerdo. Al abandonar Madrid, el viajero quizá va sentimentalmente un poco desterrado.

Debe recordarse también ahora que Salinas ha traducido al español moderno aquel poema de *Mío Cid,* primitiva muestra, magistral, es verdad, de la poesía castellana.

En el año 1918 marcha Salinas a Sevilla. Con él van una inteligencia y una sensibilidad universales en la época actual, realizándose en un espíritu de la más pura estirpe castellana. Se diría Boscán llegando entonces con aquel itálico modo, pero un Boscán que fuese un Garcilaso, con toda su aristocracia de cultura, gracia y pensamiento. Y su estancia en Sevilla es decisiva para la juventud sevillana que entonces comienza.

Allí ofrece su ejemplo personal, directo, también su ejemplo literario. En efecto, por aquella fecha aparece *Presagios,* libro capital en la actual época literaria española, ofreciendo ya totalmente la poesía de un poeta que, con Jorge Guillén, habría de compartir luego, ahora, la supremacía poética española.

Al decir que *Presagios* ofrece ya totalmente la poesía de un poeta, quiero indicar algo esencial en Salinas, que es de esos poetas, como Reverdy, por ejemplo, cuyo primer libro desliza ya el contorno vívido de su definitiva poesía. No puedo, sin embargo, hablar ahora tanto como quisiera de *Presagios,* lectura decisiva para mi destino de poeta, como decisivo fue también para mí el encuentro con su autor.

No es circunstancial el nombre de Garcilaso al hablar de Pedro Salinas, porque éste es hoy quien mejor representa, de *Presagio y Seguro Azar* hacia sus libros futuros tan deseados, aquella línea de transparente poesía que abre Garcilaso, sin más artificio literario que el indispensable para manifestarse poéticamente.

En Salinas tiene ahora la poesía uno de sus más apasionados amantes; esa pasión concentrada, esa larga espera trémula y rendida del amante es, en efecto, la actitud poética de Salinas. Imposible encontrar actitud más noble; los resultados de esa pasión habían, por tanto, de ser iguales.

Cuán difícil esta poesía sin dificultad aparente. En ella una sola palabra guarda maravillosas virtudes poéticas. Se camina por un mundo donde las formas más sencillas celan un dios invisible.

Ministerio de Cultura 2011

Tristeza y alegría se equilibran aquí mutuamente; quien ha creado estos poemas sabe bien cuál puede ser el porvenir del poeta. Sí, *soledades de la obra*. Mas se adivina implícita en esa melancólica expresión un sentimiento más melancólico aún, soledades del poeta. Solo está, en efecto, frente a una obra que no puede sentirse a sí misma, obra que un día quedará a su vez sola definitivamente. Y entonces comienza aquí, en España, la trágica soledad de la obra bella, bellísima para nada, para nadie.

Esa melancolía hecha de renuncias forzosas hacia algo íntimamente querido —la melancolía, dice Gide, no es sino fervor caído— late en la poesía transparente de Pedro Salinas. No sé de nada que pueda materializar esta celeste poesía si no es el agua; esa fluidez, ese color sin color alguno, esa juventud con pensativa gracia que el agua posee, son los elementos en la poesía de Salinas. Digo mal elementos, porque esta poesía es la menos compuesta, la que más parece brotar directamente de unos labios apasionados. *Yo he sido hecha para la sed de los labios que nunca me preguntan,* dice o canta con divina voz aquel agua insomne en uno de los más bellos poemas de *Presagios.*

Lo que en la literatura española representan hoy una égloga de Garcilaso, unas canciones de San Juan de la Cruz, representarán mañana o, mejor, representan ya estos poemas de *Presagios,* de *Seguro Azar.* Porque Salinas, repito, es uno de aquellos poetas para quienes el nuevo libro representa, cada vez con más nitidez y precisión una misma aspiración, poética, un unánime deseo. Han encontrado para siempre la forma perfecta de su amor. Ninguna efímera hermosura vendrá a turbar esa correspondencia apasionada, hecha de entrega total, entre el poeta y su ideal poético, entre el amante y el objeto de su amor.

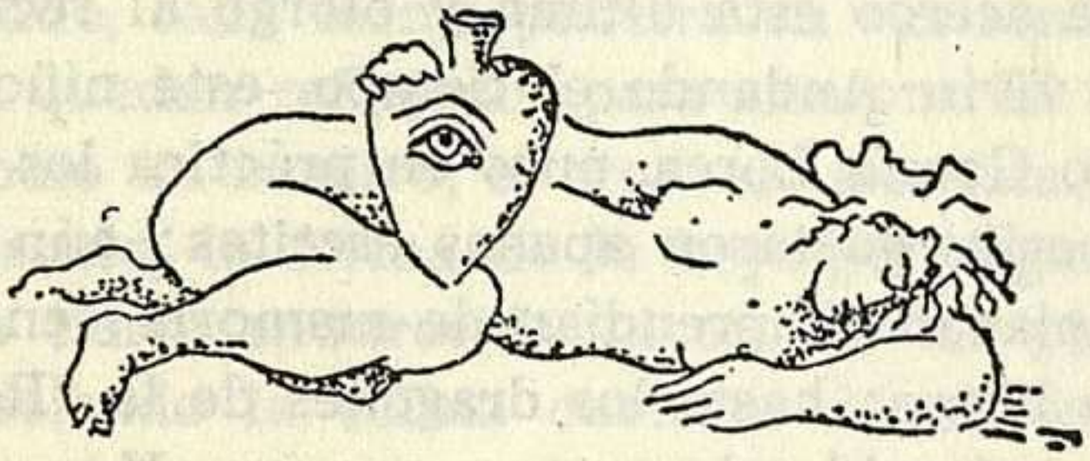
He hablado de esta poesía. No quiero callar la generosidad de su autor. Entre nosotros pocos escritores jóvenes habrá que no deban a esta generosidad, tan poco frecuente en el ambiente literario, algún favor importante o decisivo para un espíritu joven que busca su camino. Quien acude a él halla siempre, por lo menos, una palabra cordial, un gesto de estímulo.

Con la luz del día, casi termina este poeta esas tareas que la sociedad impone contrariando un instinto o una vocación.

Ministerio de Cultura 2011

Entonces vuelve a su elemento único, a vivir con el empeño de esa *forma de mis soledades*. Es necesario buscarse horas de soledad efectiva si se desea conservar las fuerzas del alma —decía Bossuet—. Y allí, en esa soledad buscada y querida, resuenan las palabras encantadas: *Voy a hacer, Estoy haciendo, Ya está hecho*. Luego, *Míralo*, no sólo a nosotros hoy, sino definitivamente para todas las miradas que aún no existen.

L. C.



J. M. V.

Ministerio de Cultura 2011

federico garcía lorca

(1931)

García Lorca, por José Caballero

"Un día, allá en la vega de Granada, nació un niño, a cuyo alumbramiento asistieron todas las hadas. Una le dio el don de la simpatía, otra le dio ángel, otra le dio poesía; cada una le dio, en fin, su don especial. Pero cuando parecía que todas le habían saludado ya con tan graciosos presentes se vio que, oculta por las demás, aún quedaba una hada, menuda y apacible, al lado de las otras, evaporadas de orgullo. Se acercó esta última y otorgó al recién nacido el don de saber vivir. Andando el tiempo, este niño, que se llamaba Federico García Lorca, puso en práctica los dones de las hadas. Sus poesías gustaron apenas escritas; aún inéditas, sus amigos las copiaban y aprendían de memoria; encontraba editores para sus libros; hasta los dragones de la "Revista de Occidente" se dormían blandamente a su paso. Y, en fin, sus amigos eran amigos suyos verdaderamente".

Así, poco más o menos, se expresarán los colegiales dentro un siglo, al repetir lo que sus libros de clase les digan acerca de la figura de Federico García Lorca.

Hablando con Federico García Lorca, es decir, escuchándole hablar, se comprende ese carácter de afortunado, visible incesantemente en su entusiasmo vital, que no se agota en él mismo, sino que baña a los interlocutores. De ahí el aire satisfecho con el cual sus conocidos le interpelan al encontrarlo casualmente: se sienten envueltos de antemano en la onda generosa y ascendente, y hasta tal vez se resistan a creer que Federico García Lorca sea mortal lo mismo que ellos, ya que todo él desborda, como fuente que parece imposible y criminal cese de

Ministerio de Cultura 2011

fluir un día. Lleva, pues, consigo su atmósfera y ambiente, y allí atrae, por fuerza instintiva y no persuasiva, a todo aquel que pasa a su lado. Mas este desplazamiento es en él inconsciente y no sé si las personas extrañas se dan cuenta, al sufrirlo, del paso de una atmósfera enrarecida y pobre a otra más rica y templada, lejos de este medio europeo u occidental, con sus tristes virtudes y sus vicios más tristes aún. Federico García Lorca, en efecto, no es un poeta español, aunque descontemos las analogías externas españolas y, sobre todo, andaluzas, tan fáciles por lo demás de constatar. Hombre de otro espíritu, de otro temperamento, casi diría de otra raza, sus antecedentes definitivos no podemos hallarlos aquí, en la tradición española.

Se ha repetido hasta la saciedad la frase de Gautier, según la cual el mundo visible existía para él. Pocas personas pueden, ciertamente, hacer suya esta frase; pocas personas, en cambio, pueden repetirla con tanto rigor como Federico García Lorca. Para él existe el mundo visible, hasta diría que el mundo visible se ha hecho para que él y otros espíritus análogos, con su frenético amor a lo tangible, lo gocen y lo adoren. Cada color, cada sonido, cada forma penetra en sus sentidos con tal fuerza que allí quedan reflejados para siempre. El humo azulado y sedoso, como un suspiro; el croar de las ranas en los pantanos al crepúsculo, la forma de la hoja puntiaguda y amarillenta sobre la tierra endurecida, el eco de las pisadas de un caballo que asciende la colina cubierta de olivos o cipreses, todo lo que vive intensamente unos momentos, lo que exige en sus rápidos instantes una perennidad inmortal ("no mueras, instante, eres tan bello...") se clava y perdura en esta poesía de lo sensible. Sus palabras se ven, se tocan, se saborean y aspiran, exactamente igual que un color, una forma, una pulpa o un aroma.

Hace algún tiempo, hojeando esa selección de poetas arábigoandaluces, escogidos y traducidos por el señor García Gómez, hallaba allí una tradición a esta poesía de Federico García Lorca. Al leer Hafiz, Khayyam, en cualquier otro poeta oriental, más o menos conocido, en ciertas frases del Korán se le hallan aquellos antecedentes a que siempre es necesario acudir para comprender mejor, no diré ya un artista, sino un hombre. Temas, estilo, preocupaciones son comunes entre la poesía oriental

Ministerio de Cultura 2011

y la poesía de Federico García Lorca. Ciertamente que no es mi propósito negar aquellos otros antecedentes españoles y, más específicamente, andaluces, a que antes aludía; pero es que se ha insistido tanto en explicar a los actuales poetas andaluces por su origen solamente... En ciertas personas tiene más importancia lo que aporta su espíritu aislado y no lo que su medio les da. Málaga, Granada, Sevilla proponen amables y fáciles motivos para la molicie crítica. Comodidad, diosa de los hombres vulgares... Lo que no se distingue ya, al hablar de lo andaluz, es ese otro impulso casi extinguido, ardiente, reconcentrado y dramático, que palpita oculto entre la multitud andaluza, apresurada, pesada y externa. Y éste, ciertamente, que existe en la poesía de Federico García Lorca, unido con aquella difusa tradición oriental, forman ambos los dos extremos entre los que se extiende su poesía. ¿Andaluz, pues? Sí, claro está. ¿Quién lo niega? Maravillosamente representado está tal espíritu andaluz por esos jóvenes, el Emplazado, el Amargo —maravilloso nombre humano—, que, con sus ojos sombríos, su tez oscura y su grácil talle, desfilan, con trágica melancolía, por los versos de Federico García Lorca. Mas ¿a qué insistir en lo sabido? Hay lo natural adquirido; pero ello sólo no basta para comprender, en lo posible, un hombre. Hace falta completarlo con la aportación de su propio esfuerzo instintivo, natural también, y que no reconoce fronteras o costumbres. Si, como todo nos hace suponer, hay dos naturalezas: una espontánea, libre, y otra adquirida o impuesta por el medio, ¿cuál será la más "natural"? Dígase lo que se quiera, la elección no es dudosa.

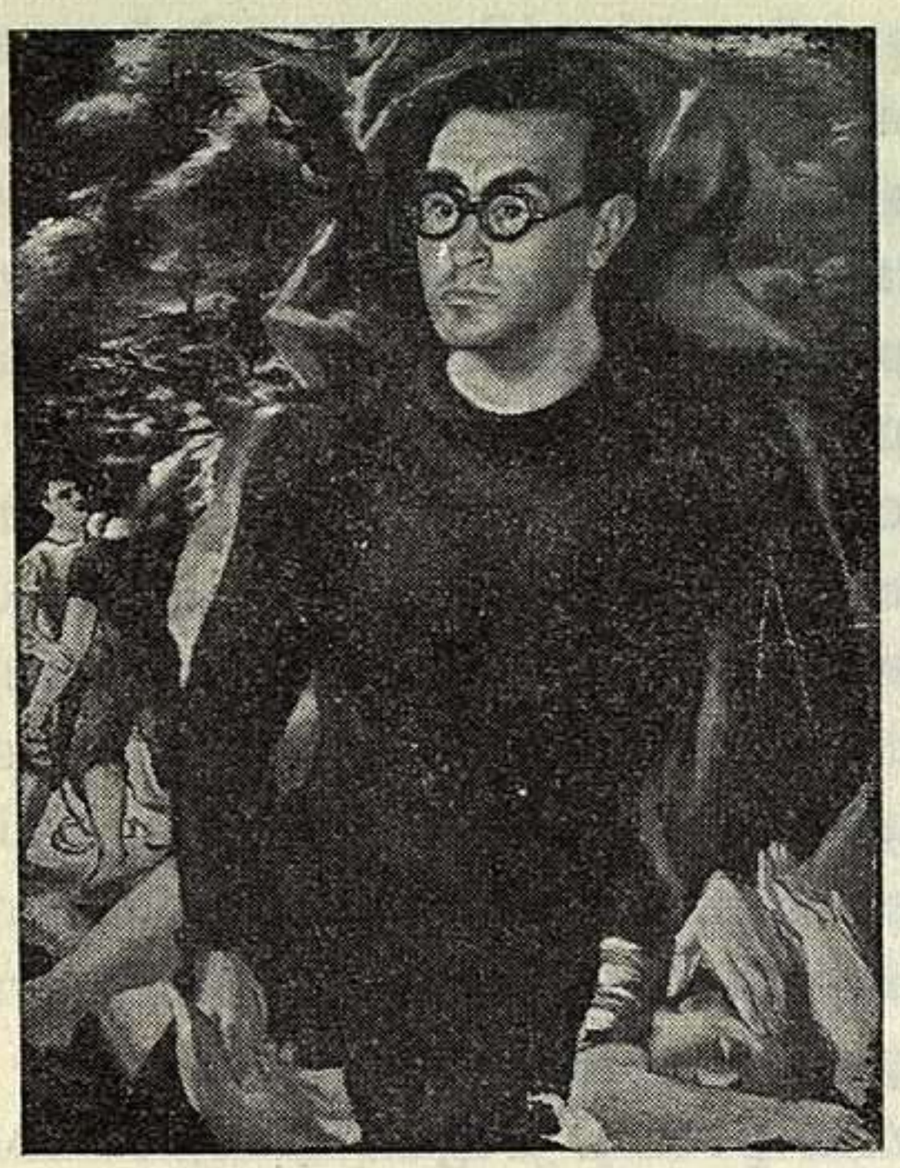
No subrayemos, pues, demasiado, precisamente por ser innecesario, lo andaluz de esta poesía genéricamente andaluza, y busquemos, en cambio, sus afinidades personales. Ya en éstas Federico García Lorca me aparece como un lírico mercader miliunanochesco que lo mismo emprende un viaje a lejanas tierras como improvisa unos deliciosos versos en honor de una confitura de granadas o extiende sus sedas maravillosas y cambiantes ante las miradas del joven principillo que visita su tienda. Como los poetas orientales, posee esa exquisita oportunidad del momento presente: conoce su valor y lo exalta. Su poesía, en conclusión. ¿No es dar perennidad a lo transitorio?

L. C.

Ministerio de Cultura 2011

dos poetas vicente aleixandre y emilio prados

(1931)



Emilio Prados, por Prieto

No hace mucho, un libro de un poeta andaluz reunía en su primera página los nombres de Vicente Aleixandre, Emilio Prados y el de quien estas líneas escribe. Hay entre esos tres nombres una sutil coincidencia, que, sin duda, no verán fácilmente quienes conozcan a las personas que los llevan. A causa de ello experimento cierta dificultad al iniciar un vago comentario con ocasión de estos dos poetas Vicente Aleixandre y Emilio Prados, ya que, quiera o no, mi espíritu y tal vez mi forma se deslizarán impalpablemente entre uno y otro amigo, plumas de una misma ala, atravesando un espacio misterioso, a pesar de todo. Hay, en efecto, palabras que se prodigan con tanta ignorancia o injusticia que ello produce indignación. Una de ellas es la de la amistad: efecto indefinido y poco frecuente. Las gentes pretenden conocerlo, convirtiéndolo en cosa de todos los días... Bien: allá ellos con su idioma y costumbres. Mas si una amistad digna de tal nombre une a esos dos poetas conmigo mismo, ¿será posible hablar de ellos como algo distante, ajeno a mi propio destino?

Andaluces ambos poetas: Aleixandre, sevillano; Prados, malagueño; su niñez transcurre unida durante algunos años, rumbos paralelos, desconocidos entonces para ellos mismos. Luego, pasado el tiempo, aquel azulado "Litoral" nos unió a los tres. Ciertamente que allí figuran otros varios nombres; pero algunos se fueron borrando, como si comprendieran su extranjera inutilidad en aquella atmósfera viva y espiritual: sólo quedaron cuatro o cinco. "Litoral" lanzó nuestros libros,

Ministerio de Cultura 2011

los de Prados, uno de Aleixandre, otro mío, libros que tal vez alguien tenga la pretensión de conocer, simplemente por haber paseado una obtusa mirada sobre sus páginas oscuras y transparentes a la vez. ¿Era esto bastante para conocer qué acento y vida traían a la poesía española Aleixandre y Prados? La antología que Gerardo Diego prepara, tal vez prepare a su vez alguna sorpresa para el lector de poesía. Si es que tal lector existe entre nosotros. Una de esas sorpresas será la de encontrarse ante el esquema de un poeta mal y deficientemente conocido, como Vicente Aleixandre.

Para algunos Aleixandre es hasta ahora el autor de *Ambito*, lo cual ya sería bastante; pero no lo es, si se piensa en que su obra poética posterior continúa desconocida, siendo aquí precisamente una de aquellas pocas por las que fluye esa corriente rara e inagotable a que se llama poesía. Según creo, es el más difícil entre los actuales poetas españoles; no ciertamente por aquella dificultad originada por la abstracción de materia y concepto que aparecía en su primer libro, sino dificultad por excesivo recato, ya de las causas de su pasión, ya de la pasión misma. A veces, cuando con una palabra tal vez esté a punto de entregarse, interviene el humor, y lo que iba a ser un arrebato visible se convierte en escapada irónica. Ese humor, en efecto, no es propiamente humor; la palabra burla le va mejor. Parece como si él quedase un tanto al margen de sí mismo, irónico espectador de su propio espíritu. Así emite su voz ese poema "El vals", poema que recuerdo y que sé, lírico hallazgo de la actual poesía española y es que este poeta nunca se entrega por completo; siempre queda en él una parte ajena y libre. Ello le da un equilibrio, del cual carecemos tantos otros. En *Ambito*, ese equilibrio era a veces extraño en su espíritu, que se adivinaba como con miedo a sí mismo. ¿Por qué no conocer las propias voces íntimas? La sinceridad presta tanto encanto a un espíritu difícil... Sí, ella sólo puede realizar misteriosamente cierta inevitable penumbra: no agota al hombre; lo adelanta un poco, un poco nada más, hacia la luz.

En Emilio Prados también existe esa abstracción inicial: sus tres libros publicados así lo demuestran. Pero en él la pasión vence y triunfa de la palabra. Las escasas poesías inéditas que de él pueden leerse nos lo sitúan en plena victoria de aquella pasión. No conozco poeta español actual que en este

Ministerio de Cultura 2011

terreno le supere; es el más apasionado de todos ellos. Sus líneas más recientes, cartas por ejemplo, ya que versos, si los escribe, no los conozco: parecen la creación de un hombre que hubiera perdido sus cinco sentidos y que sólo viviera por y para el recuerdo del mundo perdido, reconstruyéndolo ciega y sordamente, con palabras inseguras, en un arrebato amoroso, ansia de recuperación. Mas hay en sus palabras, en el ambiente exterior donde resuenan, cierto abandono, como si para aquel que las pronuncia sólo importara su contenido lírico, sin contar con la inevitable deformación verbal. Olvidemos la desviación que tales palabras inflingen al lirismo que expresan de modo inseguro; éste entonces surge poderoso y visible. Es un triunfo de la poesía sobre la palabra, su mezquino instrumento.

Mas si el apasionado se entrega fácilmente, con igual facilidad se recupera. ¿Qué retendríamos, pues, de lo dicho acerca de estos dos poetas? Su pasión, es decir, su sensualidad. Y no estoy lejos de decir que ésta sea la cualidad principal del poeta, en general, aunque temo que quien esto lea no entienda por esa palabra lo mismo que yo. Sensibilidad es algo, claro es: sensualidad es una sensibilidad espiritualizada. Están en la misma relación que la visión simple y la visión mística, cualidad esta última con que viene a identificarse la sensualidad, perdiéndose en ella. Pero dejemos la determinación de esa palabra; no es esta ocasión, ni tal vez nos comprenderíamos: las gentes que hablan un mismo idioma creen entenderse mutuamente, sin ver que quienes pronuncian idénticas palabras hablan a veces idiomas opuestos. No sé, en fin, si bastará lo dicho para encaminar la atención de alguien hacia estos poetas. Tal vez un espíritu como yo los amo, libre por naturaleza, pero apasionado exteriormente, pueda encontrar en los versos de Aleixandre y Prados pretexto para atreverse a ser él mismo. Si tal cosa consigo quedarían justificadas estas líneas inútiles.

L. C.

Ministerio de Cultura 2011

manuel altolaguirre

(1905-1959)

Altolaguirre, por G. Prieto

En 1926, en aquel mundo literario español que no contaba con más de unos pocos centenares de lectores, y acaso exagero el número, apareció un libro de otro poeta nuevo; se llamaba el libro *Las islas invitadas*, y su autor Manuel Altolaguirre. Fueron años en que, aquí y allá, como luces que se encendieran en la oscuridad sórdida del ambiente, obras primeras de poetas jóvenes de valor (dado lo valioso de su trabajo y lo valeroso de su vocación en nuestro tiempo y en nuestro país) iban surgiendo por las diversas provincias con frecuencia extraña. "Es Rimbaud, Rimbaud", le oí repetir exaltado a Pedro Salinas, con exaltación que era juego en uno de los espíritus menos exaltados que he conocido. Naturalmente que entre Rimbaud y aquellos versos de *Las islas invitadas* no había relación; Salinas oyó probablemente el dicho, acaso de Bergamín, y lo repetía sin más. La conexión pudo nacer de que Altolaguirre, quien entonces tenía veintiún años, parecía un prodigio precoz, aunque no tan precoz como Rimbaud. Y ahí acababa la semejanza.

El librito era en verdad sorprendente, no sólo por la gracia justa de su expresión,* sino por cierto poder visionario que en él se adivinaba. Altolaguirre ha sido siempre, como poeta, un idealista; un idealista instintivo, que flaquea en los argumen-

---

* Para quien tiene experiencia, leer a un poeta joven en el que se adivina un valor naciente, es algo que entrecorta el aliento; ahí va sobre el vacío, sin otro balancín que el lenguaje. ¿Le sostendrá? ¿Se estrellará?

Ministerio de Cultura 2011

tos cuando quiere razonar su posición; en cambio, cuando se deja llevar de su instinto alcanza en ocasiones aquella vislumbre sobrenatural a que antes aludí, insólita entre nuestros poetas verbalistas, demasiado apegados a la tierra. El hermoso "Qué golpe aquel de aldaba / sobre el ébano frío de la noche", ilustra lo que digo; con unas cuantas palabras sencillas puede este poeta abrir ante el lector una vasta extensión del mundo invisible, lo mismo que Vaughan en los conocidos versos del poema *The World*: "I saw eternity the other night". Porque no de otra manera sino como visiones pueden considerarse ciertos poemas de Altolaguirre, ya sea el citado anteriormente u otros, como "La Noche", "El Crepúsculo", por ejemplo; ahí están, expresados con las palabras nuestras de todos los días, aunque no para referirse a cosas y seres de este mundo; son reminiscencias, recuerdos de una realidad diferente de la humana, con la urgencia y la presencia de algo que no les es posible percibir a los demás hombres.

Mas, aunque sus versos mejores parezcan expresar casi exclusivamente experiencias de orden místico, también pueden darnos alguna vez una composición "real", sólo referente al mundo exterior, como una muy feliz titulada "Playa". Hecha esta salvedad, digamos que Altolaguirre no es un poeta religioso en sentido estricto, pero sí pudiera considerársele así en ocasiones por el poder visionario a que me referí antes, que lo anima y levanta de la tierra sin que él parezca poner nada de su parte; es un estado pasivo, un estado de trance, durante el cual va diciendo versos de cuya concepción no se le diría enteramente consciente y de los que en estado normal acaso ni sabría dar cuenta.

Al menos consta que escribir poesía le ha sido bastante difícil, como lo es para el médium someterse al trance, resistirlo y salir de él. De ahí que sus versos, técnicamente, tal vez deban poco a la reflexión ulterior, porque cada poema es para el poeta experiencia única y súbita: de ahí también cómo al lado de composiciones que son un hallazgo poético, haya otras con cierto candor inexperto; es el ejemplo más evidente de poeta "inspirado" que ofrece su generación, poeta que fuera de la inspiración poco tiene que decir y poco debe decir.

Esto se aplica no sólo a su primera colección, sino a las siguientes que publica, porque su poesía tiene desde el primer

Ministerio de Cultura 2011

momento rumbo único. Es difícil apreciar su secuencia cronológica, ya que Altolaguirre acostumbra a editar, juntamente con sus versos nuevos, otros ya publicados. Las colecciones *Las islas invitadas* (1926), *Ejemplo* (1927), *Soledades juntas* (1931), *Nube temporal* (1939) y *Fin de un amor* (1949) están compuestas de versos entonces nuevos. *La lenta libertad* (1936) y otra vez *Las islas invitadas* (1936) contienen versos nuevos y versos antiguos; *Poemas de las islas invitadas* (1944) y *Poemas escritos en América* (1954), son antologías de los grupos diferentes de poemas; a eso conviene añadir diversos folletos con versos antes inéditos: *Escarmiento, Vida poética, Lo invisible, Un día, amor y Un verso para una amiga* (los tres primeros como parte de unos cuadernos de poesía editados por el autor), que aparecieron de 1930 a 1931.

No sé si esa confusión que el poeta hace entre sus versos antiguos y nuevos indicaría como él mismo percibe lo ininterrumpido de su rumbo poético, exactamente como hace Guillén, también poeta de rumbo único, en las ediciones diferentes de *Cántico*. Altolaguirre parece haber sido poco dado a modas y novedades literarias; apenas hallamos en él, como si hallamos en sus compañeros de generación, eco del gongorismo que hacia 1928 resonaba en los versos de todos ellos, y menos aún del superrealismo, que poco más tarde sacudió los ánimos de algunos entre ellos. Tal como aparecía en sus poemas primeros, sigue apareciendo en los últimos; y eso, aunque pudiera ser una objeción, no es sino una comprobación. Como a Machado, el tiempo no le añade nada; aunque a Machado, en prosa por lo menos, le añadió las reflexiones de Abel Martín y Juan de Mairena.

De contemporáneos, Jiménez y Salinas, parecen superficialmente haber tenido cierta ascendencia sobre este poeta; desde luego, no es la visión lo que puede emparentarles, sino más bien la expresión y el metro que usa Altolaguirre. Dicho metro es por lo general combinación de versos de arte menor y mayor, de preferencia octosílabo y endecasílabo, que si llevan rima es por lo general asonante e irregular. No utiliza ninguna de las formas tradicionales, excepto el romance (su versificación, como la de Salinas, tiene por base el romance) y tardíamente el soneto, que acaso no vaya con su lirismo ligero y airoso. A diferencia de Lorca, Alberti y Aleixandre, sus compañeros de

Ministerio de Cultura 2011

generación, nunca ha usado el versículo. Pero en realidad sólo hay un poeta nuestro con el cual tiene parentesco, y es San Juan de la Cruz; parentesco de visión y parentesco de expresión.

No deseo escandalizar a las personas piadosas al plantear la posibilidad de dicha relación entre un poeta santo y un poeta contemporáneo nuestro que no lleva camino de la santidad, ni siquiera de la beatitud; a mí mismo me desagrada plantearla. Pero repito que no hallo en toda nuestra poesía, si no es en San Juan (aunque con diferente alcance, claro es), algo que recuerde el impulso hacia una meta ultraterrena que a veces percibo en la de Altolaguirre. No es que éste se proponga la comunicación con lo divino por medio del éxtasis de la poesía; porque ya dije que Altolaguirre no se "propone" nada; antes bien, algo o alguien se le "impone". Llamemos inspiración a ese algo, para no exponernos a caer en el cabotinaje místico-profano a que tan dados son los críticos franceses al hablar de la poesía. Digamos simplemente que en los versos de Altolaguirre acaso haya una chispa, sólo una chispa, pero al fin una chispa, del fuego que ardía en los versos de San Juan.

La expresión en ambos poetas ofrece en ocasiones semejanzas curiosas. Altolaguirre escribe:

Nuestro amor silencioso
y oscuro nos eleva
a las eternas noches

("Qué música del tacto".)

Sólo en las noches profundas
son visibles alma y aire.
Sólo en las noches profundas.
Que se ennegrezca tu alma
pues quieren verla mis ojos.
Oscurece tu alma pura.
Déjame que sea tu noche
que enturbie tu transparencia.
¡Déjame ver tu hermosura!

("El alma es igual que el aire".)

Ministerio de Cultura 2011

Compárense dichos versos con algunos pasajes de San Juan donde la noche es también tema obsesivo; como en los versos de San Juan, hay en los de Altolaguirre, de una parte, la noche, de otra la luz de amor que traspasa aquélla. No es tanto, insisto, una influencia o similitud como una equivalencia, todas las distancias guardadas. El mismo título del primer libro de Altolaguirre, *Las islas invitadas*, nos trae a la memoria "las ínsulas extrañas" de San Juan.

Fue Altolaguirre, aunque no muy dado a la lectura, quien me llamó la atención hace años al verso de San Juan: "Que ya sólo en amar es mi ejercicio"; y cierta pasividad, adivinada más que percibida en el sentimiento amoroso de San Juan (adivinada en su verso, pero no en su prosa llena de energía), tiene afinidad distante con la pasividad del sentimiento amoroso de Altolaguirre. Este necesita el amor, lo mismo que el niño (la persistencia en considerarse como niño es curiosa en los versos de Altolaguirre: "*Soy / un niño de sal / sobre tu falda*"; "*Ven, muerte, que soy un niño*"; "*Otra vez soy como un niño / sin el pesar de mis días... / niño del alba que tiene / alas de tierra y de brisa*": "*Interior niño que quiere / trepar y asoma tus manos*"), para sentirse guardado, defendido; el amor no despierta en él deseo de envolver, de proteger, de acariciar, sino de sentirse envuelto, protegido, acariciado. En el fondo acaso sufra de cierta fijación materna, simbolizada aquí o allá, dentro de su obra, como el verso tan característico: "*Roca maternal, te olvido*".

No creo que se haya reconocido bien el valor de la poesía de Altolaguirre; la relectura de sus versos nos trae siempre sorpresa y admiración ante tal o cual pasaje donde la emoción, la expresión, unidas íntimamente, tienen acento único dentro de este grupo de poetas. Habrá entre ellos alguno más apasionado, como Lorca: cuya voz tenga más amplitud, como Aleixandre; cuya expresión sea más original, como Guillén; pero ningu que en momentos determinados nos dé esta sensación de misterio penetrado, de contacto súbito con una realidad trascendente, como Altolaguirre. Cierto que es desigual, como ya indiqué antes, a pesar de la brevedad de su obra; que al lado de unos versos admirables, otros inexpertos.

Pero eso no es razón bastante para explicar aquel desconocimiento relativo de los lectores hacia la poesía de Altolaguirre.

Ministerio de Cultura 2011

¿Hay algún poeta que a veces no parezca desigual? Acaso la razón consista (al menos una de las razones posibles) en que Altolaguirre no ha inventado enteramente la expresión que usa: no parece haber dado al lenguaje la importancia que Lorca o Guillén, por ejemplo, le dieron. Ahí ofrece otra coincidencia con San Juan de la Cruz; éste no es poeta que propiamente haya creado su expresión; ningún poeta nuestro del siglo XVI, para no aludir ahora a los del XVII, lo cual complicaría demasiado la cuestión, inventa su expresión; todos toman la de Garcilaso (que en dicho siglo fue el único inventor de un lenguaje poético) haciéndola suya. Pues lo mismo ocurre en nuestro siglo con Altolaguirre; éste ha hecho suyo un lenguaje poético que, de Jiménez a Salinas, existía ya, porque sin duda era el más apto para sus experiencias, viviéndolo con ellas, y por eso incorporándoselo.

Siempre poco prolífico como escritor (lo cual no es defecto, sino virtud, sobre todo hoy, cuando tanto se escribe, y sobre todo se traduce, innecesariamente), sus versos nuevos fueron espaciando la aparición en intervalos cada vez más largos, hasta parecernos que ha abandonado la poesía. Quienes le conocieron hace tiempo y compartieron con él la amistad y el trabajo literario, apenas le reconocen hoy. Pero eso no importa. Si entre nosotros las obras literarias tuvieran futuro, me atrevería a predecir para los versos de Altolaguirre el reencuentro maravillado, que algunos lectores venideros habrán de experimentar, al enfrentarse con este libro único (por solo y singular) de *Las islas invitadas*.

L. C.

Ministerio de Cultura 2011

Ministerio de Cultura 2011

Sobre CERNUDA y su obra

Sobre
GERNUDA
Y su obra

Ministerio de Cultura 2011

FRAGMENTO DE DISCURSO DE FEDERICO GARCIA LORCA EN EL HOMENAJE A LUIS CERNUDA EN MADRID, 1936

No vengo yo en este momento a esta mesa como amigo de Luis Cernuda, ni amigo vuestro, ni a ofrecer este banquete para cumplir un rito gastado ya en tantas farsas con discursitos decorados, con envidias cubiertas de veneno y lágrimas de cocodrilo. No vengo tampoco dispuesto a que mi voz se la lleve el aire para recibir en cambio, como tantas veces, una bandeja de aplausos coronada por un "muy interesante" de merengue. Yo vengo para saludar con reverencia y entusiasmo a mi "capilla" de poetas, quizá la mejor capilla poética de Europa, y lanzar un vitor de fe en honor del gran poeta del misterio, delicadísimo Luis Cernuda, para quien hay que hacer otra vez desde el siglo XVII, la palabra divina y a quien hay que entregar otra vez aguas, juncos y penumbra para su increíble cisne renovado.

No me equivoco. Lo que voy a decir es verdad y está en la conciencia de toda persona sensible. La aparición del libro *La Realidad y el Deseo* es una efemeride importantísima en la gloria y el paisaje de la literatura española. No me equivoco porque para decir esto aquí yo he luchado a brazo partido con el libro, leyendo sin gana al acostarme, al levantarme; leyendo con dolor de cabeza, sacando ese poquito de odio que sentimos todos contra autores de obras perfectas; pero ha sido inútil. *La Realidad y el Deseo,* me ha vencido con su perfección sin mácula, con su amorosa agonía encadenada, con su ira y sus piedras de sobra. Libro delicado y terrible al mismo tiempo como un clave pálido que manara hilos de sangre por el temblor de cada cuerda. No habría escritor en España, de la clase que sea, si es realmente escritor, manejador de palabras, que no quede admirado del encanto y refinamiento con que Luis Cernuda une los vocablos para crear su mundo poético propio; nadie que no se desprenda de su efusiva lírica gemela de Bécquer y de su capacidad de mito, de transformación, de elementos que surgen en el bellísimo poema...

f. g. l.

Ministerio de Cultura 2011

EL IDEALISMO ANDALUZ

La trascendencia estética universal de Andalucía que se ha afirmado, idealmente, por la poesía de Juan Ramón Jiménez, la música de Falla y la pintura de Picasso, ha tenido sobre todo el resto de la actividad artística española última una influencia radical y decisiva. Este "andalucismo universal" ha influido tanto en poetas, músicos o pintores nuevos —andaluces o no—, que es fácil reconocer su huella en cualquier caso, y de todos es muy reconocida la trinidad andaluza a que me refiero, y aceptada, en su plena significación ideal, como la única herencia positiva, quizás, del pasado artístico español más reciente.

La obra poética de Juan Ramón Jiménez —unida, como en Mallarmé, a su ejemplaridad personal— ha señalado el momento inicial de la nueva evolución lírica en España, y su idealismo andaluz espera aún, preñado de futuro, las consecuencias que la poesía nueva —en verso y prosa— apenas si ha deducido todavía de su libro máximo: el *Diario de un poeta recién casado.*

Fue, primero, en *Presagios,* de Pedro Salinas, la asimilación por un poeta castellano de esta idealidad andaluza, y el tono, escuetamente castellano, de sus versos, se infiltraba ya —originalmente: espontáneamente—, de finas esencias andaluzas; se flexibiliza la línea pura de su forma —poético pensamiento depurado— por el gracioso contorno ideal del andalucismo. Luego, la poesía de Jorge Guillén —aún no recogida en ningún libro— aparece, más que influida, enamorada de lo andaluz; su perfecta cristalización poética debe, tal vez mucho, a este amor inicial del poeta por la poesía andaluza —de Juan Ramón Jiménez o de Góngora—. En Jorge Guillén vino a realizarse, con perfección incomparable, con maestría no superada, el ideal del poeta puro —puramente formal— y en el sentido vivo —andaluz— de la palabra: clásico ("es decir: actual; es decir: "eterno"). El "clasicismo vivo" de Jorge Guillén, traspasado de idealidad andaluza y reminiscente de recuerdos clásicos de España

Ministerio de Cultura 2011

y Francia, su empeño ético-estético (que es la verdadera influencia ejercida en él como en todo lo nuevo, mejor, en todo lo joven, por Juan Ramón Jiménez; influencia más personal, directa —y directriz—, viva, que literaria) le han situado, por la clarividencia artística y consciente de su maestría, en vecindad constante de toda la joven poesía nueva —y al escribir: joven, poesía y nueva, doy su total sentido humano a estas palabras; su significado artístico verdadero, ideal y trascendente.

Por eso, un poeta como Jorge Guillén, que de una manera ejemplar ha ido señalando el camino poético de la pureza (no necesita de la publicación esperada de su libro "capital y único" para afirmarlo —ni confirmarlo—; lo es "capital y único" en cada poesía, y aún yo diría que en cada verso), se encuentra hoy en su camino al último poeta nuevo —¡tan andaluz!—, al recién llegado Luis Cernuda, con su libro *Perfil del Aire*. Y por eso se dice que este libro —el más perfecto y acabado de poeta joven— se parece tanto al canon poético del lírico admirable: porque solamente *lo parece*. En las cristalizaciones poéticas que un platónico amor andalucista ha favorecido en Jorge Guillén, encuentra, precisamente, el sevillano Cernuda —diciéndolo vulgarmente— "la horma de su zapato"; una crítica falsa —la de los parecidos —se complace en subrayar la semejanza; pero la verdadera crítica debe hacer todo lo contrario: evidenciar la diferencia; sobre todo, porque no se debe fijar en la horma —o norma—, ni tampoco, siquiera, en el zapato, sino en el pie desnudo. La poesía de Luis Cernuda, desnuda de todo parecido externo, es originalísima; tan nueva y viva como el brote primaveral de la planta (esta exquisita calidad del verde nuevo la caracteriza), tan graciosa, tan inspirada. Trae su propia vida nueva, su ingenuo, espontáneo, sencillo y coherente pensar poético: bello como acaso no hayamos visto —ni oído— después de la revelación de Rafael Alberti, en ningún otro lírico español último, si no es en la calidad de acento, distinto y distante, hondo y puro lirismo malagueño, del bordón que pulsa, temerosamente todavía, Manuel Altolaguirre.

La personalidad poética de Luis Cernuda se afirma con su librito: *Perfil del Aire,* joven y perfecta; idealmente andaluza, su poesía tiene, sobre todo, la gracia, el angélico don andaluz —sevillano— de la gracia; tiene ángel (auténtico, no mixtifi-

Ministerio de Cultura 2011

cado por ningún sobrenaturalismo literario), y tiene arquitectura ideal viva, ligera, erguida, nítida, como una Giralda. Lo que no tiene efectivamente, la poesía de Luis Crenuda es modernidad; lo que llaman modernidad los *parecidistas:* falsificación de novedades ajenas —cuando lo son— habitualmente francesas; todo lo más viejo y trasnochado. Cernuda no es moderno, es nuevo, como lo son —y lo serán siempre— Salinas, Guillén, Espina, Dámaso Alonso, Aleixandre, Prados... o Federico García Lorca y Rafael Alberti, los dos poetas andaluces que la crítica *parecidista* ha insistido tanto en aproximar falsamente, cuando sólo pueden tocarse por extremos, por antagónicos, por absoluta y totalmente opuestos y contrarios, como sus paisajes natales —Granada y Cádiz— divergen sus direcciones estéticas: Lorca viene de lo popular, naturalmente, como un resultado, como un fruto; Alberti va a lo popular, con intención artística, para realizarlo —iba a decir: para inventarlo—. Pero hay muchas más cosas en la poesía nueva, y en la compleja idealidad andaluza de las que entiende cualquier crítica *parecidista* o tópica vulgar.

Antes, en las *Islas invitadas* de Manuel Altolaguirre, un acento nuevo de voz, de pensar poético —hondo, puro— nos sorprendía bellamente; ahora, en *Perfil del Aire* —librito esencial y puramente poético; es decir, pensado y no hablado o escrito— es la línea finísima de un pensamiento lírico nuevo, desnudo, lo que nos sorprende con la bella plasticidad, delicada y firme, de su trazo, en que el idealismo andaluz se afirma, vivo, infantil, casi recién nacido, eterno —como en la rebolera de un capote, fugitivo en su permanencia.

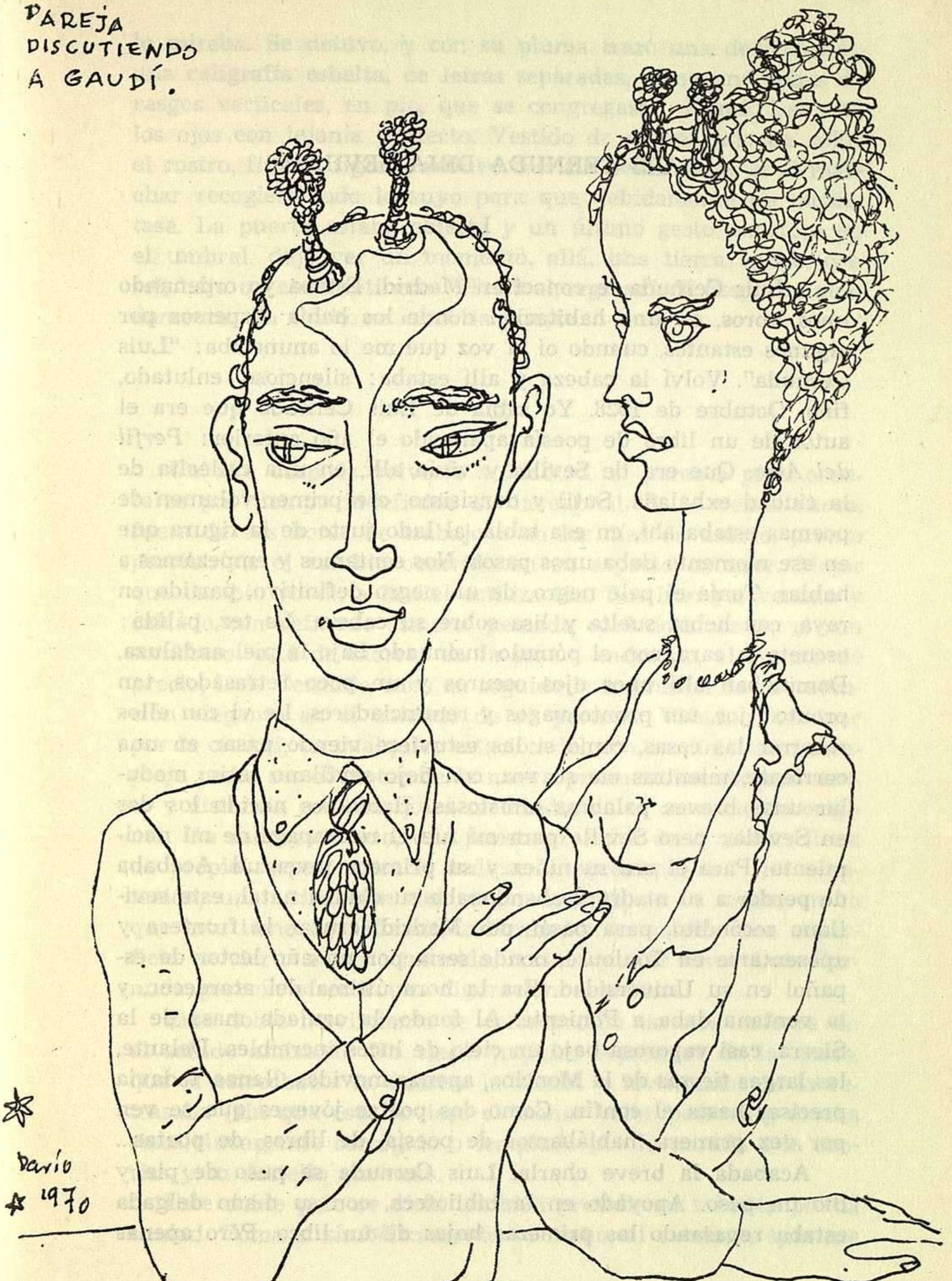
José Bergamín

José Bergamín

La Gaceta Literaria, núm. 11 (1-VI-27).

Ministerio de Cultura 2011

PAREJA
DISCUTIENDO
A GAUDÍ.



Darío
1970

darío carmona

Ministerio de Cultura 2011

LUIS CERNUDA DEJA SEVILLA

I

A Luis Cernuda le conocí en Madrid. Estaba yo ordenando unos libros, en una habitación donde los había dispersos por algunos estantes, cuando oí la voz que me lo anunciaba: "Luis Cernuda". Volví la cabeza y allí estaba: silencioso, enlutado, fino. Octubre de 1928. Yo sabía de Luis Cernuda que era el autor de un libro de poesía aparecido el año anterior: *Perfil del Aire*. Que era de Sevilla y vivía allí, en una callecita de la ciudad exhalada. Sutil y densísimo, ese primer volumen de poemas estaba ahí, en esa tabla, al lado justo de la figura que en ese momento daba unos pasos. Nos sentamos y empezamos a hablar. Tenía el pelo negro, de un negro definitivo, partido en raya, con hebra suelta y lisa sobre su cabeza. La tez, pálida; escueta la cara, con el pómulo insinuado bajo la piel andaluza. Dominaban allí unos ojos oscuros y un poco retrasados, tan pronto fijos, tan pronto vagos y renunciadores. Le vi con ellos recorrer las cosas, como si las estuviese viendo pasar en una corriente, mientras oía su voz, con dejo sevillano serio, modular unas breves palabras amistosas. Habíamos nacido los dos en Sevilla; pero Sevilla para mí fue el relámpago de mi nacimiento. Para él era su niñez y su primera juventud. Acababa de perder a su madre y abandonaba su ciudad natal, este sevillano recóndito, para pasar por Madrid, cruzar la frontera y aposentarse en Toulouse, donde sería por un año lector de español en su Universidad. Era la hora última del atardecer, y la ventana daba a Poniente. Al fondo, la azulada masa de la Sierra, casi vaporosa bajo un cielo de luces increíbles. Delante, las largas tierras de la Moncloa, apenas movidas, llanas, todavía precisas hasta el confín. Como dos poetas jóvenes que se ven por vez primera, hablábamos de poesía, de libros, de poetas...

Acabada la breve charla, Luis Cernuda se puso de pie y dio un paso. Apoyado en la biblioteca, con su mano delgada estaba repasando las primeras hojas de un libro. Pero apenas

Ministerio de Cultura 2011

lo miraba. Se detuvo, y con su pluma trazó una dedicatoria: una caligrafía esbelta, de letras separadas, como una suma de rasgos verticales, en pie, que se congregasen. Firmó. Levantó los ojos con lejanía y afecto. Vestido de negro, bajo de color el rostro, fina la figura, anduvo casi sin pesar, como si al marchar recogiese todo lo suyo para que debidamente no molestase. La puerta estaba abierta y un último gesto amistoso en el umbral, dejó ver un momento, allá, una tierra ancha, con sol, bajo un cielo retirado. "Hasta el regreso". Y despacio, quedamente, sin ruido, se cerró la puerta.

II

Un año después volvería a Madrid, al parecer para asentarse por tiempo indefinido en la capital. Si le veíais ahora, fuera de sus horas de trabajo o en los días de asueto, pronto percibiríais el cambio ocurrido en su aspecto exterior. Mejor que cambio yo diría la fiel estilización. Sin luto ya, vestido y calzado con refinado esmero, peinado cuidadosamente; si con sombrero, este de marca; en la mano, endosado, el guante de precio, Luis Cernuda daba en seguida la impresión de una atención elegante en el cuidado de su persona. Viéndole caminar por la ciudad, en cualquier estación del año, sentíais cuán complejo podía ser el motor de la nueva presentación. Acercamiento y distancia estaban quizá mezclados en el movimiento original. Un subrayamiento, una puesta en valor de sí mismo, llena de propio respeto, parecía indicar la aproximación. Una aceptación, una utilización del canon externo de la moda, en lo que este tiene de refinado uniformador, establecía una superficie en cierto modo convenida, tras la que el veraz Luis Cernuda parecía ofrecer una figuración desdeñosa.

Este doble movimiento se correspondía de otra manera en el saludo amistoso. Un cierto impulso separador de la mano, que al estrecharos la vuestra la alzaba y levísimamente la retrasaba (sin que esto tuviese el menor valor personal), estaba simultáneamente corregido o templado por la mirada o la sonrisa y su destello amistoso.

Este doble polo se diría también presidir su tránsito por la ciudad. Como si simbólicamente su mano, al caminar, apartase

Ministerio de Cultura 2011

fachadas y gentes, unas y otras en doble onda parecían ceder, retraerse, y Luis pasaba lejano, acaso un poco angustiado, ávido quizá de proximidad y de suma, por la calle ensanchada. Que un instante después volvía a embestir con su doble oleada confluyente, fundiéndose y rescatando al poeta, mientras veíamos a Luis Cernuda, coronador de la onda reunida, rematar la plenitud deseada.

Repetíase la escisión, la doble onda se retiraba y la dolorosa resaca dejaba en seco el pie, lejano el rumor de los otros, y el transeúnte haciendo apresurado su vía, desde la que, no sé si con desdén, más seguramente con amor, miraba el allá, por encima de la realidad que rodaba.

En el flujo y reflujo, Cernuda pasaba, mientras nadie veía el movimiento de la ciudad inestable, y él hablaba una palabra con este o saludaba poco vehemente a aquel otro. ¿Frío Luis Cernuda? Proceloso en el tránsito, urgido, adelante, siempre la mirada adelante. Esmerado, severo en el detalle de su cuidado, envuelto en la superficie de su elegancia, Luis Cernuda continuaba marchando. Debajo de su pisada la realidad comprobable, contra el pie verdaderamente desnudo; los ojos, altos, fijos en el lejano, en el inmarcesible, en el nunca devastado brillo reverberador del deseo.

Tú, verdad solitaria,
Transparente pasión, mi soledad de siempre (...)
El hombre y su deseo,
La airada muchedumbre,
¿Qué son sino tú misma?

Por ti, mi soledad, los busqué un día;
Por ti, mi soledad, los amo ahora.

Vicente Aleixandre

vicente aleixandre

Ministerio de Cultura 2011

josé luis reina

Ministerio de Cultura 2011

UN ASPECTO DESCONOCIDO DE LUIS CERNUDA

Sigo escribiendo sobre los muertos. Memoria para el olvido. Hoy, Luis Cernuda de Sevilla. He encontrado entre tantos papeles cómo la vida nos deja dormidos en los cajones de la casa una revista, se llama "Octubre" y comenzó a publicarse en Madrid, el año 1933. En dos de sus números he encontrado algo escrito por Cernuda. Puede asombrar a algunos porque esta revista llevaba por subtítulo: "Escritores y Artistas revolucionarios".

Bajo el título de "Los que se incorporan" leo estas palabras: "Llega la vida a un momento en que los juguetes individualistas se quiebran en las manos. La vista busca en torno, no tanto como para explicarse las desdichas como para seguir con nueva fuerza el destino. Mas lo que ven los ojos son canalladas amparadas por los códigos, crímenes santificados por la religión y, en todo lugar, indignantes desigualdades en las que siempre se encuentra favorecido el estúpido. Se queda, pues, en peor disposición de espíritu. Este mundo absurdo que contemplamos es un cadáver cuyos miembros remueven a escondidas los que aún confían en nutrirse con aquella descomposición. Es necesario, es nuestro máximo deber enterrar la carroña. Es necesario acabar, destruir la sociedad caduca en que la vida actual se debate aprisionada. Esta sociedad chupa, agota, destruye las energías jóvenes que ahora surgen a la luz: Debe dársele muerte, debe destruírsela antes que ella destruya tales energías y, con ellas, la vida misma. Confío para esto en una revolución que el comunismo inspire. La vida se salvará así."

Al leer esta declaración muchos se rasgarán las vestiduras. Dirán: esto es imposible. ¿Ha escrito esto Luis Cernuda, el poeta todo canto interior? Pues, sí. Es el mismo que dijo "estoy cansado de estar vivo", al que se le ha acusado de frío, de acaso snob, de indiferente, hasta de cierto dandysmo en su persona. Y tendrán todos razón. Cernuda parece siempre querer dirigirse hacia "donde habita el olvido", a un becqueriano lu-

Ministerio de Cultura 2011

gar inalcanzable y hace una rendida corte de amor a la soledad y al aislamiento. Pero si escribe "No sé nada, no quiero nada, no espero nada", en 1933 hace una profesión de esperanza pública en la revista "Octubre" que tengo ante mis ojos y, en 1934, se vuelve agresivo e impertinente y publica en la misma revista un poema, creo que inédito, al que el gran poeta, tan alejado de los sentimientos extremistas, llama "Vientres sentados".

Con satisfacción
Como quienes saben
Como quienes tienen en su puño la verdad
Bien apresada para que no se escape
Y con orgullo
Como vigilantes de vosotros mismos
Dominái a lo largo y a lo ancho de la tierra
Vosotros vientres sentados.

No hay gas
No hay plomo
Que tanto levante
Que tanto lastre proporciones
Como vuestra seguridad deletérea
Esa seguridad de sentir vuestro saco
Bien resguardado por vuestro trasero.

Miráis a un lado y a otro
Sonreís rasgando maliciosamente la hedionda boca
Y desde allí emitís como el antiguo oráculo
Henchidas necedades
Dictámenes que se escurren entre las rendijas como ratas.

Alabo el pie vigoroso
El pie juvenil y vigoroso
Que derrumbará pronto
Ese saco henchido de fango de maldad de injusticia
Arrastrando consigo vuestro trasero y vientre
Vuestra triste persona que mancha el aire
El aire limpio y justo

Ministerio de Cultura 2011

Donde hoy nos levantamos
Contra vosotros todos
Contra vuestra moral, contra vuestras leyes
Contra vuestra sociedad, contra vuestro dios
Contra vosotros mismos vientres sentados
Con una firme espiga
A quien su propia fuerza empuja desde la tierra
Para que se abra al sol
Para que dé su fruto
Fruto de odio y de alegría
Fruto de lucha y de reposo.
La verdad está en lucha y en ella os aguardamos
Vientres sentados
Vientres tendidos
Vientres muertos.

Comprendo que para muchos resultará asombroso este poema. Nosotros, sin embargo, volvemos a verle tan juvenil, tan bien vestido. Sonreía con cierta reserva irónica. Esperamos siempre de él un exabrupto o la manera insólita de juzgar algo o a alguien. Nos hemos encontrado a menudo junto con Rosa Chacel, la excelente escritora y la inseparable amiga de Luis, Concha Albornoz. Eran tres personas muy diversas pero que sabían estar juntas. Rosa estaba casada con el pintor Pérez Rubio, escribía con seguro talento una prosa fuerte de novelista nata. Concha, hija de don Alvaro Albornoz, ministro de la República, no tenía talento creador sino acompañador y crítico, yendo muy bien con Luis Cernuda, quien escuchaba su hermosa voz tajante y sabía valorizar la paz que aquella mujer pequeña ponderada sabía dar a las tormentas amorosas que se precipitaban sobre Luis como verdaderas avalanchas. Sí, entre la realidad de Cernuda y sus deseos estaba el tironeo romántico de una vida en vilo interior, difícil y complicada.

No parecía muy feliz entonces. ¿Lo fue luego? Cuando estalló la guerra de España nadie tuvo que pedir a Luis Cernuda certificado de lealtad, porque estaba cien por cien con nosotros. Se ha dicho siempre que despreciaba al mundo, que el tono de su poesía es de desgarradora soledad e incompatibilidad con su medio ambiente, puede que sí, pero hubo unos años en que él creyó en su salvación junto a la salvación de los seres peque-

Ministerio de Cultura 2011

ños, de los sin nombre, de los innumerables, de los que se levantaron en armas al sentir atacada su pobreza ¡hasta su pobreza! Luis Cernuda, valientemente, dejó un día la Alianza de Intelectuales de Madrid para irse de soldado al Batallón Alpino. Ninguna de estas cosas veo nunca en sus biografías. Estrechamos nuestra amistad. Hizo una traducción del *Ubus Roi* para el teatro que yo dirigía, aunque no tuvimos ocasión de representarlo nunca y cuando regresaba del frente al palacio de Heredia Spínola donde vivíamos, no se encontraba solo ni se sentía triste. ¡Cuántos poetas albergó! ¡Y cuántos andaluces!: Rafael y Altolaguirre y Pedro Garfias y Emilio Prados... Verdaderamente que aquellos eran los días luminosos de la fe. Ya no podía decir Cernuda: "La caricia es mentira, el amor es mentira, la amistad es mentira". Para Luis, como para tantos, la esperanza fue una camaradería. Camaradería se llamó nuestra esperanza de tres años cuando nos obligaron a defender la poesía, el arte, la cultura de España...

Los vientres sentados ganaron la batalla y se concluyeron aquellos días luminosos de la Alianza de Intelectuales y aquella gracia en la desgracia y aquella embriaguez de tristeza alegre. Comenzaron a hacerse sentir los pasos de la angustia y cada uno de nosotros los sufrió de manera diferente. Nos desenraizaron de distinta manera y todos comprendimos, de pronto, que hay una soledad compartida que se llama destierro. Cada uno añadimos a ella una amargura diferente.

Luis Cernuda se alejó de nosotros. Llegó a Inglaterra. Cambió su acento. Quiso olvidar más que lamentarse "¿España?", dijo. "Un nombre, España ha muerto". Se le murió España entre las manos cuidadas y finas de hombre a quien le preocupa la galanura externa y creo que quiso y no pudo perdernos a todos los amigos. Dicen que se dedicó a la enseñanza de la literatura española en Glasgow, en Cambridge, en el Instituto Español de Londres y que luego se fue más lejos, a Estados Unidos y a la Ciudad de México... Allí estaba su amiga Concha Albornoz, la tan simpática mujer que podía pasarse horas a su lado, escuchándole. En 1963 Luis Cernuda murió. Dicen que su corazón iba negándose desde hacía tiempo. Le advirtieron: La altura de la meseta mexicana no es buena para ti, pero no lo creyó. Tal vez pensase que era una manera de morir menos desterrada esa de caer sobre la tierra de México. A los espa-

Ministerio de Cultura 2011

ñoles de otros mundos nos pareció así. Cuando esto sucedió nos preguntaron: ¿Quién era Luis Cernuda? Y nosotros, creo que con lágrimas, contestamos: Uno de los más altos poetas de España.

Realmente así lo creemos. Así pensamos los que alguna vez nos acercamos a quien fue inevitablemente poeta desde que nació. Su lucha íntima, entre la realidad y el deseo se le traspa-rentaba en medio de un leve becquerianismo que le trasminaba desde su niñez sevillana y del que nunca él renegó, pues hablando de las continuidades poéticas dice de Bécquer: "El es quien dota a la poesía española moderna de una tradición nueva y el eco de ella se encuentra en nuestros mejores contemporáneos". Este poeta que se encuentra entre los más refinadísimos que España tuvo fue, además, uno de los poetas más leales al pueblo español y algo más que otros y, por lo que hemos transcripto mucho antes que otros. Por ello alcanza Luis Cernuda tan cerrado y distante, una dimensión humana que muchos desconocen y nosotros le reconocemos.

maría teresa león

De *La Cultura en México.*
6 de octubre de 1965

Ministerio de Cultura 2011

NOTA SOBRE "OCNOS" CON DOS CARTAS INEDITAS DE LUIS CERNUDA

Luis Cernuda comenzó a escribir *Ocnos* en 1940, en Glasgow, en cuya universidad enseñaba literatura española. Al año siguiente el libro estaba terminado, y su primera edición se publicó en Londres en 1942 por la editorial "The Dolphin" que dirigía un catalán, John Gili. Constaba esa primera edición, que fue costeada por el propio Cernuda, de 31 poemas. Agotada años después, pese a que no se vendió en España y sólo llegó a unos pocos amigos del poeta, escribí a Cernuda proponiéndole una nueva edición del libro para inaugurar la colección "Insula" fundada y dirigida por Enrique Canito, quien compartía conmigo el deseo de publicar en ella un libro de Cernuda. La respuesta del poeta fue la siguiente carta fechada el 23 de diciembre de 1947 en Mount Holyoke, Massachussets, en cuya universidad enseñaba a la sazón Cernuda:

"Querido José Luis Cano:

Te agradezco mucho tu invitación, y al mismo tiempo tener algunas nuevas tuyas. Espero recibir los libros cuyo envío me anuncias, aunque no sé cuando llegarán; hace más de dos meses, precisamente, que se publicó en Buenos Aires una colección inédita de versos míos (1), y todavía están los ejemplares en camino, si no es que se han perdido, como temo.

En cuanto a publicar algo ahí, deseo aceptar tu oferta, y aun cuando en este momento no quiero editar Las Nubes *(hay allá, como en todas mis colecciones de verso, muchas cosas que hoy me parecen demasiado insatisfactorias para reeditarlas, necesitando una severa tala), pu-*

---

(1) Se refiere Cernuda a su libro *Como quien espera el alba*, publicado por la editorial Losada de Buenos Aires en 1947.

Ministerio de Cultura 2011

diera decidirme por Ocnos. *Entre la primera publicación de ese libro y esta ocasión de imprimirlo otra vez, una colección de trozos nuevos se han ido reuniendo; pero la mayoría de estos trozos son cosa, aunque simliar a* Ocnos *en un sentido, disimilar en otro, y su edición no me parece oportuna sin algún trabajo complementario, para el cual actualmente no tengo humor.*

No obstante, tomo de esos trozos nuevos unos siete, que en realidad pertenecen a Ocnos, *y te los envío con unas cuantas indicaciones respecto a la impresión y un índice nuevo, que marca donde deben intercalarse esos escritos inéditos. Si mi proyecto te parece bien, ya me dirás si son necesarias más aclaraciones respecto a la impresión.*

Como tú mismo propones la edición de tal libro, supongo que no habrá inconveniente en la publicación de alguno de sus trozos. Pero si entre ellos, o entre estos nuevos que te envío, hubiese algo que prefirieses dejar a un lado, no tengas escrúpulo en decírmelo, que yo me doy cuenta de tu buen deseo.

¿Qué tal te va? No me dices si trabajas o preparas algún libro. Yo, desde que desembarqué en Nueva York a mediados de septiembre, y donde sólo estuve horas, no he dejado esto sino durante unos días, para ir a Harvard. Me habían invitado para dar una charla sobre "Cervantes, el poeta", en una serie de conferencias con ocasión del centenario. (Harvard está en Cambridge, y Cambridge es en realidad parte de Boston). Me gusta mucho el campo de Nueva Inglaterra, y estos días de vacaciones quisiera continuar aquí; sin embargo, no sé por qué, mañana me voy a Nueva York. ¿Sabes que aquí cerca, en Amherst, donde hay un colegio universitario como éste, pero no de chicas, sino de chicos, está la casa de Emily Dickinson? No sé si te interesan los versos de esa señora.

Recuerdos a Vicente.
Tu amigo Luis".

La censura, sin embargo, que entonces se hallaba en su fase más represiva, no dejó de hacer de las suyas. Prohibió tres

Ministerio de Cultura 2011

poemas: "El poeta y los mitos", "El enamorado" —que figuraban entre los que nos envió Cernuda para que figurasen en la edición de "Insula"— y "Escrito en el agua", que cerraba el texto de la primera edición. Tuve que comunicarle a Cernuda la mala noticia, y el 18 de febrero de 1948 me dirigió la carta siguiente, también fechada en Mount Holyoke:

"Querido José Luis Cano:

No creas que me disgusta mucho la noticia de tener que suprimir, en esta segunda edición de Ocnos, *la pieza final de la primera edición. En realidad pensé suprimirla, por considerarla exagerada en tono, pero no me decidí. Siento, por otra parte, tener que prescindir al mismo tiempo de las dos piezas nuevas. Con esta carta te envío un grupo de otras piezas inéditas, aunque no sé si tal aumento del texto iría contra las posibilidades y planes editoriales de "Insula". Ya me dirás sinceramente.*

La razón de mi nuevo envío es simple: aquella pieza final de la primera edición actuaba como una especie de tapón, e impedía la continuación del libro, a menos que le añadiera una segunda parte, cosa que ahora, por diversas razones, no puedo hacer. Suprimida ella, que era cierto modo de conclusión, el libro queda inconcluso, y listo para cualquieras adiciones de textos semejantes que quiera hacerle.

Es cierto que queda rota la unidad temática andaluza de la primera edición; pero yo nunca pensé centrar el libro en el ambiente andaluz infantil y juvenil, y además me enoja un poco que lo consideren como dictado por "nostalgias andaluzas". Bien sabe Dios que no tengo el menor deseo de volver por aquella bendita tierra, donde viví, contra mi voluntad, tan largo tiempo.

Así, pues, te envío, con los trozos nuevos, un nuevo índice, y te ruego suprimas aquella noticia referente a la segunda edición que en mi carta anterior incluía. Sustitúyela con esta que ahora te acompaño. De haber cualquier confusión, dímela y procuraré aclararla.

Me sorprende un poco que el libro nuevo de versos

Ministerio de Cultura 2011

haya llegado por ahí (2). Yo sólo tengo, y eso que lo pedí por avión, un ejemplar. Aún estoy esperando los que me enviaron a mediados del pasado octubre, que se perdieron no sé dónde y parecen haber sido hallados y estar otra vez en camino.

Me olvidaba añadir que no quiero dibujos para Ocnos, *ni por lo demás para ningún escrito mío quiero ilustraciones. Con ellas se limita, y equivoca, la imaginación del lector; si éste no tiene ninguna, lo mejor es que deje el libro.*

Te agradezco mucho tu atención y afecto en todo este asunto.

Tuyo Luis".

En otra carta posterior, Cernuda me sugería la posibilidad de que, al margen de la edición normal, se imprimiesen algunos ejemplares incluyendo los poemas "El poeta y los mitos" y "El enamorado", que había prohibido la censura.

Deseo al que accedió el editor, Enrique Canito. En cuanto al poema "Escrito en el agua", no quiso Cernuda que se imprimiese en esos pocos ejemplares, eliminándolo también de la tercera edición de *Ocnos*, publicada en Méjico por la Universidad Veracruzana, en 1963. Sin duda, no estaba satisfecho de la tajante afirmación "Dios no existe" que figura en ese poema. El lector interesado en conocer "Escrito en el agua", dada la rareza de la primera edición del libro, tendrá que acudir al volumen de la *Prosa Completa* de Cernuda, publicada por Barral en 1975, en edición a cargo de Derek Harris y Luis Maristany.

En el archivo que la familia de Cernuda guarda en Sevilla se conserva una nota del poeta en la que éste nos confiesa que el género del poema en prosa se "le impuso fatalmente como adecuada y necesaria (forma) para sus recuerdos anteriores y para sus nuevas experiencias". Añade Cernuda que "el género no es de tradición española ni apenas cultivado entre nosotros..." (3). En efecto, fueron los simbolistas franceses —Bau-

---

(2) Alude de nuevo Cernuda a su libro *Como quien espera el alba.*

(3) Esta nota puede leerse en el volumen de la *Prosa Completa* de Cernuda (Barral, 1975, págs. 1.464-1.465).

Ministerio de Cultura 2011

delaire, Rimbaud, Mallarmé, y antes que ellos Alosyus Bertrand con su *Gaspard de la Nuit,* quienes inventaron el poema en prosa, aunque no sean los únicos que lo han cultivado. En España, exceptuando a Bécquer, Unamuno y Juan Ramón Jiménez, pocos son los atraídos por el género. No debe olvidarse, sin embargo, que antes que Cernuda escribió poemas en prosa Aleixandre, en su libro *Pasión de la tierra,* escrito en 1928-1929. En cuanto a Cernuda, antes que en *Ocnos* escribió poemas en prosa para su libro *Los placeres prohibidos,* escrito en 1931 y no publicado hasta su incorporación a *La Realidad y el Deseo,* en 1936. Pero ni en esa primera edición, ni en la segunda de 1940 (edit. Séneca, México), encontrará el lector los poemas en prosa de ese libro. Sólo a partir de la tercera edición (Tezontle, México, 1958) figuran ya esos poemas, intercalados entre las poesías. Recuerdo que Cernuda, en carta de octubre de 1956, me pidió que recogiera esos poemas de entre sus carpetas, que había dejado en Madrid, en casa de su hermana, para incluirlos en la tercera edición de *La Realidad y el Deseo,* lo que hice inmediatamente.

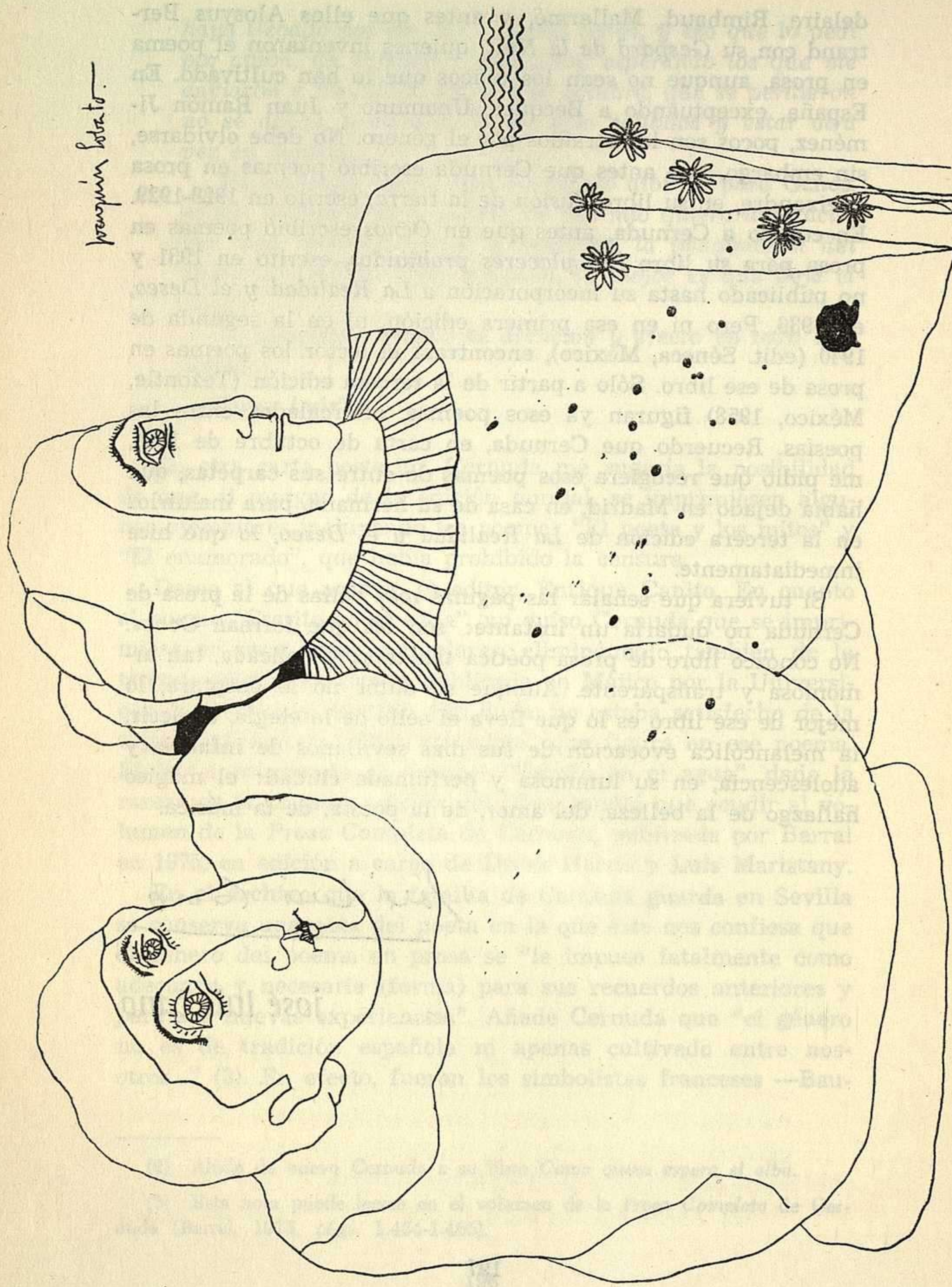
Si tuviera que señalar las páginas más bellas de la prosa de Cernuda no dudaría un instante: son las que forman *Ocnos.* No conozco libro de prosa poética tan tersa y delicada, tan armoniosa y transparente. Aunque su autor no lo aceptara, lo mejor de ese libro es lo que lleva el sello de la elegía, es decir, la melancólica evocación de sus días sevillanos de infancia y adolescencia, en su luminosa y perfumada ciudad: el mágico hallazgo de la belleza, del amor, de la poesía, de la música.

José Luis Cano

josé luis cano

Ministerio de Cultura 2011

Benjamín Palencia.



Ministerio de Cultura 2011

CERNUDA VIVO

No le gustaba que hablaran de él y, mucho menos, que hablaran de él los críticos, los profesores y los que de su obra pudieran sustraer renombre ya que no fama. No le gustaba mucho que lo vieran y, un poco como Emilio Prados, se escondía en su mundo. No le gustaba que se turbara su silencio caudaloso como sus verdes ríos de poeta. Su soledad era viva; no solamente imagen poética. Cómo atrevernos ahora a hablar de Cernuda? Más aún cuando recordamos que estaba "vivo como pocos, como sólo el poeta puede y sabe estarlo". Tal vez hay una sola excusa: nada pensamos enseñar, nada pensamos analizar en su obra precisamente porque lo vivo es ajeno al análisis. Conversemos un poco de Cernuda, de lo que nos queda, vivo y no biblioteca, en los libros de Cernuda, de lo que nos queda *totalmente* de esta vida continuada que es para algunos la obra del Cernuda.

Sí, su valentía cuando trataba temas eróticos que no se había atrevido a tratar ningún poeta español; sí, su capacidad para captar las cosas vigentes como captaba el "brotar oscuro de las plantas"; violencia contra Sansueña y amor a Sansueña; precisión de estilo, herencia becqueriana. Sí, todo esto lo sabemos. Menos sabemos acaso de la soledad, de la realidad y el deseo, de la lucha con el ángel y de la lucha con el dios, con los dioses, con Dios. ¿Y no son éstos los asuntos más reales de su poesía? Estos, y la música, y la inocencia.

Pocos poetas saben gustar la música. Cernuda es, en su poesía, un poeta esencialmente musical. No se trata de la redicha musicalidad del verso que es lo de menos. Se trata de la Música, la Música escondida como las Ideas que reflejan las músicas sonoras de esta tierra. "Era la música fundamental, anterior y superior a quienes la descubren e interpretan". Entre los que la "descubren e interpretan" prefería Cernuda a Mozart por una suerte de adhesión a la inocencia. Esta Música fundamental Cernuda la quería humana ya que en ella veía

Ministerio de Cultura 2011

un "equivalente del vuelo", una forma de ascenso que es adentramiento, que es regreso a la inocencia.

Primera de las soledades: la del hombre que ha huido de su inocencia infantil sin que se doble de realidad el deseo.

Y si la Música es para Cernuda una Realidad precisa aun dentro de su volatidad, no lo es menos la segunda de sus soledades: la que aparta al poeta del verdadero amor, de la verdadera dicha para llevarlo, ya hombre, a los temas insustanciales. Una vez "la inocencia primera abolida en deseos", empezamos a hablar de lo que no tiene sustancia: el tiempo, los deportes, la política. ¿Soledad negativa la que buscaba Cernuda, soledad de las que tan típicamente se ocupa el siglo nuestro y, en general el *siglo*? No siempre ni esencialmente. Ciertamente la soledad era para él una muestra de la dicotomía realidad y deseo; ciertamente su soledad era la que viene después del amor cuando sólo queda nada o peor que nada", "el recuerdo de un olvido". Era también como en los clásicos —dos aquí: Garcilaso primero y también, después, San Juan— soledad creadora, "isla feliz adonde tantas veces te acogiste, compenetrado mejor con la vida y con sus designios, trayendo allá, como quien trae del mercado unas flores cuyos pétalos luego abrirán en plenitud recatada, la turbulencia que poco a poco ha de sedimentar las imágenes, las ideas". Para Luis Cernuda, la soledad era una forma del verdadero ver y del verdadero contemplar y saber. Y esto, la afirmación de la soledad como virtud y no por lo menos siempre como angustia, es lo que hace de Cernuda el poeta que es a diferencia de tantos poetas de hoy para quienes la soledad es siempre y es únicamente angustia.

Pero hay otra soledad en Cernuda, una soledad que le remite a sus propias soledades para que de su alma surjan ideas, surjan imágenes: la soledad ante Dios.

Recuerdo aquel texto de *Ocnos* donde Cernuda explica como, de niño, se sentía predispuesto a rechazar la eternidad que no entendía. También la rechazará su poesía cuando el poeta sepa que el hombre "siendo efímero se sueña como eterno". Esta negación de la eternidad es negación de Dios, de dios, menos, aunque también, de los dioses. ¿Negación? Mejor sería decir lucha a brazo partido porque, tal vez a pesar de Cernuda, su

Ministerio de Cultura 2011

lucha con Dios es tan agónica como la de Unamuno. Cuando los Reyes Magos han adorado al niño concluyen:

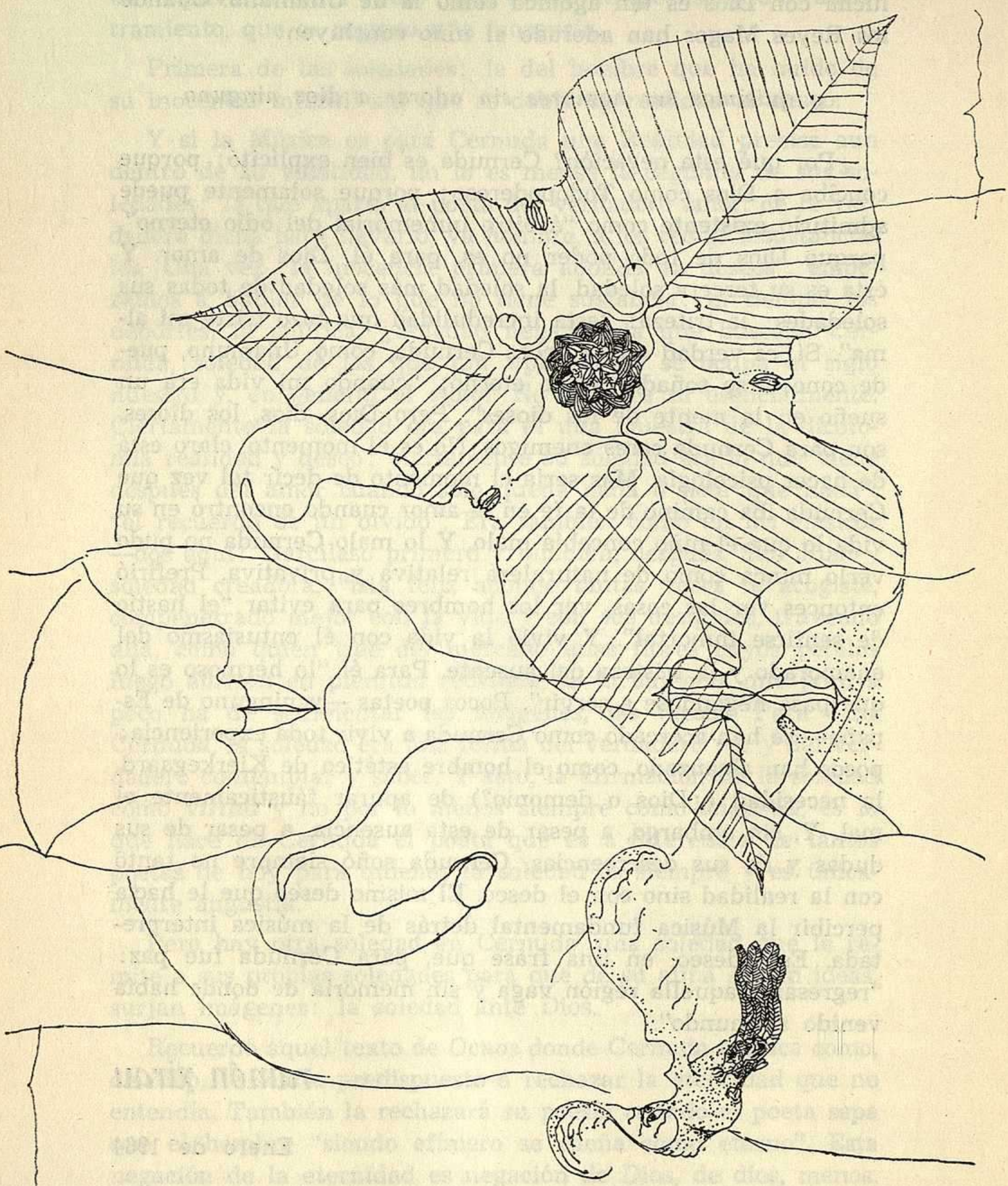
y quisimos ser hombres sin adorar a dios ninguno

¿Por qué esta negación? Cernuda es bien explícito: porque concibe a Dios como Todopoderoso; porque solamente puede admitirlo existente como "árbitro inmemorial del odio eterno", porque Dios de todo poder no es, para él, Dios de amor. Y ésta es su tercera soledad, la soledad más soledad de todas sus soledades: la triteza: "esta incredulidad que hizo triste mi alma". Sí, es verdad que a veces Cernuda, como Unamuno, puede concebirse soñado por lo eterno: "cuando mi vida era un sueño en la mente de los dioses". Pero Dios, dios, los dioses, son para Cernuda seres enemigos. No es el momento, claro está de hacer psicología. Mas sería el momento de decir tal vez que Cernuda iba camino de la fe en el amor cuando encontró en su vida lo que el niño concebía malo. Y lo malo Cernuda no pudo verlo nunca como de naturaleza relativa y privativa. Prefirió entonces ver las cosas, ver los hombres para evitar "el hastío de sentirse inmortal". Y vivió la vida con el entusiasmo del enamorado y la tristeza del ausente. Para él "lo hermoso es lo que pasa negándose a servir". Pocos poetas —y ninguno de España— se han acercado como Cernuda a vivir toda experiencia; pocos han alcanzado, como el hombre estético de Kierkegaard, la necesidad (¿Dios o demonio?) de apurar fáusticamente el mal. Y, sin embargo, a pesar de esta ausencia, a pesar de sus dudas y de sus descreencias, Cernuda soñó siempre no tanto con la realidad sino con el deseo. El mismo deseo que le hacía percibir la Música fundamental detrás de la música interpretada. Este deseo, en una frase que, para Cernuda fue paz: "regresar a aquella región vaga y sin memoria de donde había venido al mundo".

ramón xirau

Enero de 1964

Ministerio de Cultura 2011



miguel gómez peña

Ministerio de Cultura 2011

Cernuda, como crítico, posee todas las aptitudes necesarias a un crítico "profesional", y además otras que no todos estos poseen. En primer lugar, claridad de ideas. En segundo lugar, claridad de expresión. Después, algo que sólo posee el crítico que es —no sé si además sobre todo— poeta: visión intuitiva. Quiero decir que el crítico no poeta, como en el historiador de arte, suele existir una evidente capacidad para ajustar las obras críticas a sus ideas previas. Lo que no es tan fácil en ellos es la capacidad de distinguir lo vivo de lo muerto debajo de apariencias semejantes. Aquí es donde el instinto, la sensibilidad, se erigen en juez. Cernuda, certeramente, distingue lo verdadero de lo limitado, las voces de los ecos, el ser total de la figura de cera.

Como poeta, posee esta aptitud para ver debajo de las apariencias. Y, como poeta, lo expresa más allá del valor lógico de la palabra. De ahí el poder seductor de sus escritos, su capacidad de insinuar más de lo que dice, de hablar a algo más que a la razón de su lector.

josé hierro

Ministerio de Cultura 2011

La perfección es el signo que preside la obra de Cernuda, hasta el punto de que, de humanísimo contenido, sugiere haya sido trabajada por algún elemento: aire, sutil fuego. Hay en ella algo de intocable y aún de intangible. Y por ello, de raíz romántica, entra en el clima de lo clásico.

La Realidad y el Deseo es el título de su obra central que sigue creciendo ininterrumpidamente desde adentro de sí mismo. El deseo, lo más ilimitado de lo humano, lo más devorador, se dibuja en esta poesía como incesante fuego que deja su impronta creadora una sola, pura línea. El deseo, fragmentario, confuso, de condición, al dar esta continuidad descubre así lo que parece no tener: esencia. Se piensa que tal resultado sólo ha podido producirse por una especie de impasibilidad al modo clásico —tal Lucrecio—, en una distancia que no anula el sentir, en una mirada de alguien que asiste a su propia vida y a la universal vida, absteniéndose de hacer comentario alguno, sosteniéndola con la mirada y con la pasión, la imposible pasión de los filósofos y de ciertos poetas, para que sea ella la que dé a ver su cambiante, trágica esencia.

Y así, la poesía se hace ella misma, ella a solas. Aparece inconmovible y temblando, según número y medida. Cadencia que el aire arranca de la realidad inalcanzable. Gemido y llanto que se resuelven al fin en palabra. Canto del deseo; el canto más antiguo, enigmático, de la vida en su permanente alborear.

maría zambrano

Ministerio de Cultura 2011

Ni *cisne andaluz*
Ni *pájaro de lujo*
Pájaro por las alas
Hombre por la tristeza
Una mitad de luz Otra de sombra
No separadas: confundidas
Una sola substancia
Vibración que se despliega en transparencia
Piedra de luna
Más agua que piedra
Río taciturno
Más palabra que río
Arbol por solitario
Hombre por la palabra
Verdad y error
Una sola verdad
Una sola palabra mortal

Ciudades
Humo petrificado
Patrias ajenas siempre
Sombras de hombres
En un cuarto perdido
Inmaculada la camisa única
Correcto y desesperado
Escribe el poeta las palabras prohibidas
Signos entrelazados en una página
Vasta de pronto como lecho de mar
Abrazo de los cuatro elementos
Constelación del deseo y de la muerte
Fija en el cielo cambiante del lenguaje
Como el dibujo obscenamente puro
Ardiendo en la pared decrépita

Días como nubes perdidas
Islas sepultas en un pecho

Ministerio de Cultura 2011

Placer
Ola jaguar y calavera
Dos ojos fijos en dos ojos
Idolos
Siempre los mismos ojos
Soledad
Unica madre de los hombres
¿Sólo es real el deseo?
Uñas que desgarran una sombra
Labios que beben muerte en un cuerpo
Ese cadáver descubierto al alba
En nuestro lecho ¿es real?

Deseada
La realidad se desea
Se inventa un cuerpo de centella
Se desdobla y se mira
Sus mil ojos
La pulen como mil manos fanáticas
Quiere salir de sí
Arder
En un cuarto en el fondo de un cráter
Y ser bajo dos ojos fijos
Ceniza piedra congelada

Con letra clara el poeta escribe
Sus verdades oscuras
Sus palabras
No son un monumento público
Ni la Guía del camino recto
Nacieron del silencio
Se abren sobre tallos de silencio
Las contemplamos en silencio
Verdad y error
Una sola substancia
Realidad y deseo
Una sola sustancia
Resuelta en manantial de transparencias.

octavio paz

Ministerio de Cultura 2011

héctor carrión

Ministerio de Cultura 2011

SOLEARES POR LUIS CERNUDA

Sevillano sin Sevilla
y andaluz sin alegría,
siempre en inhóspita orilla.

Andaluz en lo profundo,
con una pena tan honda
que no cabía en el mundo,

Pena de la soledad,
pena de ver que los días
se van llevando la edad.

Pena del poeta herido
que mira sin esperanza
su paraíso perdido,

Soledad, melancolía.
Que el mundo es tan sólo el mundo
y otro mundo Andalucía.

Sólo el cante le quedaba.
Y nadie, puesto a cantar,
tan hondamente cantaba.

En su cante había encerrado
la realidad siempre amarga
y el deseo nunca logrado.

Ministerio de Cultura 2011

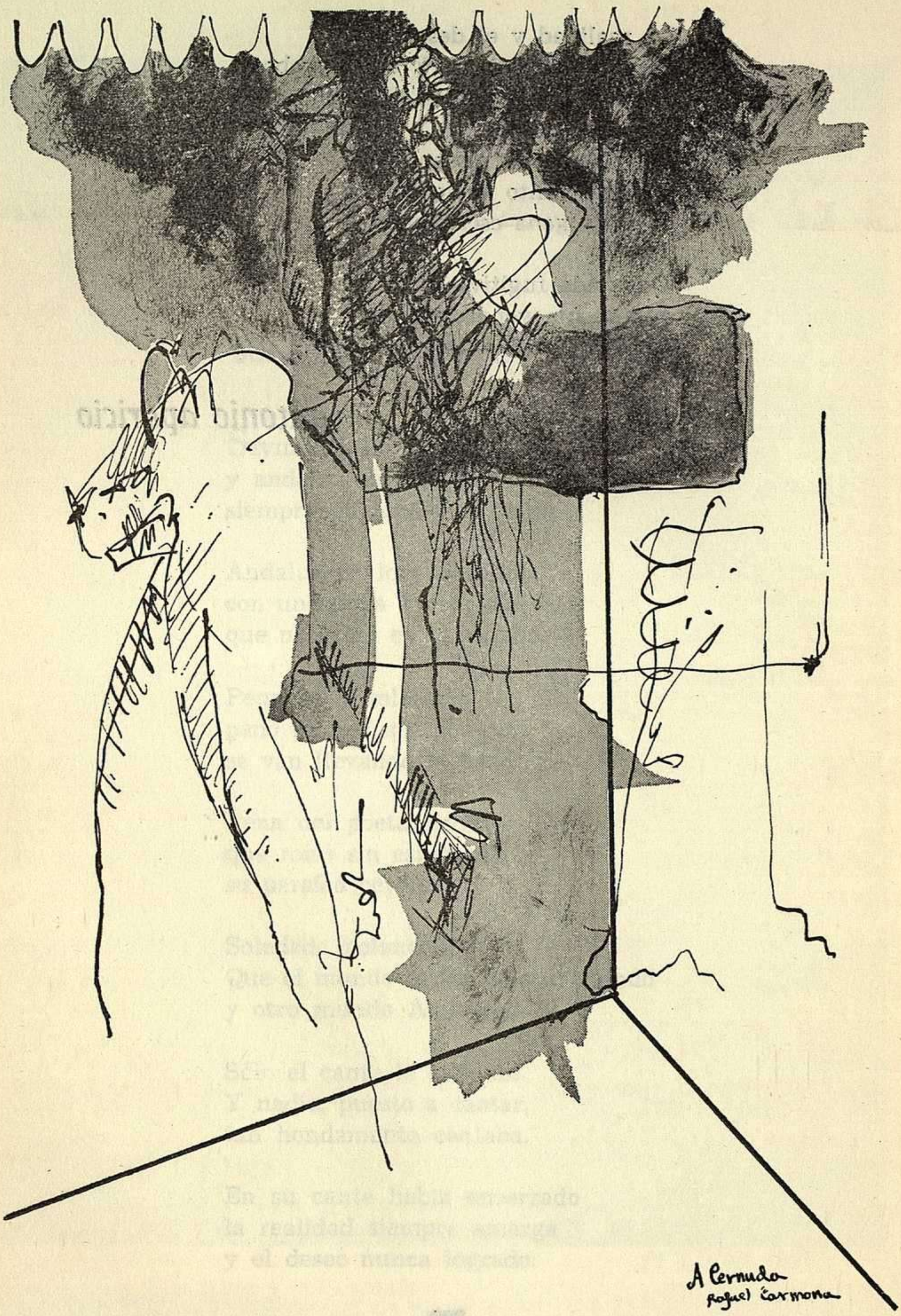
La realidad y el deseo...
Siempre en contra. Y entre ambos
el poeta como un reo.

Vivir sin estar viviendo
y llenar tanto vacío
de mala gana escribiendo.

Y la vida fugitiva
que se fue yendo, sin ver
aquella tierra nativa.

antonio aparicio

Ministerio de Cultura 2011



rafael carmona

Ministerio de Cultura 2011

A LUIS CERNUDA,
AIRE DEL SUR BUSCADO EN INGLATERRA

Si el aire se dijera un día:
—Estoy cansado,
rendido de mi nombre... Ya no quiero
ni mi inicial para firmar el bucle
del clavel, el rizado de la rosa,
el plieguecillo fino del arroyo,
el gracioso volante de la mar y el hoyuelo
que ríe en la mejilla de la vela...

Desorientado, subo de las blandas,
dormidas superficies
que dan casa a mi sueño.
Fluyo de las paradas enredaderas, calo
los ciegos ajimeces de las torres;
tuerzo, ya pura delgadez las calles
de afiladas esquinas, penetrando,
roto y herido de los quicios, hondos
zaguanes que se van a verdes patios
donde el agua elevada me recuerda,
dulce y desesperada, mi deseo...

Busco y busco llamarme
¿con qué nueva palabra, de qué modo?
¿No hay soplo, no hay aliento,
respiración capaz de poner alas
a esa desconocida voz que me denomine?

Ministerio de Cultura 2011

Desalentado, busco y busco un signo,
un algo o alguien que me sustituya,
que sea como yo y en la memoria
fresca de todo aquello, susceptible
de tenue cuna y cálido susurro,
perdure con el mismo
temblor, el mismo hálito
que tuve la primera
mañana en que al nacer, la luz me dijo:
—Vuela. Tú eres el aire.

Si el aire se dijera un día eso...

R. ALBERTI

rafael alberti

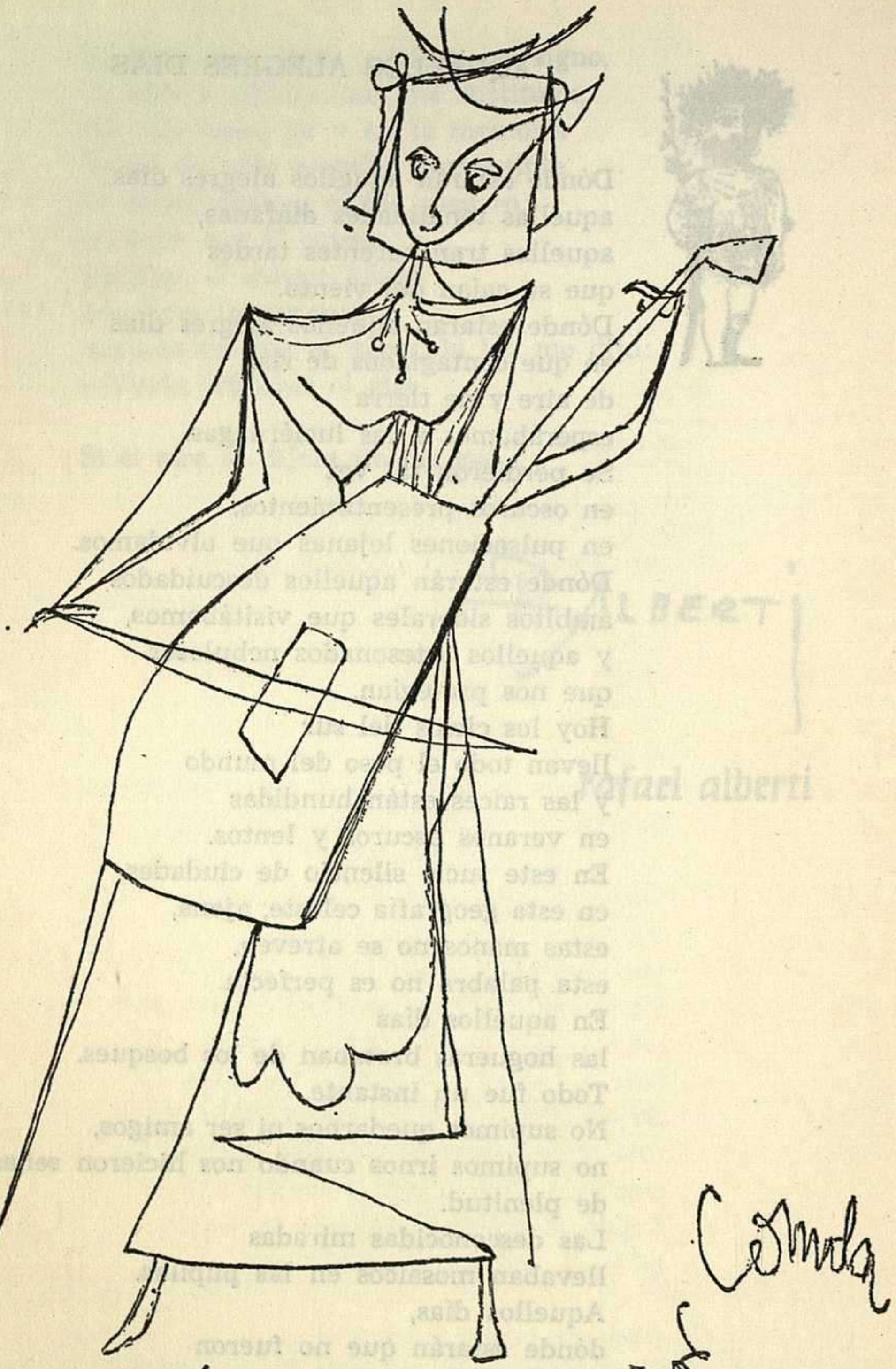
Ministerio de Cultura 2011

AQUELLOS ALEGRES DIAS

Dónde estarán aquellos alegres días,
aquellas tonalidades diáfanas,
aquellas transparentes tardes
que se caían del viento.
Dónde estarán aquellos alegres días
en que contagiados de risa
de aire y de tierra
esperábamos a las luciérnagas.
Se perdieron tal vez
en oscuros presentimientos,
en pulsaciones lejanas que olvidamos.
Dónde estarán aquellos descuidados
ámbitos siderales que visitábamos,
y aquellos artesonados nebulosos
que nos protegían.
Hoy los cielos del sur
llevan todo el peso del mundo
y las raíces están hundidas
en veranos oscuros y lentos.
En este sucio silencio de ciudades,
en esta geografía celeste, ajena,
estas manos no se atreven,
esta palabra no es perfecta.
En aquellos días
las hogueras brotaban de los bosques.
Todo fue un instante.
No supimos quedarnos ni ser amigos,
no supimos irnos cuando nos hicieron señas
de plenitud.
Las desconocidas miradas
llevaban mosaicos en las pupilas.
Aquellos días,
dónde estarán que no fueron
aquellos alegres días...

carmen s. prados

Ministerio de Cultura 2011



Homenaje para una noche creadora

Cósmica

Sagitario

Ministerio de Cultura 2011

UNA CARTA DESDE LEJOS A CERNUDA

Leve es la parte de la vida
que como dioses rescatan los poetas.

LUIS CERNUDA

Pensaba escribirte un poema, incluso lo tenía todo preparado. Había puesto tu vida en el equipaje de mi palabra y me disponía a salir a tu encuentro. Tantas cosas he sabido de tí en este andar tras tu voz, en este buscar y buscar para conocerte.

En aquella calle del Aire busqué tu *perfil* entre los pájaros y en el litoral malagueño tus huellas en la playa. Tus amigos se habían ido, no quedaba más que el rencor del pasado en otras voces y el mar.

Conocí tu semblante y esa elegancia que te servía de aposento. También tu miedo y la soledad de tu voz que traspasaba tu cuerpo como una daga indolente. Me uní a tu palabra para avanzar desde aquel *Perfil del Aire* pasando por aquel *Río, un amor, Los Placeres prohibidos,* hasta aquella *Desolación de la quimera, Ocnos* y la verdad crítica de tu memoria. Seguí y seguí sin detenerme, cruzando tus edades y el polvo del tiempo que sobre el *Deseo* había puesto la *Realidad.*

Sí, es leve esa parte de la vida que los poetas rescatan del pasado, leve y asemeja a una ráfaga de viento.

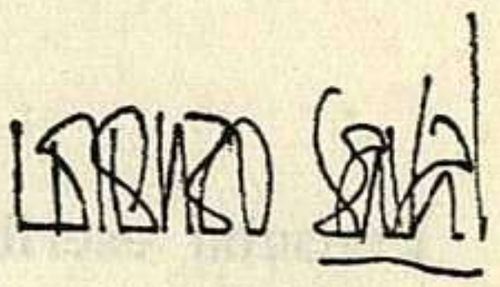
Harían falta muchas noches para escribirte. La vida es una maleta muy grande que a veces sumergimos en el olvido, pero que siempre amanece como un cuerpo en el agua. Demasiado tiempo haría falta para saber de ti, de improviso quizás me lo diga el aire.

Ministerio de Cultura 2011

He querido ir a ese lugar donde te has quedado, donde se quedan los poetas muertos, a esa isla que no está en la vida, pero tampoco en la muerte. Qué lugar más extraño para quedarse abandonado.

Ahí te envío esta carta, desde muy lejos. Quizá tarde todo el tiempo del mundo en llegarte, pero esto no importa, tú estás fuera de él como una piedra o una estatua. Tú estás muy lejos Cernuda, y también muy cerca. Los poetas no mueren, son como la palabra.

Pensaba escribirte un poema, pero mi voz se extendía hacia los bordes del papel como una ola misteriosa. Espero que esta carta te sirva para agitar un poco tu muerte hacia la vida.



lorenzo saval

Ministerio de Cultura 2011

Viven y mueren a solas los poetas
Restituyendo en claras lágrimas
La polvorienta agua salobre
Y en alta gloria resplandeciente
La esquiva ojeada del magnate henchido...

(De "Invocaciones a las gracias del mundo")

DESTERRADOS
con ufana complacencia habitamos
las ubres de un planeta dolorido
que en prodigiosos embites
inunda nuestras superficies
de bosques cónicos y densas tempestades.

Una competencia inacabada
nos confirma y embravece,
define y moldea
el grito que de la naturaleza brota
como un asteroide desgarrado.

Desde apartadas orillas,
en ramilletes y bridas de penuria y harapos,
nos llegan los despojos
de un bárbaro naufragio:
encinas heridas de muerte
océanos astillados
brotes de pérfidas pasiones
verbos en laberínticos decálogos
luna puñal y fragua que despierta
su íntimo erario;
anudar y rehacer hondas corrientes
zurcir los ojos a la luz
dar cuerpo al rayo inhabitado
sentirse cincel ardor forma
conjunción armónica de arrebatos.

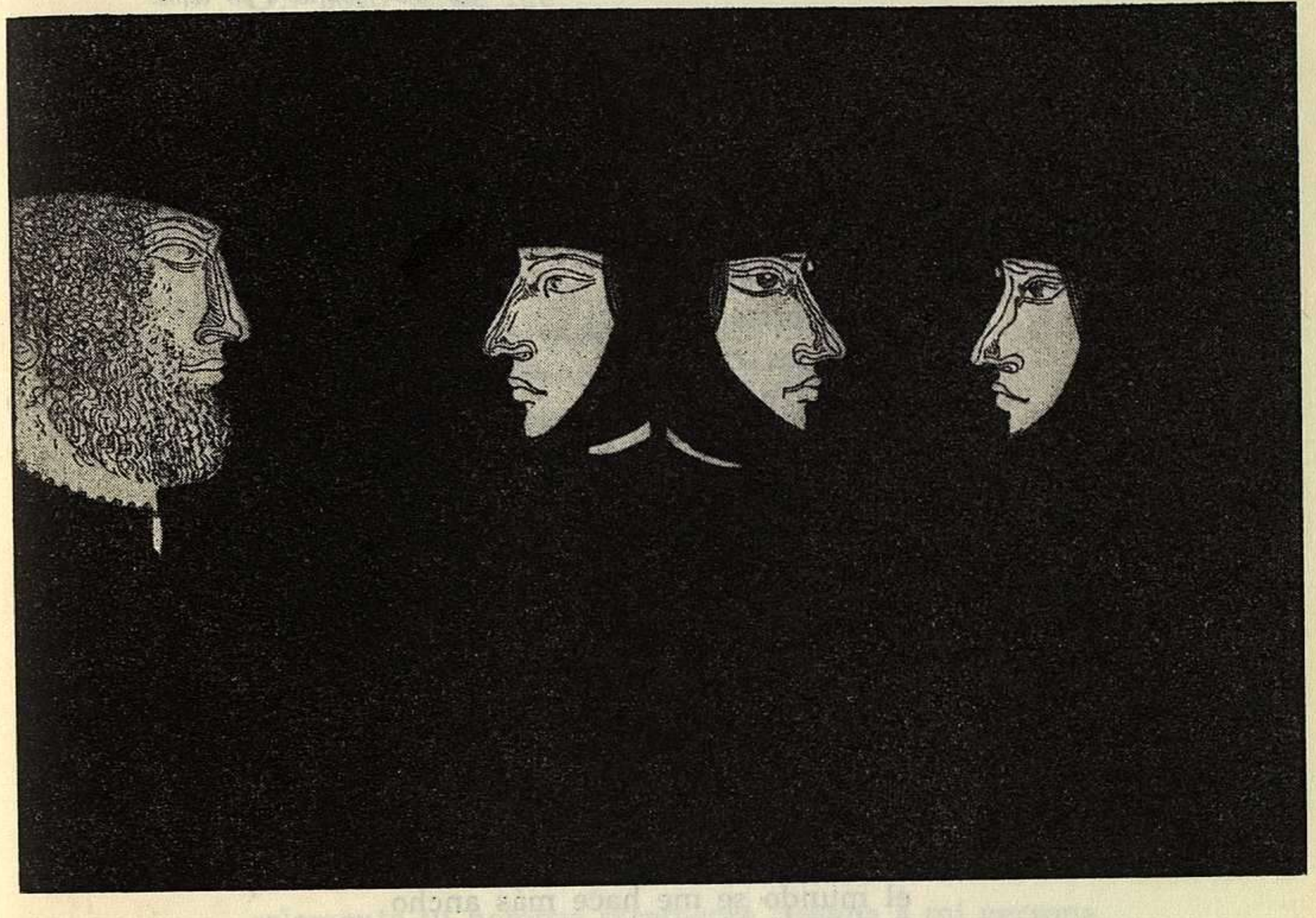
Ministerio de Cultura 2011

Poblando a capricho espacios ingrávidos,
enjugando las lágrimas que cabalgan
la tarde torturada,
plantando batalla
al cáliz que sobrevuela
este sórdido hálito,
toma razón y cordura la semilla
que expande nuestras entrañas
con afilados labios,
el arpa
que de las aguas trastoca y engrandece
su vientre engendrador
de esfinges azules y oboes mágicos;
la llaga que descubre a la aurora
calzada de estrellas y vértices opacos.

Es ésta la reencarnación de los sueños,
la penitencia redentora
de nuestra piel en la briega
que en reflejos nos devuelve,
árbol sediento
de ritmos primarios,
la imagen vedada
por pontífices y ritos vacuos.

josé luis marín solís

Ministerio de Cultura 2011



maia damadián

Ministerio de Cultura 2011

"El mar sonríe a lo lejos.
Dientes de espuma,
labios de cielo".

FEDERICO GARCIA LORCA

Muerte duradera,
en la brisa
entre las ramas
de una palmera.

Muertos que vivís
donde el azul del cielo
abraza el mar.
Muertos que miráis
nuestro olvido
de siempre.
Que oís la canción
de nuestra acordeón mendiga.

Cuando pienso en vosotros
el mundo se me hace más ancho
y se le va la muerte a la vida.

ana jordá

Ministerio de Cultura 2011

ALOCUCION A LUIS CERNUDA

Un poco tarde fue
cuando tu libro,
vasto ya e inacabado,
llegó a mí desde lejos
por mano amiga y grande.
En el incierto tiempo
que en el reparto el mundo me ofreciera
era tu nombre,
unido al de otros varios,
el que no me traía ni alegría ni pena,
sino sólo el silencio de tu vida exilada.
Desde entonces, el tiempo
que a ti con tanta lucha te venciera
fue penetrando en mí como reflejo
de esa alta soledad que has practicado
lejos del árbol que nacer te viera
y solamente fiel a la poesía.
¡Cómo iba serme posible
vencer ese silencio que rodeó tu vida!
Ni en lejana escuela, ni en la casa,
un libro con tus versos. Y en los años
pasados entre libros y entre exámenes
solamente tu nombre raramente llegaba a mi persona,
anhelante ya entonces de poesía y vida.
Si para el hombre es esencial el tiempo
en que escucha anhelante a las voces amigas,
fue tu voz la primera, una vez conocida,
entre las esperanzas y las luces.
Fueron tus cadenciosos versos,
los que sobre la triste realidad revolaban,
el único edificio que elavaba sus torres
cadenciosas y nítidas sobre las vastas ruinas.
¿Qué es el deseo? (Yo me preguntaba.)

Ministerio de Cultura 2011

Quizá la vasta realidad que me tentaba
en todas y variadas y múltiples maneras
fuera la gran respuesta a gran pregunta.
¿Puede el hombre librarse de sus fantasmas íntimos?
Cuando el jardín, abajo,
era una tentación a la hermosura,
y los espinos blancos en flor,
y las violetas, que tan temprano exhalan,
su dicha tan efímera,
el poeta pensaba tras los altos cristales
y la realidad luchaba con los deseos íntimos.
Para el poeta el mundo es lo que importa,
y el hombre en su futuro predominio de todo.
Lejos ya de los ruidos, cuando el silencio pleno,
cayendo está sobre tu yerto rostro,
tus versos engrandecen al hombre,
y al estante (como tú presentiste)
donde tus libros moran, una mano se alza,
y resplandece
tu impalpable palabra
que movía el amor.
Si para el poeta la muerte
es la victoria,
vacío el mundo de tu indeleble paso
breve es el canto en este crudo invierno
—cuando desde Madrid recuerdo tus poemas
y pienso en tu victoria, conseguida
tras lucha desigual. Es muy posible
esperar el descanso, después de haber vencido
a la palabra y a su duro reino.

josé esteban

Ministerio de Cultura 2011

A UN POETA MUERTO

A Concha Méndez
y Paloma Altolaguirre

I

Te fuiste por el hilo de la duda
de estar con los demás como contigo:
a sombra y luz a solas, sin testigo
al ser lo que en tus manos se reanuda.

"Triste sino nacer" bajo la ruda
condición de viajar sin un amigo.
Sin tú saberlo te seguí y te sigo
oyendo casi a solas, Luis Cernuda.

En la barca del agua un cielo manso
nos deja contemplar lo que tu vida
tuvo de la tormenta y el remanso.

Tu voz responderá contra las olas
del tiempo y el olvido desmedida.
Yo me quedo contigo, solo, a solas.

Ministerio de Cultura 2011

II

Por ti, el hemisferio que te nombra
sabe de la memoria sin olvido;
del tiempo que he llorado por perdido
al encontrar tu árbol sin la sombra.

Otoño que se va deja la alfombra
al pie de un nuevo aire ya encendido.
El cielo es un diamante desabrido
y el tiempo en un rincón su peso escombra.

De tu amarga heredad el vaso antiguo
graba el perfil exacto de tu viaje
y se ahonda la tierra en un viraje
que confunde el ocaso con el orto.
Tiene un ciprés el corazón ambiguo,
desnuda su palabra y queda absorto.

guillermo fernández

7 y 11 de noviembre de 1963.

Ministerio de Cultura 2011

Luis Cernuda

Ministerio de Cultura 2011

Ministerio de Cultura 2011

"EL CONGRESO DE INTELECTUALES ANTIFASCISTAS DE 1957"

EXTRACTOS...

... Nunca había oído hablar de Karl Marx. En casa y en la Facultad de Letras leíamos a los griegos, a los romanos, a los románticos alemanes, a los franceses y naturalmente a los españoles, pero a Marx, ¡no!

Fue Enrique Ramírez y Ramírez un joven que llevaba zapatos y sin calcetines, me regaló una revista: "URSS in construction", en cuya portada sonreía una chica rubia entre flores de manzano. No me asombró que Enrique no llevara calcetines, ya que en México decimos: "Aquí se roban los calcetines sin quitarles los zapatos..."

En aquellos días yo era menor de edad, en España había una guerra civil y en México se daban de bofetadas en la calle los partidarios de uno u otro bando. Los mexicanos acudían a la embajada española a enrolarse en el ejército español. "Sí, sí, pero ¿en cual bando?" Preguntaban los funcionarios. "En cualquiera, lo que quiero es ir a matar gachupines", contestaban. Al menos eso se decía...

En Madrid se lo conté a Rafael Alberti y se echó a reír: "Esta chica con esa vocecita sólo dice barbaridades". Rafael sería muy Rafael Alberti, pero yo sabía mejor lo que decía porque venía del "ghetto gachupín" o sea de la honorable colonia española. Le expliqué que un "día del grito" invitaron a mi hermana menor y a mi primo Boni a ser los pajes de la reina y la princesa de los festejos patrios en un pueblo del Sur, porque eran muy rubios y guapitos. Esa fue la única noche en que mi familia estuvo sentada en el estrado de honor, en medio de los militares revolucionarios. Mi hermana mayor y yo nos escapamos del estrado y nos metimos entre la multitud. Como éramos muy chicas sólo vimos un enorme techo de sombreros. De pronto llegó el "grito": "¡Viva Méxi-

Ministerio de Cultura 2011

co!... "¡Viva!", coreó la multitud. "¡Mueran los gachupines!" "¡Mueran!", contestaron, y mi hermana y yo huimos hasta el portón cerrado de la casa a esperar la vuelta de los criados, ya que jamás regresarían mis padres. Volvieron y ¡furiosos! Mi padre nos zarandeó: "¡Habéis arruinado el grito! Dónde andabais, los militares, la reina, la plaza entera se revolvió para buscaros. ¡Sois imposibles!"... María Teresa León, que llevaba sus trenzas rubias alrededor de la cabeza, me dio una palmada en la mejilla. ¡No me creyó!, y supe que los Peninsulares "sabían" más de los gachupines que los gachupines mismos. No en balde en México se dice que la Conquista la hicieron los indios y la Independencia los españoles... pero eso lo explicaré más adelante...

Estaba en España hacía unos días para asistir a un congreso de intelectuales antifascistas. Yo no era intelectual, ni era anti nada. Era coreógrafa del Teatro Universitario y me estaba licenciando en Letras. Mis ídolos eran los bailarines del ballet ruso de Montecarlo, pero me había casado unos días antes con un poeta invitado: Octavio Paz, que formaba parte de la delegación mexicana, compuesta por Carlos Pellicer y José Mancisidor. La delegación creció con los que se auto invitaron y llegaron a España a darme la lata acusándome de "pequeña burguesa...".

El viaje a España fue feliz. En el barco inglés *Empress of Britain* el capitán me mandó flores a la mesa porque Nicolás Guillén y Juan Marinelo hicieron correr la broma de que yo era una estrella rusa del ballet que viajaba de incógnito. "La Pacecita tiene madera de artista", decía Juan Marinelo, a quien yo por majadera llamaba Juan Martinelo, pues siempre hablaba de Martí...

En los andenes de la Gare de Lyon escuché que llamaban a Paz. Me asomé a la ventanilla, y dije: "Es éste..." Un señor rubio, muy elegante, vestido de gris, sonrió: "No. Buscamos a tu padre..." Era Louis Aragón, a quien acompañaban Alejo Carpentier, Pita Rodríguez y otros, que comentaron: "Son unos niños..."

Yo sólo quería ver el Louvre, la Tour Saint Jacques y el Palais de Justice. Había terminado a Alejandro Dumas y sabía que nunca encontraría a un escritor como él. El chófer francés me comprendió: corrió el techo del taxi, y complacido me

Ministerio de Cultura 2011

mostró los edificios, haciendo rodeos antes de llevarnos a la cena donde esperaban los escritores ocupados en Marx y ajenos a Alejandro Dumas.

Esa misma noche, después de los discursos y la cena, Pablo Neruda nos llevó a un hotelito lleno de chinches. Pasamos la noche sentados en unas sillas y amanecimos muy deprimidos. "¡Eres una burguesa, debes endurecerte!", opinó Paz. Yo había leído "Veinte Poemas de Amor y una Canción Desesperada", y esa noche comprobé su parecido con los tangos de Gardel... ¡Qué diferencia con Garcilaso! Juan Ramón escribió un prólogo en el que decía: "La poesía lugonesca y nerudona..." A mí me gustaba Juan Ramón, y un tiempo después cuando lo conocí en su casa de La Habana, me resultó incongruente su figura de Greco sentada en una mecedora tropical. Años más tarde, don Luis Araquistain, me dijo: "Juan Ramón siempre fue un maniático. Tiene horror de la gente, una tarde fui a su casa para pedirle una colaboración para "Leviatán" y una voz salió de detrás de un biombo, y dijo: "Juan Ramón no está en casa", y el biombo cruzó el salón de puntillas y desapareció por una puerta. Qué le parece, doña Elenita"... A mí me pareció muy bien...

Ese día, en París, Alejo Carpentier nos llevó a la Exposición Universal en la Plaza del Trocadero. La estatua de una pareja joven avanzando contra el viento sobre un pedestal era el acceso al pabellón soviético, en donde había maquinaria aburrida y un mapa de Rusia hecho en jade, diamantes, esmeraldas, rubíes, perlas y oro. El mapa era una joya deslumbradora. "Las joyas son para el pueblo", me dijo Alejo. "¡Ah, como en la Iglesia!", contesté. En un salón había los retratos pintados al óleo por Guerassimov, de todos los mariscales soviéticos. "Académicos, gusto staliniano...", comentó Paz en voz baja, pero a mí me gustaron más que el *Guernica* que estaba en el pabellón español y que me pareció hecho con recortes de papel periódico...

Al oscurecer de ese día tomamos el tren para llegar a España. Paz quiso dejar el equipaje en el hotel lleno de chinches y no anotamos ni el nombre ni la calle del hotel. "No llevamos ropa. Vamos a un país que sufre...", y sólo cogí dos trajes de hilo. En el vagón iban André Malraux, con los cabellos rubios y los ojos claros muy inquietantes, André Chamson,

Ministerio de Cultura 2011

Guillén y muchos otros. Descubrimos que no había luz ni agua. "¡Nos sabotean!", dijo Mancisidor. "¡Pobre Mancisidor!", comentaba Rafael Alberti con malicia, pues en el palacio de los duques de Heredia Spínola, de Madrid, en donde estaba instalada la Casa de la Cultura, encontró un manojo de cartas del duque hablando de un empleado suyo, al que se refería siempre como "el pobre Mancisidor"... "¿Ves, tú? ¡Es famosísimo!", decía riendo.

Por la mañana, al llegar a la frontera española, los intelectuales se dividieron y Malraux, acompañado de unos amigos, entró por una vereda en la montaña, mientras que nosotros tomamos un trenecito viejo, cruzamos un túnel y aparecimos en Port Bou. Allí, una comisión oficial del pueblo nos llevó a la playa:

—¡Mírenla! Ahí la tienen, camaradas, una bomba con conciencia de clase. ¡No estalló! —y nos mostraron una especie de huevo enorme de hierro que yacía sobre la arena.

Los escritores comentaron ecomionados a aquella bomba con conciencia de clase y me miraron con ojos acusadores.

Por la tarde llegamos a Barcelona y nos hospedaron en el hotel Majestic, en el Paseo de Gracia. Encontré a la ciudad tristísima con los árboles rotos y sin tropas victoriosas y quise irme en seguida de España. Los intelectuales hablaban en voz baja del "POUM". "El POUM", yo conocí a los delegados que fueron a México: los Farel, Costa, Sanchis y Rebull. La cuñada de Diego Rivera, Cristina Khalo, los acompañó a la estación...".

—¡Embustera! Nunca conociste a los del POUM. —me cortó Paz, y me prohibió abrir la boca. Los intelectuales se enredaron en una discusión ininteligible...

Por la mañana, salimos a Valencia, sede del congreso. En la carretera había muchos coches volcados. "Los camaradas los incautaron y no sabían guiar", dijeron Paco y Antonio, los chóferes milicianos. Encontrábamos campesinos enlutados que levantaban el puño, y decían: "¡Salud, camarada!", otros levantaban las manos enlazadas, y a Pellicer y a mí nos gustó el saludo. Ignoraba que uno era el saludo comunista y el otro el anarquista, y que las ideologías eran distintas....

Hacia las tres de la tarde, llegamos a Valencia. Hacía mucho calor y nos llevaron a un casino en la playa, en donde Juan

Ministerio de Cultura 2011

Negrín ofrecía una paella a los intelectuales. Entre tanta gente nos sentimos perdidos, éramos unos paletos. Un hombrecillo parecido a un duende se me acercó acalorado: "¡Oye! ¿Has visto mi cigarro? Lo perdí, ayúdame a buscarlo debajo de las mesas". Los dos nos pusimos a cuatro patas. "Oye, ¿tú quién eres?", me preguntó. "¡Nadie!", dije. "¡Muy bien! Yo soy Akarió Kotapós, Akarió Kotapós, Akarió Kotapós, músico chileno...", repitió.

—¡Camarada Paz, te busca tu compañero! ¿Qué haces en el suelo? Soy Arturo Serrano Plaja —dijo un joven de nariz pronunciada y pantalón de hilo. "¡Aquí está mi cigarro!", interrumpió Akarió Kotapós...

Serrano Plaja nos llevó a la apertura del congreso. El local estaba abarrotado. Abajo, en el centro, habían colocado el estrado y allí estaba Juan Negrín. Entró un hombre intensamente pálido, con muletas y rostro hermoso, y José Bergamín anunció, con voz mesurada y ademanes elegantes, a Gustav Regler, herido en el frente...". El nombre levantó oleadas de aplausos. "¡Mira, ahí está la delegación soviética. Ese es Tolstoi", dijo Serrano Plaja, señalando a un hombrón rubio y de piel sonrosada, sentado junto a un hombre triste, de tez pálida y traje y cabello gris. "El otro es Ilya Erenburg", dijo Plaja, con cautela. "Tuvo dificultades. ¿Verdad?", preguntó Paz. "Están superadas", contestó Plaja. "Ya hablé con ellos y les dije que Trotsky es un agitador magnífico", exclamó Pellicer, con voz de trueno. Negrín había dicho unas palabras y Bergamín anunció a Tolstoi como al primer orador. ¡Era difícil sumergirse de pronto en el enigmático lenguaje marxista, se diría que hablaban un idioma cifrado. Entendí que a Tolstoi no le gustaba Trotsky, sobre todo cuando Pellicer exclamó: "¡Ahí lo tienen, atacando al gran agitador...!"

Serrano Plaja nos mostró a Ludwig Renn, un hombre alto, flaco, de gafas, rodeado de otros personajes, entre los que se encontraba Ana Seghers, con aire de institutriz bondadosa. A los dos los volví a ver en México, así como a Gustav Regler, que llegó una noche al piso de Pablo Neruda, muy pálido, y enfadado. Gustav Regler se instaló a vivir en Cuernavaca, y a principios de los años sesenta murió en la India, en un viaje de placer. Supe que tuvo disgustos: la frase, "Revolución permanente", dividió a los comunistas en varios bandos.

Ministerio de Cultura 2011

Los españoles formaban las comisiones y Manolo Altolaguirre, Juan Gil Albert y otros andaban muy atareados. Faltaba Luis Cernuda. "En la sierra leía a Virgilio. Don Alvaro Albornoz lo nombró canciller en la embajada de Polonia y en la estación perdió el portafolio con las claves", nos dijeron. Luis Cernuda se había vuelto invisible...

Nos encontramos solos en la calle cargando la maleta y provistos de un papel que nos regaló Serrano Plaja con una dirección en la calle de la Paz número... último piso, en donde debíamos dormir. Pero no encontramos la calle y nos metimos a un café en el que un joven muy rubio tocaba el piano y cantaba:

"A la entrada de Valencia
lo primero que se ve
son los cuatro enchufistas
que están tomando café..."

Era Herrera Petere. Cantaba muy bien y parecía un galán de cine, ¡de aquella época en la que no cualquiera podía ser galán! Petere dejó de cantar: "Sois los mexicanos?, pues daos prisa, la ciudad permanece a oscuras."

Era imposible encontrar la calle, todas las gentes que cruzábamos eran de Málaga... la ciudad quedó a oscuras y pisábamos pozos sin fondo. Un miliciano, compadecido, nos llevó al portal del edificio y subió con nosotros al último piso. Nos encontramos en una especie de vestíbulo enorme con piso de mármol, techo de vidrio como el de un invernadero y una columna en el centro. Al pie de la columna y sentada en una silla baja, estaba una vieja enlutada. Alrededor del vestíbulo, muchas puertas cerradas. La vieja, al vernos, empezó a gritar: "¡Ay Dios mío, Dios mío!, más asesinos en mi casa!" El miliciano le ordenó: "¡Calle, abuela!" La vieja aumentó los alaridos y todas las puertas se abrieron al mismo tiempo y aparecieron hombres en camiseta que gritaron a coro: "¡Calle, abuela!" La abuela no calló.

El cuarto que nos reservó Serrano Plaja estaba ocupado por un hombre cuya ropa colgaba en una percha. Los hombres en camiseta ordenaron: "¡Hala!, a dormir y si ese llega no abrais!" El cuarto era estrecho y la cama estaba usada por aquel desconocido: "¡No duermo!", dije. "¡Pequeña bur-

Ministerio de Cultura 2011

guesa!", contestó Paz. Nos pusimos la ropa de dormir y alguien golpeó con furia a la puerta. Paz se llevó un dedo a los labios en señal de silencio. Los golpes aumentaron: "¡Abran en nombre de la Policía!", gritó un vozarrón que nos dejó pegados al suelo.

Abrimos. Tres milicianos dijeron: "¡Papeles!", vieron el pasaporte y se marcharon. Me senté en el borde de la cama a reflexionar: no me gustaba la guerra, echaba de menos a mi casa y al baile. "Estos intelectuales ni bailan ni duermen", pensé. Un ruido infernal se desató sobre la ciudad: "¡Buuu...!", al mismo tiempo que una voz surgida de las tinieblas anunció: "¡Al refugio, al refugio, el peligro es por aviación", repitiendo la frase sin descanso. Por la ventana vi caer una lluvia de luces azules: "¡Es el fin del mundo!", grité y bajé las escaleras descalza, con las trenzas sobre la espalda y metida en un camisón de gasa lila muy escotado. Las mujeres bajaban abrochándose las blusas negras y tres de ellas me detuvieron en el portal: "¿Adónde vas desnuda?... ¡Desvergonzada!... ¡A esto vienen las inglesas!" Me sujetaron y subieron a la habitación en donde encontramos a Paz amarrándose las alpargatas que habíamos comprado en Port Bou: "¡Cobarde!", dijo. Me vestí y alcanzamos la calle oscura por la que corría la gente. Llegamos a un refugio vigilado por cuatro milicianos que anunciaron: "¡Completo!" Y la voz gigantesca continuaba ordenando: "¡Al refugio, al refugio...!" Encontramos un sótano que nos aceptó. Era peor: había mosquitos, niños llorando, mujeres acurrucadas en el suelo, y hombres maldiciendo: "¡Como caiga aquí un bombón, tapa la entrada y quedamos aquí como ratas!" Una cantinela llenaba el refugio: "Hijos de puta... Hijos de puta... Hijos de puta..." Nunca volvimos a un refugio. Salimos de ahí a las nueve de la mañana y pasamos por el Café de la Paz, en donde Vicente Sainz, con traje de verano y camisa blanca, nos saludó. Paz estaba sucio y desmelenado. A Vicente le había tocado un buen hotel. Le pedí que cambiara su cuarto por el nuestro y se negó, tampoco Pablo Neruda, que me llamaba: "Mijita" quiso hacerme el favor y odié a los dos "viejos" egoístas.

—Chicos, perdonen. Andamos muy escasos de alojamiento y como son los más jóvenes... —y nos llevó a un hostal, en el

Ministerio de Cultura 2011

que las habitaciones estaban divididas por sábanas colgantes. "¡Vístete como Dios manda. Ponte corbata!", le dije a Paz. "¿Corbata?, ¿corbata? Tú vas a provocar que me fusilen", contestó. Era una opinión. Vicente Huidobro, Julián Benda, André Chamson, Claude Avelin y hasta el mismo Ilya Erenburg usaban corbata...

Los intelectuales andaban atareados con el congreso y "las ponencias". Yo, con el miedo. Manolo Altolaguirre, con los ojos canela clara y la sonrisa infantil, me aseguró: "Elenita, no te preocupes, yo también tengo muchísimo miedo. Mira, le estaba escribiendo a Conchilla, para que volviera con Palomita y justamente, en el momento en el que escribía: "Conchilla, puedes volver, estoy mirando la cuna de Palomita y no sucede nada", se produjo una explosión, desapareció la cuna y el cuarto y yo me quedé agarrado a una camisa. ¡Claro que Conchilla y Palomita se quedaron en Londres...! Y Manolo miró al cielo. Se comentaba mucho el misterio del matrimonio del poeta angelical Altolaguirre con la feroz campeona de natación Concha Méndez... A Manolo lo vi muchas veces durante muchos años. La última vez fue unas semanas antes de matarse en un accidente de automóvil en España, con su nueva mujer, la cubana María Luisa Gómez Mena. Manolito nunca dejó de visitar a Conchilla en su casa de Coyoacán, dentro de la que crece un árbol frondoso y Concha ha abierto el techo, para que su copa salga al cielo. Allí, en un cuarto junto a la cocina vivió Luis Cernuda mucho tiempo. Un día murió en ese cuarto de criados, como corresponde a los poetas... ¡y terriblemente solo!

En el congreso revoloteaba una chica rubia que llevaba una camisa de punto color miel con motas blancas exactamente igual a la mía. La chica tomaba fotos con rapidez y tenía el aire melancólico de un canario extraviado, se llamaba Gerda Tarro y me llamaba la atención no sólo su camisa, sino su nombre tan parecido al mío. Gerda y su marido, Robert Kapa, otro fotógrafo, formaban una pareja muy hermosa. El tenía el cabello oscuro y los ojos vivaces de color violeta. Eran húngaros y a ambos los envolvía una aureola trágica, romántica, de aventureros jóvenes bellos y enamorados. Cuando el congreso se trasladó a Madrid, Gerda y Kapa aparecieron allí con sus cámaras al hombro...

Ministerio de Cultura 2011

Entramos a Madrid por la Alameda de Osuna, en un atardecer dorado y polvoriento. El paisaje era plano y el cielo alto, unos árboles melancólicos daban la entrada a la ciudad palaciega construida en piedra gris. Los chóferes Paco y Antonio nos depositaron en la puerta del Hotel Victoria, en la Plaza del Angel. Cruzamos el enorme portón de madera que llevaba a un elegante vestíbulo de piedra, en el que desembocaba una escalera que conducía a un saló enorme con ventanas a la Plaza Santa Ana. El salón hacía de comedor y lugar de reunión. Junto a un muro había un piano...

Nos tocó una habitación en el tercer piso con mirador a la Plaza Santa Ana. Todos teníamos miedo. "No temas, en Madrid sólo caen obuses", me aseguró Manolo Altolaguirre. El hotel tenía cortinas negras, y estaba prohibido encender la luz antes de correrlas. "Son un blanco para los rebeldes que están ahí. Además está la Quinta Columna". Eso de Quinta Columna me sonó a cuento fantástico.

El congreso se abrió en Madrid en el Auditorio de la Residencia Estudiantil. Había muchas cámaras de cine y Gerda y Kapa tomaban fotos a gran velocidad. La mañana era radiante y en el bar instalado en el patio del local, se agolpaban durante los descansos los escritores, los fotógrafos y algunos ministros. Por ahí andaba Jesús Hernández, que no tenía cara de ministro o al menos así me pareció. Vicente Huidobro estaba preocupado porque Pablo Neruda había prohibido dirigirle la palabra. Huidobro era amable, de maneras fáciles y conversación brillante, pero era chileno... y las rivalidades son terribles.

Al atardecer, José Mancisidor y Juan Marinelo estaban tristes, se sentían discriminados porque no los habían nombrado presidentes de algo. Nicolás Guillén, en cambio, se paseaba risueño muy cerca de Alberti. En la noche los intelectuales se reunieron en los sótanos del hotel a discutir. Yo cabeceaba junto a una columna y escuché decir a Malraux, que estaba rodeado de un grupo pequeño: "Si el imbécil de Mancisidor lleva esa acusación contra Gide, me retiro del congreso". Jeff Last, el joven secretario de Gide que combatía en España, aprobó sus palabras. José Bergamín dijo algo en voz baja y yo no le dije a nadie lo que había oído. Fue casi lo único que entendí en el congreso. Miré a Jeff Last en la penumbra del sótano y recordé que alguien había cantado en la mañana:

Ministerio de Cultura 2011

"Y los molinos de Holanda
giran, giran sin cesar
preguntando con el viento
donde se encuentra Jeff Last..."

Una señora vestida de negro, con el pelo cortado a "la garzón" y fumando en una boquilla larga, se me acercó. Su amabilidad me dejó aplastada. Era María Zambrano, la mejor discípula de Ortega y Gasset, después o antes que Julián Marías. Supe que había enojo con Ortega y que Bergamín le escribió una carta terrible a Victoria Ocampo, en cuya casa de Buenos Aires se alojaba el filósofo español. A María Zambrano la vi muchas veces en España, en México y en París, en donde en alguna ocasión se alojó en mi casa. Recuerdo que cuando desayunaba en la cama decía: "Elenita, hoy amanecí muy cartesiana..." Ahora nadie la recuerda o sólo hablan de sus gatos... ¡Y María me pareció siempre una pitonisa! En el Café del Pont Royal, en París, cuando le presenté a Adolfo Bioy Casares, me enfadé con ella, porque no le gustó "Ese señorito literato..." En una ocasión me contó que unos días antes de que empezara la guerra española, vio las calles de Madrid con grandes charcos de sangre. Le creí, pues posee el don de la adivinación. La encontré la última vez en París, en mi casa, estaba triste, pero guardaba su inteligencia y su voz elegante...

A Mancisidor le pregunté: " ¿Por qué no vino Gide?" "Rubita, en España no queremos traidores", contestó. Mancisidor tomaba notas para su libro: "Diario de una Madre Española". Lo miré asombrada. "¿No sería mejor que fuera padre?", le pregunté. "No, rubita, el padre ya murió en la guerra", contestó. Yo le tenía mucho afecto a "Manci" como lo llamaba, pues siempre que los mexicanos, que empezaban a llegar a Madrid, se reunían para juzgarme por "mi conducta burguesa" él tomaba mi partido"...

En el Hotel Victoria apareció Juan Chabás, "el hombre más guapo de España". "¿No sabes que le quitó una amante al rey?", me preguntaron. Me quedé estupefacta. En mi casa había un retrato al óleo de Alfonso XIII, y cuando me tardaba en comer las lentejas, la chacha española me decía: "¡Come, que saca la mano el rey y te da una bofetada!" Juan Chabás

Ministerio de Cultura 2011

era alegre, le gustaba reír, tenía los ojos claros, muchas canas y usaba botas altas. Me divertía contarle las tonterías que decía un pintor mexicano de bigote largo y ademanes trágicos. Cuando Chaves se enteró, me hicieron un "juicio".

Por las mañanas desayunaba sola en el comedor del Hotel Victoria. José Bergamín y André Malraux, dos estrellas fulgurantes del congreso ocupaban una mesa junto a una ventana. Eran amables y me invitaban. Una mañana, Malraux me puso sobre la cabeza una peineta con tres esferas azules muy pequeñas y me llamó: "Angelito". Me dejó anonadada... en el lado opuesto, en una mesa junto al muro estaban Tolstoi e Ilya Erenburg, fumando y observando aburridos a los demás. En las mesas del fondo estaban los corresponsales extranjeros fumando "Lucky Strike" y en Madrid había la psicosis del tabaco. "¡Tú, pequeña, que tienes tipo de yanki, pídeles cigarrillos!", me decía León Felipe, que había vuelto a España, después de escribir "*Good Bye Panamá*". Yo no había leído el documento, pero se decía que era formidable. Al volver con los cigarrillos, León Felipe golpeaba el suelo con su cachaba, se mesaba las barbas recortadas y repetía: "¡Ese sinvergüenza de Wenceslao, me quiere matar!" Bertuca, su mujer, era mexicana, alta, gruesa, de piel cetrina, labios apretados y cabello al rape. Era maestra de escuela, usaba trajes sastre y hablaba un inglés perfecto. Trataba de callar a León Felipe. "¡Pequeña, explícale a Bertuca que los españoles llevamos un hacha al hombro". Yo trataba de explicárselo a Bertuca, pero ésta me decía: "¡Calla, mocosa!" Con León Felipe daba paseos, había sido actor y farmacéutico y había inventado el "guacamole", en Africa.

Rafael Alberti nos llevó a la Ciudad Universitaria. Había que cruzar corriendo un tramo abierto para llegar a la Facultad de Letras. El edificio estaba tan roto como los que lo rodeaban. Las ventanas tenían los vidrios destrozados y algunos milicianos apostados al muro, sacaban las puntas de sus rifles para cazar a "los otros" instalados en una facultad vecina. "Mira", dijo Rafael y mostró, con velocidad, un hombro y una bala pasó zumbando. "No dirás que los españoles somos malos tiradores", comentó. Aquella guerra de edificios me dejó deprimida. Los milicianos parecían muy cansados, hablaban en voz baja, para que no escucharan los "otros", había botellas

Ministerio de Cultura 2011

rotas, colchones tirados en el suelo destrozado y algunos dormían a plena luz... No me gustó la Ciudad Universitaria... Prefería el Paseo de Rosales. Paco y Antonio, me habían conseguido un pase militar para visitar Argüelles, que era zona de guerra y mientras los intelectuales se reunían, yo bajaba por alguna calle abandonada, por la que corría el agua de las cañerías rotas hasta el Paseo. Las fachadas estaban abiertas y se contemplaba el interior de los edificios, como si se hubieran quedado encueros. La misma cocina, el mismo baño y las mismas habitaciones se repetían de abajo a arriba... Sobre el muro de un salón pequeño estaban tres fotografías de novios: los abuelos, los padres y los nietos. ¡Eran inquietantes! Casi tan inquietantes como el silencio o los quioscos y las sillas retorcidas que había en la soledad del Paseo de Rosales, en cuya orilla había una trinchera abierta y amueblada con tresillos desgarrados y polvorientos. "Un día te van a dar un morterazo", me dijo el miliciano que me dejó pasar a la zona de guerra. Lo que sí tiraban en cuanto aparecía eran tiros, pero yo corría a la trinchera y espiaba la arboleda espesa en la que estaban los franquistas. Invité a Paz, a Pellicer y a Chávez. Bajamos muy tranquilos hasta el Paseo de Rosales y allí nos recibió un tiroteo. Corría a la trinchera y los otros me siguieron. "Ahora, nos van a dar un morterazo", dije. Pellicer y Chávez estaban lívidos. Paz decía: "¡Esto es magnífico!". Corrimos a lo largo de la trinchera y salimos uno por uno en medio de una lluvia de balas. "Me han enfermado del hígado", se quejó Pellicer. "Nunca más acetaré una invitación suya, niños heroicos", pero estaba disgustado. Pensé que habíamos visto un pedacito de guerra, ¿que no habíamos venido para eso?

Con Paco y Antonio arreglé un viaje al Escorial, pues León Felipe tenía urgencia de verlo. Los chóferes consiguieron la gasolina y cuando íbamos a montar al auto, nos encontramos a Tolstoi y a Erenburg instalados en el automóvil. Hice un berrinche y Alberti me dijo: "¿Cómo te atreves a chillar así?" Pero Tolstoi y Erenburg bajaron del auto, me dieron un beso y nos fuimos al Escorial seguidos de un grupo enorme en el que iban Tolstoi y Erenburg.

En la celda de Felipe II, León Felipe se detuvo largo rato. La Tumba de los Reyes era como el descenso al Hades. Al Escorial lo rodeaba un océano de piedra para defenderlo de los

Ministerio de Cultura 2011

intrusos. Sus jardines solemnes y geométricos y la Silla de Felipe II rodeaba de aquel mar de piedra encrespada estaban cargados de silencio y volvimos pensativos a Madrid. Sobre las fachadas de los edificios había cartelones gigantescos con una boca y un dedo sellándola: "¡Silencio!" Junto a él otro cartelón igual con una oreja enorme: "¡El enemigo escucha!" El Escorial ordenaba más silencio que aquellos carteles, ya que los madrileños hablaban sin parar: "¡Están pasando tropas...!" "¡Va a haber un fregao!"... Por la noche, un ruido como el de un temblor de tierra sacudió a Madrid. Venía de lejos y parecía acercarme. Las sirenas de las ambulancias cruzaban las calles oscuras. "¡Es la batalla de Brunete!". Los intelectuales se sentaron en los escalones que llevaban al vestíbulo y esperaron a oscuras. El portón estaba cerrado, sólo faltaban los intelectuales que formaban la "Heroíca Brigada de Cuenca", como llamaban al grupo de escritores encabezados por el anciano Julien Benda, que iban a dormir a esa ciudad por hallarla más segura. De pronto, un grupo de hombres enfurecidos golpeó el portón y los hombres entraron rifle en mano.

—¡Aquí hay un "carca" que hace señales al enemigo desde una ventana iluminada! ¡Van a bombardear el hotel!

—¿En qué piso está ese "quintacolumnista"? —preguntó Pablo Neruda que ocupaba el primer escalón.

—¡En el tercero! —contestaron los hombres mirándonos con ojos llenos de chispas de ira.

—¡Es mi ventana! —grité y subí corriendo la escalera. Llegué a mi piso y apagué la luz. El hotel parecía vacío. Bajé despacio para recobrar alientos. Los milicianos me echaron una linterna a la cara:

—¡Es una chiquilla! —y se marcharon.

—No me hable "mijita", es usted una inconsciente, pudieron matarnos a todos —dijo Pablo Neruda.

Los demás rieron del incidente.

Sucedió una tragedia: Gerda Tarro, la jovencita parecida a un canario, murió en Brunete. Cuando las tropas se retiraban, ella saltó a un auto y un tanque la arrolló. Su viudo Robert Kapa estaba desolado. Muchos años después encontré en Azcona a una vieja húngara, pronto descubrimos que nos unía Gerda y Kapa. Ella los había conocido en Budapest cuando vivían un amor loco en una bohardilla. De ahí marcharon a

Ministerio de Cultura 2011

París y después a España. A Kapa lo vi en París, en México y en Nueva York, siempre con su trinchera arrugada y su aire suicida. Como Gerda, murió fotografiando otra batalla en Indochina. Robert Kapa nunca volvió a casarse...

El Campesino se presentó en Madrid para asistir a un enorme mitin y en un palco estaban Rafael Alberti, María Teresa León y Kolsov, el director de "Pravda", el diario soviético de más importancia. Kolsov era más bien bajo de estatura, fornido y de cabello tirando a claro. Tenía un curioso defecto en la dentadura, lo que no le impedía sonreír constantemente. Nos llamaron al palco y Kolsov nos examinó con amabilidad. "No hay que competir con los camaradas soviéticos, ellos han enviado tanques y nosotros sólo rifles, no se hagan notables", nos habían recomendado los mexicanos. Y ante Kolsov, Alberti y María Teresa permanecimos mudos... Más tarde, cuando el congreso se había ido de Madrid y se detuvo en Peñíscola, para una comida, llegó un auto sport y de él bajó Kolsov, vestido con un traje color canela de verano, los argentinos se estremecieron al verlo, pero Kolsov pasó delante, estuvo unos minutos y desapareció en su automóvil...

En Minglanilla había habido un banquete, y a pesar de la prohibición de los compatriotas, Steve Spender y otros nos invitaron a salir al balcón de la Alcaldía... tal vez estaba triste o estaba cansada y quería volver a casa, el caso es que lloré. Cuando apareció el libro de Steve Spender nos dedicó una línea que Paz me leyó triunfante: "El guapo poeta Octavio Paz y su bella y joven mujer que en Minglanilla se puso histérica...". Nunca le perdoné la frase. Tenía razón José Bergamín cuando juntaba las manos, miraba al suelo y decía: "Hay que comportarse bien por los ingleses"... Años más tarde, cuando en París, Aldous Huxley, me encontró encantadora, no dije una palabra. ¡Había aprendido la lección! André Malraux era distinto, se permitía tener "tics" y los cubanos, españoles, alemanes, también se exaltaban...

En Barcelona, Pablo Casals, dio un concierto. Companys presidía en un palco y nos invitó a estar a su lado, unos momentos. Era pálido, rubio y con una sonrisa extraña... El congreso se marchó a París y nosotros volvimos a Valencia, en donde encontramos a Miguel Hernández a quien quise mucho. No olvidaré jamás como partía los melones con una navaja

Ministerio de Cultura 2011

resortera que sacaba del bolsillo de su pantalón de pana... tampoco olvidaré las fotos de Josefina, que me mostraba con orgullo. Lo vi en diciembre de ese año cuando estábamos en París con León Felipe y con Bertuca dedicados a jugar al "futbolito" en los cafés. Miguel volvía de la URSS y fuimos con él al "Folies Bergere", cuando salían las chicas con los pechos desnudos, Miguel me cubría los ojos con la mano. "Estas cosas no las debe ver esta chica...", opinó. En Valencia también, cuando me escapaba a la playa, veía todos los días a un inglés tendido sobre una toalla blanca y con un bañador azul. Nadie se bañaba, sólo aquel solitario y yo. Los chiringuitos estaban cerrados y la playa desolada. No fue él quien me dirigió la palabra, fui yo: "¿Usted es inglés?"... "No. Soy español". "Pues tiene un color más bonito que el mío", dije. "Es que hace más tiempo que vengo a la playa", contestó. "Yo casi no puedo venir. Estoy casada con un poeta y a esa gente no le gusta el deporte...", dije. El joven rubio enrojeció aún más: "Yo también soy poeta, me llamo Luis Cernuda", dijo... Concha Albornoz era su única amiga...

De París nos escribió Carlos Pellicer, estaba en una clínica haciéndose un tratamiento de hígado debido a los sustos que pasó durante el Congreso de Intelectuales Antifascistas en España...

elena garro

Ministerio de Cultura 2011

Ministerio de Cultura 2011

punto final

El continuo enfrentamiento de LITORAL con la generación del 27, produce sobre mi ánimo muchas horas depresivas, algo así como una angustia interior, de la que me cuesta trabajo desprenderme. Ella sujeta mi pluma y siento algunas veces deseos de no escribir, como si ese ¿para qué? en que me ha precipitado el desánimo en más de una ocasión tomara carácter de muro infranqueable.

En el número de Miguel Hernández ya sentí esa sensación ante su muerte entre barrotes de cárcel cercado por el hambre, el abandono, la pobreza. La vida atormentada de César Vallejo, su "España aparta de mí este cáliz", me llevaba angustiado a ese mundo sobrecogedor de la impotencia ante la injusticia. Todas esas sensaciones no han sido menores en este enfrentamiento con Luis Cernuda, en su abrumadora soledad, rodeado de silencio e incomprensión; este extraordinario poeta oscurecido que muere en solitario en la casa de Concha Méndez en México y sólo tiene al final la compañía de un joven poeta que le admira, cuando se van agotando las energías de Concha, de Paloma, de Francisco Giner y Joaquín Díez Canedo y escribe aquella noche los dos sonetos que Francisco ha incluido en este número...

Ministerio de Cultura 2011

Y así Antonio Machado, solo, sin dinero, "vacío de equipaje" huyendo, huyendo hasta el borde de la frontera de España en el pueblecito fransés de Collioure para encontrar la muerte... y Pedro Garfias destrozado por el alcohol...

¡Cuánta injusticia, Señor!

Leer y releer a Luis Cernuda provoca una mezcla de entusiasmo e indignación. Luis Cernuda es sin lugar a dudas un poeta cuya trascendencia en la literatura contemporánea, adscrito a la generación que sea, o a la que no sea, no ha tenido en España el reflejo que merece. Habrá que esperar, sí, habrá que esperar a esos actos de justicia que impone el tiempo sobre las circunstancias de una época, cuando se barre la basura, llueve fuerte y sale el sol.

Cuando muere Luis Cernuda, el 5 de noviembre de 1963, había cumplido 61 años. Apenas a través de "Insula" y el homenaje que en el año 1955 le dedica "Cántico" existe en España su presencia poética.

Sevilla es el lugar de su nacimiento, vive un tiempo en la calle del Aire que nos ha recordado el poema de Rafael Alberti incluido en este número. Pedro Salinas es su profesor de Literatura y Bécquer entonces y siempre como una sombra a su lado. Estas dos influencias aparecen muy marcadas en el futuro.

En esa calle del Aire surgirá su *Perfil del Aire* que publicarían Emilio Prados y Manolito Altolaguirre en el cuarto suplemento de LITORAL. LITORAL, principio y fin. En México está enterrado junto a Emilio Prados, en Madrid vivió en el piso encima del que ocuparan Concha Méndez y Manolo Altolaguirre en Viriato 73, y es en casa de Concha en México donde vive sus últimos días y donde repentinamente le sobreviene la muerte. En LITORAL publicará los primeros poemas de *Un río, un Amor*, en 1929, y en Málaga unido a LITORAL transcurren horas felices sobre su innato aislamiento por aquellos años de 1926 y como comenta Darío Carmona, soñaba en quedarse para siempre, junto al mar, el mar de que nos habla Elena Garro y que le daba una extraña sensación de libertad, un amplio camino para huir. Porque Luis Cernuda sintió aquel principio de surrealismo como todos los poetas de aquella generación, pero quizá de manera más profunda que otros. El burgués educacional que configuró su nacimiento, luchaba de

Ministerio de Cultura 2011

continuo con su rebeldía social, con su innato descontento con unas fórmulas ambientales, que habían de producir un radicalismo antiburgués. Quizá ello motivara ya antes de 1936 su eventual adhesión a la revolución comunista en "Octubre" la revista que dirigiera Rafael Alberti, antes del comienzo de la guerra.

En el número de LITORAL está una amplia síntesis de Luis Cernuda. Es un número que queríamos haber hecho hace tiempo, que anunciábamos desde el principio. Puede que sea esta la hora, cuando algo de clarificación se va imponiendo sobre el pasado.

El trabajo que nos entrega Elena Garro ha sido para mí una pura delicia en su lectura. Luis Cernuda aparece allí en su soledad, pero dentro de un entorno y esa visión de unas horas vividas, expuestas con fácil sencillez, tiene tal sabor auténtico, que se siente uno trasladado a un mundo que aunque parte de un pasado, aparece vivo y real hoy todavía.

No es un cántico más al poeta, ni una apreciación de sus valores, es así muy sencillamente la colocación del poeta sobre todo lo que fue su vida. Porque a los poetas de esa generación, se ha tratado como de sacarlos de su autenticidad, como abstrayéndolos en su escueta poesía, muchas veces censurada, que estaba parida en días y noches de un tiempo, un tiempo del que unos y otros al sacarlos tímidamente a la luz aquí en España querían prescindir. Un tiempo trágico y cruel para muchos de ellos, un tiempo que iba del miedo a la desesperación, de la pobreza a la soledad. Un tiempo que mientras para unos corría aquí con viento a favor, dinero, parabienes, triunfos desmesurados, éxitos amañados, para otros eran las tinieblas del olvido. En ese olvido se han salvado los más cerca de la raíz popular, Lorca, Alberti... los otros más cerca de la mística, no han podido romper si no bien tardíamente las intencionadas barreras del oscurantismo.

Ramón Gaya, tan unido a Luis Cernuda a lo largo de su vida, dice refiriéndose a Bécquer en el voto que nos envió para la convocatoria de LITORAL "A los diez años del renacer de "Litoral" y en el cincuentenario de la generación del 27":

"*Y claro, Luis Cernuda y José Bergamín son, acaso, los dos poetas más...* precisos, *más finos —sí—, más finamente vividos, más soterradamente líricos de toda esa generación que no es*

Ministerio de Cultura 2011

generación; en una palabra, los dos más sustancialmente poetas. No se parecen nada entre sí, ni siquiera como podría pensarse, coinciden en su inclinación becqueriana, porque cada uno espera *de Bécquer algo muy distinto: Bergamín, más que otra cosa parece valorar en Bécquer una dicción, un* tono *de la escritura; el ríspido sevillano, en cambio, busca más bien en las famosas rimas una atmósfera de tristeza, una tristeza que sea hermana de la tristeza suya, una tristeza que le sirva de compañía y de consuelo".*

Ramón, que a veces se hace invisible (creo que en estos momentos prepara una exposición en Florencia), no ha podido acudir a esta cita de LITORAL con Luis Cernuda, pero a mí ese parangón entre Bécquer, Luis Cernuda y José Bergamín me parece una clarísima visión del mundo poético y he querido reproducirla por mejor sentirlo en nuestra compañía.

* * *

En este número de nuestra revista dedicado a Luis Cernuda viene el resultado de la convocatoria de LITORAL sobre la generación del 27, donde treinta de las personalidades consultadas señalan a José Bergamín como la figura literaria más importante de los aún vivos de la generación, por la amplitud de su expresión y como mayor proyección en nuestra cultura dentro y fuera de España.

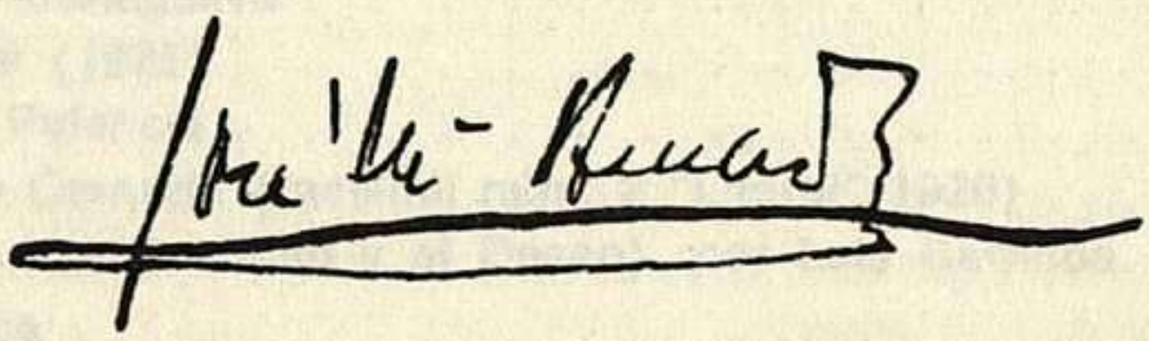
Extraña coincidencia este emparejamiento entre José Bergamín y Luis Cernuda. Porque es José Bergamín el que publica en "Cruz y Raya" *La Realidad y el Deseo* y allí donde desde una casi incomprensión crítica se abren las puertas de Cernuda a la POESIA. También publicará Bergamín en la Editorial Séneca, en México, la segunda edición y es él quien prologa el libro con clara distinción entre Jorge Guillén y Cernuda, y clarísima visión de la importancia del libro y el poeta. Como antes prologara la edición de "Trilce" de César Vallejo en España y publicará también en "Séneca" los quince poemas de *España, aparta de mí este cáliz* y en "Cruz y Raya" el *Llanto por Ignacio Sánchez Mejías,* de Federico, y cerrara con un extraordinario soneto la primera edición que hizo LITORAL de *Roma, peligro para caminantes,* de Rafael Alberti.

Ministerio de Cultura 2011

"Lo que entonces dije sobre Luis Cernuda, se consideró una exageración", me decía José Bergamín este verano.

Rafael Martínez Nadal ha publicado recientemente un interesantísimo libro sobre los años en Inglaterra de Luis Cernuda. Etapa muy importante en su vida. Claramente aparece allí la limpieza de una manera de ser en lucha con tanta dificultad para vivir. Juan Gil Albert, que fue su entrañable amigo, también ha publicado en Sevilla un precioso libro sobre Luis Cernuda. Damos de ello constancia como motivo de su no presencia aquí, por no hacerles insistir sobre el tema.

LITORAL cumple hoy un ferviente deseo, va cerrando un círculo histórico y os transmite con el mandato tan imperativo de sus páginas limitadas una muestra —creemos que importante— de este extraordinario poeta español, no menos extraordinario prosista, crítico, traductor de importantes poetas que se expresaron en otra lengua, solitario, largos años olvidado y a quien la historia de la literatura española colocara en ese lugar preeminente de los escogidos como una muestra palpitante de la POESIA más pura.



JOSE MARIA AMADO

Ministerio de Cultura 2011

Ministerio de Cultura 2011

INDICE

	Pág.
Resultado de la convocatoria a los diez años del renacer de "Litoral" y en el cincuentenario de la "generación del 27"	6
Palabras de Manuel Altolaguirre	16
Foto de Luis Cernuda (1925)	17
Dibujo de Benjamín Palencia	20
Tres poesías de Luis Cernuda (facsímil núm. 2 "Litoral" 1926)	21
Historial de un libro (La Realidad y el Deseo), por Luis Cernuda.	25
ANTOLOGIA POETICA	63
Dibujo Maia Damadián	66
PRIMERAS POESIAS (1924-1927)	67
EGLOGA, ELEGIA, ODA (1927-1928)	72
Dibujo José Caballero	76
UN RIO, UN AMOR (1929)	77
LOS PLACERES PROHIBIDOS (1931)	82
Dibujo José Díaz Pardo	89
DONDE HABITE EL OLVIDO (1932-1933)	90
INVOCACIONES (1934-1935)	93
Dibujo José Antonio Díaz del Pendón	98
LAS NUBES (1937-1940)	99
COMO QUIEN ESPERA EL ALBA (1941-1944)	106
Dibujo Lorenzo Saval	113
VIVIR SIN ESTAR VIVIENDO (1944-1949)	114
CON LAS HORAS CONTADAS (1950-1956)	123
Dibujo Víctor María Cortezo	127
DESOLACION DE LA QUIMERA (1956-1962)	128
Dibujo Pablo Picasso	133

Ministerio de Cultura 2011

Pág.

PROSA POETICA (OCNOS) 135
Foto de Luis Cernuda (1932) 137
Dibujo Miguel Rodríguez Acosta 151
ENSAYO Y CRITICA 153
Gustavo Adolfo Bécquer (extracto) 155
Viñeta Francisco Cossío 159
Pedro Salinas y su poesía 160
Viñeta José Moreno Villa 163
Federico García Lorca 164
Dos poetas: V. Aleixandre y E. Prados 167
Manuel Altolaguirre 170
SOBRE CERNUDA Y SU OBRA 177
Fragmento discurso de F. García Lorca 179
El idealismo andaluz, por J. Bergamín 180
Dibujo Darío Carmona 183
Luis Cernuda deja Sevilla, por V. Aleixandre 184
Dibujo José Luis Reina 187
Un aspecto desconocido de Luis Cernuda, por M. Teresa León. 188
Nota sobre "Ocnos" con dos cartas inéditas de L. Cernuda, por José Luis Cano 193
Dibujo Joaquín Lobato 198
Cernuda vivo, por Ramón Xirau 199
Dibujo Miguel Gómez Peña 202
Palabras de José Hierro 203
Palabras de María Zambrano 204
Poema de Octavio Paz 205
Dibujo Héctor Carrión 207
Soleares, por Luis Cernuda (Antonio Aparicio) 208
Dibujo Rafael Carmona 210
A Luis Cernuda, aire del sur buscado en Inglaterra (Rafael Alberti) 211
Aquellos alegres días (Carmen S. Prados) 213
Viñeta Pablo Picasso 213
Dibujo Sagitario 214
Una carta desde lejos a Cernuda (Lorenzo Saval) 215
Poema de José Luis Marín Solís 217
Dibujo Maia Damadián 219
Poema de Ana Jordá 220
Alocución a Luis Cernuda (José Esteban) 221
A un poeta muerto (Guillermo Fernández) 223
Foto Luis Cernuda 225
EL CONGRESO DE INTELECTUALES ANTIFASCISTAS DE 1957, por Elena Garro 227
PUNTO FINAL (José María Amado) 243

Ministerio de Cultura 2011

COLOFON

Se terminó de imprimir este número, cuya edición consta de 3.500 ejemplares el 24 de noviembre de 1978 en los talleres de Gráficas San Andrés, S.A., calle Alonso Cano núm. 4, de Málaga.

Está dedicado al gran poeta Luis Cernuda, una de las figuras más importantes de la llamada generación del 27, que nace en Sevilla el 1903 y muere en México en el exilio en 1963.

Intervinieron y colaboraron con José María Amado, Carmen S. Prados, Francisco Giner de los Ríos, Lorenzo Saval y Angel Caffarena Such.

Ministerio de Cultura 2011

Pág.

litoral

Revista de la Poesía y el Pensamiento

URBANIZACION LA ROCA - 107-C
Teléfonos 384200 - 380758
TORREMOLINOS (MALAGA)

NUMEROS PUBLICADOS

PRIMER AÑO

1. Homenaje a una Generación Trascendente.
2. Dedicado a Europa.
3. Desde Andalucía a Rafael Alberti.
4. Dedicado a la Fiesta de los Toros.
5. Dedicado a la Navidad.
6. Dedicado a Pablo Picasso.
7. Los muros toman la palabra. (Mayo, 68).

8-9. Llanto de Granada por Federico.
10. Aportación a la poesía de la Generación 70.
11. Algunos poetas andaluces del 50
12. Homenaje a Antonio Machado.

SEGUNDO AÑO

13-14. Homenaje a Emilio Prados y Manuel Altolaguirre.
15-16. Nueva Generación.
17-18. Homenaje al escultor Alberto.
19-20. Homenaje a Carlos Edmundo de Ory.
21-22. Ronda y un Torero.
23-24. A los 90 años de Pablo Picasso.

TERCER AÑO

25-26. LITORAL 1926 (1.ª entrega número 1-2-3).
27-28. LITORAL 1926 (2.ª entrega número 4-5-6-7).
29-30. LITORAL 1926 (3.ª entrega número 8-9).
31-32. LITORAL MEXICO 1944 (número 1-2).
33-34. LITORAL MEXICO 1944 (número 3).
35-36. De Cádiz a Granada (Homenaje a M. de Falla).

CUARTO AÑO

37-38-39-40. La Claridad Desierta, de José Bergamín.
41-42. 3 Poetas Andaluces.
Suplemento: Chile y la muerte de Pablo Neruda.
43-44. Roma, peligro para caminantes, de Rafael Alberti.
45-46. Los Andaluces Cuentan (Narrativa).
47-48. Ilustración y Defensa del Toreo, de José Bergamín.

QUINTO AÑO

49-50. 50 números de Litoral.
Orígenes de la Vanguardia Española.
51-52. En Breve, de Dionisio Ridruejo.
53-54-55-56-57-58. PORTUGAL, La revolución de los claveles.
59-60. Los poetas del exilio.

SEXTO AÑO

61-62-63. Poesía en la cárcel.
64-65-66. Homenaje a Mao-Tse-Tung.
67-68-69. Homenaje a León Felipe.
70-71-72. Cuaderno de Rute, de R. Alberti.

SEPTIMO AÑO

73-74-75. Vida y muerte de Miguel Hernández.
76-77-78. Perfil de César Vallejo.
79-80-81. A Luis Cernuda.

Deseo una suscripción a LITORAL a partir del séptimo año literaric (núm. del 73 al 84) por Ptas. 1.500. Extranjero: 1.800.

NOMBRE .....

.....

CALLE .....

..... NUM. .....

CIUDAD .....

Al mismo tiempo sírvanse enviarme los siguientes números atrasados .....

.....

Abonaré la suscripción:

- ☐ Contra reembolso (sólo España).
- ☐ Por giro postal que envío.
- ☐ Por talón que adjunto.

Deseo obsequiar a la persona abajo indicada una suscripción a partir del séptimo año literario a la revista LITORAL número del 73 al 84, por Ptas. 1.500. Extranjero: 1.800.

NOMBRE DEL BENEFICIARIO .....

.....

CALLE .....

..... NUM. .....

CIUDAD .....

Abonaré la suscripción:

- ☐ Contra reembolso (sólo España).
- ☐ Por giro postal que envío.
- ☐ Por talón que adjunto.

Ministerio de Cultura 2011

Ministerio de Cultura 2011

Ministerio de Cultura 2011

No es el amor quien muere
somos nosotros mismos.

LUIS CERNUDA

Ministerio de Cultura 2011